



Péndulos y puentes

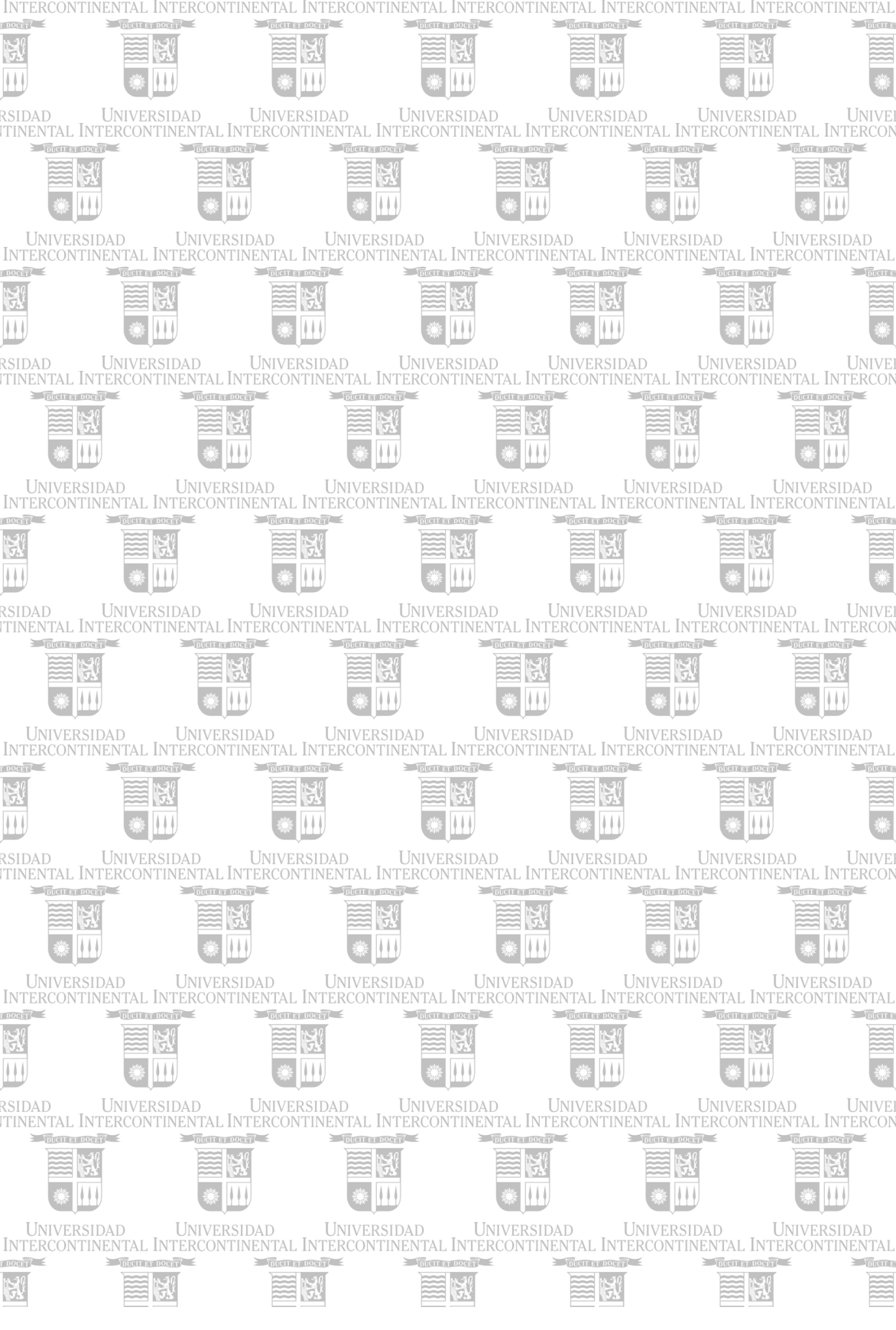
Revista de psicoanálisis

Publicación semestral de los Posgrados
en Psicoanálisis de la Universidad Intercontinental

año 1, núm. 2, julio-diciembre 2024

Puentes en movimiento: horizontes del Psicoanálisis Contemporáneo







**Péndulos
y puentes**
Revista de psicoanálisis

Publicación semestral de los Posgrados
en Psicoanálisis de la Universidad Intercontinental

año 1, núm. 2, julio-diciembre 2024

Puentes en movimiento: horizontes del Psicoanálisis Contemporáneo

uic UNIVERSIDAD
INTERCONTINENTAL



UNIVERSIDAD
INTERCONTINENTAL

Mtro. Hugo Antonio Avendaño Contreras | Rector
Dra. Gabriela Martínez Iturribarría | Vicerrectora
Pbro. Miguel Ángel Ramírez Flores, MG | Director general de Formación Integral
Mtro. Marco Antonio Velázquez Holguín | Director general de Administración y Finanzas
Mtro. Alejandro Álvarez Amieva | Director general de Marketing y Expansión Comercial
Dra. Mónica Leticia Parra Martínez | Directora Divisional de Posgrado
Dr. Roberto Vargas Arreola | Director de Posgrados en Psicoanálisis
Carlos Ramírez Cacho | Director de Investigación, generación y difusión de conocimiento

Péndulos y puentes. Revista de psicoanálisis
Director académico: Roberto Vargas Arreola

Consejo editorial:

Erick Gómez Cobos | Alma Gabriela Gómez Figueroa | Angélica Martínez Ramírez |
Gerardo Mora Gutiérrez | Anabell Pagaza Arroyo | Norma Angélica Rosas Villaseñor |
José Sánchez Jiménez | Claudia Rosa Villanueva Kuri | Gerardo Hernández Gómez |
David Alan Resendiz Huerta | Lorena Alejandra Balzaretti Camacho

Primera edición 2024
ISSN: en trámite
D.R. © UIC, Universidad Intercontinental, A.C.
Insurgentes Sur 4303, Santa Úrsula Xitla
Alcaldía Tlalpan C.P. 14420, Ciudad de México
www.uic.mx
editorial@uic.edu.mx

Cuidado editorial: Nancy Gabriela Sanciprián Marroquín
Diseño de portada e interiores: Alejandra Riba Ramírez

Prohibida su reproducción por cualquier medio
sin la autorización escrita de la institución.
Hecho en México

Índice

Presentación	7
<i>David Alan Resendiz Huerta</i>	
Enfoque pos-winnicotiano de lo negativo. Lo inconsciente no-acontecido	13
<i>Mariana Claudia De Vincenzi</i>	
Del Dualismo al <i>self</i> : la evolución del psicoanálisis desde la fenomenología a la teoría de Winnicott en la práctica clínica	25
<i>Aline Aleida del Carmen Campos Gómez</i>	
Reflexiones sobre las dificultades en el encuentro entre paciente y terapeuta	43
<i>Lourdes Mendoza Bustos</i>	
Figura de la madre: violencia y vínculos afectivos, desde una mirada psicoanalítica relacional	61
<i>Jorge Rogelio Pérez Espinosa</i>	
Impacto de las TIC en la identidad de los adolescentes	87
<i>Beatriz Virginia Osorio González</i>	
Psicoterapia psicoanalítica de pareja: Relación e intersubjetividad	107
<i>José Luis Hugo González Enriquez</i>	

Significaciones imaginarias sociales. De un elemento teórico a una herramienta metodológica	127
<i>Mariamne Crippa Méndez</i>	
Análisis de los fenómenos grupales de <i>La Sociedad de la Nieve</i>	149
<i>Rubicelia Vargas Fosada</i>	

Presentación

“**P**uentes en movimiento: horizontes del Psicoanálisis Contemporáneo”, segundo número de la revista *Péndulos y Puentes*, publicada por la Dirección de Posgrados en Psicoanálisis de la Universidad Intercontinental, representa una visión actualizada y dinámica del psicoanálisis en el mundo contemporáneo. Este título, que evoca la imagen de un puente que conecta dos puntos distantes y un péndulo que oscila entre extremos, simboliza la esencia del psicoanálisis actual: un campo en constante movimiento, abierto al diálogo entre disciplinas y capaz de integrar diversas perspectivas para comprender la complejidad de la mente humana.

El péndulo, con su movimiento oscilante, refleja la naturaleza dinámica y cambiante de los procesos psíquicos, mientras que el puente, como estructura que une dos orillas, representa la conexión entre diferentes áreas del conocimiento, como la psicología, la filosofía, las neurociencias y las ciencias sociales. Esta metáfora visualiza cómo el psicoanálisis contemporáneo no se limita a explorar el mundo interno del sujeto, sino que también se extiende hacia las relaciones interpersonales, la transmisión psíquica entre generaciones y el contexto social en el que se desarrolla la subjetividad.

En este volumen, se aborda la vida inconsciente a través de diversas manifestaciones, como las relaciones interpersonales, los vínculos afectivos, la transmisión transgeneracional de traumas y conflictos, y la influencia del entorno cultural y social en la formación de la psique. Estos enfoques amplían y profundizan nuestra comprensión de la mente humana, ofreciendo una perspectiva más integradora y multifacética. El psicoanálisis contemporáneo ya no se centra únicamente en el individuo aislado, sino

que considera al sujeto como parte de una red de relaciones y contextos que moldean su experiencia subjetiva.

Además, este volumen destaca la importancia de la intersubjetividad y la relación terapéutica como agentes de cambio. Se exploran temas como la empatía, la contención emocional y la capacidad del terapeuta para conectar con las vivencias del paciente, no solo desde un enfoque clásico, sino también desde una profunda implicación emocional que plantea el psicoanálisis. Esto refleja un giro significativo en la práctica clínica, donde el terapeuta ya no es un observador externo, sino un participante activo en el proceso de co-construcción de significados junto con el paciente.

El primer artículo de la Mtra. Mariana De Vincenzi aborda los conceptos de Donald W. Winnicott, en particular “lo negativo” y el “inconsciente no-acontecido”, desarrollados en *Playing and Reality*. Winnicott describe “lo negativo” como una patología que emerge en el espacio transicional, donde la ausencia prolongada de la madre puede generar una agonía impensable, dejando un vacío no representable en la psique. Este enfoque desafía el psicoanálisis clásico al centrarse en lo no simbolizable. Željko Loparic, filósofo y psicoanalista brasileño de origen croata, reconocido por sus estudios sobre Heidegger, Kant y Winnicott, complementa esta idea con el “inconsciente no-acontecido”, referido a experiencias no vividas pero que el paciente intenta alcanzar. El artículo también destaca la importancia del ambiente facilitador y el espacio potencial, donde el bebé, a través del juego y el sostén materno, transita de un estado de “no-ser” a un estado de “ser”, construyendo su subjetividad. Estas ideas abren nuevas perspectivas en la clínica psicoanalítica contemporánea, alejándose del modelo freudiano del inconsciente reprimido.

La Dra. Aline Aleida del Carmen Campos Gómez explora en su artículo la evolución del psicoanálisis desde los enfoques iniciales de Freud, centrados en el conflicto intrapsíquico, hacia las teorías más modernas influenciadas por la fenomenología y las ideas de Winnicott sobre el desarrollo emocional temprano. Se destaca cómo el dualismo cartesiano, que separaba mente y cuerpo, ha dado paso a una visión más holística que in-

tegra al sujeto con su entorno. Las teorías de Winnicott, como el concepto de la “madre suficientemente buena” y la importancia del sostén emocional, siguen siendo fundamentales para entender y tratar trastornos psicológicos, especialmente en casos donde fallas en el entorno familiar afectan la formación del *self* y generan problemas de identidad.

La Dra. Lourdes Mendoza Bustos reflexiona sobre las dificultades que pueden surgir en el encuentro terapéutico entre paciente y terapeuta, especialmente cuando el terapeuta reacciona con defensas ante situaciones emocionalmente intensas o amenazantes. Estas defensas, como la intelectualización de la vida mental del paciente o la postura de observador externo, pueden obstaculizar la conexión emocional y el progreso terapéutico. A través del análisis de un caso clínico con una paciente, se explora cómo estas reacciones defensivas pueden impedir una relación terapéutica efectiva, y se proponen alternativas para fomentar una mayor implicación emocional y empatía, esenciales para el cambio psíquico.

Posteriormente, el Dr. Jorge Rogelio Pérez Espinosa, aborda el maltrato infantil desde una perspectiva histórica, social y familiar, analizando sus efectos desde el enfoque del psicoanálisis relacional. Se destaca que la violencia ejercida por las madres desestructura la vida cotidiana y las relaciones interpersonales, generando fallas en el vínculo afectivo madre-hijo, lo que conduce a sentimientos de vacío, soledad y angustia en los niños. A través de un estudio cualitativo con madres en terapia grupal, se identificaron cinco categorías principales de maltrato, resaltando la importancia de un “maternaje suficientemente bueno” (Winnicott) y un apego seguro (Bowlby) para el desarrollo emocional saludable del niño. La investigación subraya la necesidad de un entorno afectivo estable que permita al infante sentirse protegido y respaldado, evitando así la repetición de patrones de violencia.

Otro artículo interesante es de la Dra. Beatriz Virginia Osorio González que reflexiona sobre la identidad en la adolescencia, que se construye a través de la interacción con otros, especialmente con los pares, quienes cobran mayor relevancia que las figuras parentales. Los adolescentes buscan ser aceptados y pertenecer a un grupo, compartiendo experiencias

y secretos. Hoy en día, estas relaciones están mediadas por las TIC, que permiten a los jóvenes comunicarse, expresarse y buscar pareja a través de aplicaciones tecnológicas. Este uso intensivo de la tecnología impacta en su concentración, ansiedad, y en cómo se relacionan e identifican con otros, tanto conocidos como desconocidos, lo que influye en la construcción de su identidad.

Por su parte, el Dr. José Luis Hugo González propone un enfoque integrativo en la psicoterapia psicoanalítica de pareja, combinando perspectivas intersubjetivas y relacionales. Se revisan las teorías de autores como Stolorow, Orange y Mitchell, destacando la importancia de analizar la trama intersubjetiva en las parejas para comprender sus experiencias emocionales y significados compartidos. El objetivo es desarrollar un modelo que permita entender cómo las parejas construyen un mundo emocional a través de su vínculo, utilizando un enfoque fenomenológico y presentando un caso clínico para ilustrar su aplicación práctica.

La Mtra. Mariamne Crippa Méndez explora la interdiscursividad entre el psiquismo y la sociedad, destacando cómo lo social influye en la subjetividad desde dentro del individuo. Se enfoca en las Significaciones Imaginarias Sociales (SIS), que son creaciones colectivas que configuran la esencia de la subjetividad y operan de manera implícita, estableciendo valores, modos de ser y relaciones. El artículo propone un método de investigación basado en un dispositivo de Multiplicación Dramática para analizar estas significaciones en grupos, permitiendo la emergencia de producciones psíquicas y la comprensión de las dinámicas intersubjetivas y socioculturales.

La Dra. Rubicelia Vargas Fosada, finalmente, analiza los fenómenos grupales inconscientes presentes en la película *La Sociedad de la Nieve*, que narra la historia de un grupo de sobrevivientes de un accidente aéreo en los Andes. Utilizando teorías psicoanalíticas de Bion, Anzieu y Kaës, se examinan los supuestos básicos (dependencia, ataque y fuga, y apareamiento) y las fantasías grupales que surgen como defensas ante las angustias extremas. El grupo, inicialmente cohesionado por el *yo ideal* del equipo de rugby, enfrenta desafíos como el canibalismo y la desesperanza, mostran-

do cómo el vínculo intersubjetivo y las alianzas inconscientes permiten la supervivencia y la cohesión en condiciones límite.

Este segundo volumen de la revista se erige como un espacio de encuentro entre múltiples voces, disciplinas y perspectivas, tejidas en una red de contenidos que invitan a la reflexión profunda y al diálogo intelectual. Cada artículo, en su singularidad, es una pieza esencial de un mosaico más amplio que explora las complejidades de nuestro tiempo, desentraña las raíces de lo humano y proyecta miradas hacia futuros posibles.

Los temas abordados en estas páginas no solo buscan informar, sino también interpelar al lector, desafiándolo a cuestionar sus propias certezas y a abrirse a nuevas formas de entender el mundo. Desde análisis sociales y culturales hasta investigaciones científicas y filosóficas, los contenidos aquí reunidos son una invitación a detenerse, a leer con atención y a permitir que las ideas resuenen más allá de lo superficial.

Este volumen no es simplemente una colección de textos, sino un llamado a la profundidad. Cada artículo es una puerta abierta a la exploración, al pensamiento crítico y a la construcción de conocimiento. Se invita al lector a sumergirse en estas páginas con curiosidad y apertura, porque en ellas encontrará respuestas y también preguntas que lo llevarán a descubrir nuevas dimensiones de sí mismo y del mundo que lo rodea.

La profundidad de los contenidos aquí presentados es, en última instancia, una invitación a transformar la lectura en un acto de descubrimiento y crecimiento. Que estas páginas sean el inicio de un viaje intelectual tan enriquecedor como transformador.

Dr. David Alan Resendiz Huerta
*Postdoctorado en Psicoanálisis Contemporáneo,
Asesor académico de los Posgrados en Psicoanálisis
de la Universidad Intercontinental*

Enfoque pos-winnicotiano de lo negativo. Lo inconsciente no-acontecido

Post-Winnicottian approach to the negative. The unconscious non-eventful

Mariana Claudia De Vincenzi

*Han sucedido ya demasiadas cosas que no
debían haber sucedido y lo que tenía que pasar
no ha pasado.*

WISLAWA SZYMBORSKA

Resumen

En este artículo se presentan los conceptos que Donald W. Winnicott desarrolló a partir de *Playing and Reality*, los cuales tienen que ver con los efectos psíquicos de la separación y la falta de presencia. Se explica el concepto de “lo negativo” en la psique humana, de gran importancia para la evolución del psicoanálisis. Winnicott describe “lo negativo” como una patología que emerge en el espacio transicional, donde se experimentan fenómenos de presencia y ausencia, desafiando el enfoque clásico del psicoanálisis que se centraba en lo representable y que puede ser simbolizado en la psique.

Se describe también, el Inconsciente no acontecido de Loparic, el cual denota algo no vivido, que no fue registrado

Abstract

This article presents the concepts that Donald W. Winnicott developed from *Playing and Reality* which have to do with the psychic effects of separation and lack of presence. The concept of “the negative” in the human psyche is explained, which is of great importance for the evolution of psychoanalysis. Winnicott describes “the negative” as a pathology that emerges in the transitional space, where phenomena of presence and absence are experienced, challenging the classical approach of psychoanalysis that focused on what is representable and can be symbolized in the psyche.

Loparic’s Unconscious Not Happened is described, which denotes something not experienced, which

en la experiencia psíquica, pero que el paciente lucha por alcanzar. El concepto de Winnicott de ambiente facilitador surge aquí como base para explicar que el bebé pueda salir del estado de no-ser para entrar en un estado “acontecional”, a través del espacio potencial a partir de lo formulado, en donde el bebé mismo se habita y se desarrolla a través de la experiencia del jugar, circulando y transitando en los distintos sentidos de realidad, la cual será creada subjetivamente a partir de este acontecer.

PALABRAS CLAVE

postwinnicottiano, lo negativo, inconsciente-no-acontecido

was not registered in the psychic experience, but which the patient struggles to reach. Winnicott’s concept of facilitating environment emerges here as a basis to explain that the baby can leave the state of non-being to enter an eventual state, through the potential space from the formulated, where the baby himself inhabits and develops through the experience of playing, circulating and transiting in the different senses of reality, which will be subjectively created from this happening.

KEY WORDS

postwinnicottian, the negative, the non-occurring unconscious

Introducción

En 1971 se edita una recopilación de textos y artículos que giran en torno a los siguientes temas centrales: el espacio potencial, la experiencia cultural, el juego y los efectos de la transicionalidad sobre el campo psíquico. *Playing and Reality* es un texto denso con una innumerable cantidad de aportes tanto teóricos como clínicos. En el artículo “Objetos transicionales y fenómenos transicionales”, Winnicott efectúa dos movimientos, por un lado, corrige lo que él llama la mala interpretación que la comunidad psicoanalítica hizo de su concepto de transicionalidad —formulado en 1951— por otro, elabora en los apartados II y III, a través de casos clínicos, un nuevo concepto que revolucionará el desarrollo del psicoanálisis clásico y abrirá camino al psicoanálisis contemporáneo: lo negativo en el psiquismo humano.

Winnicott formula el concepto de lo negativo como resultado de la aplicación tanto teórica como clínica del psicoanálisis contemplando el ambiente. Resultaría imposible acceder a la construcción teórica de lo negativo sin antes haber podido elaborar, comprender y maniobrar en la transferencia misma con el —también inédito— concepto de lo transicional. Es, precisamente, el advenimiento de éste, lo que le permite la formulación original de aquel otro.

Es en el espacio transicional, donde es posible concebir la idea de lo negativo como opuesto a lo que positivamente ha ocurrido en la biografía de la persona. Es así, que, en sus primeras formulaciones, Winnicott lo llamará “la psicopatología que se manifiesta en la zona de fenómenos transicionales.”

Para enunciar este hallazgo, Winnicott trae dos casos clínicos en los cuales esta patología se manifiesta. Ambos pacientes han atravesado en la historia de sus vidas agonías que Winnicott ubica con el término “impensables”, no sólo porque hacen alusión a su gravedad, sino también, porque, en sentido estricto, se refieren a la imposibilidad de ser pensadas —*unthinkable anxieties*— es decir, que están fuera del campo de la representación. El psicoanálisis clásico, ubicado dentro de la tradición filosófica cartesiana, carece de la capacidad de pensar este hallazgo porque insiste en la idea de representación como único medio de acceso a la realidad. La separación entre realidad interna y realidad externa —tanto entre el yo como el no yo— se basa en una única forma de lo dado, es decir, sobre el aspecto representacional de la realidad. De este modo, la realidad pasa a ser aquello que halla asidero en lo representable. Los objetos, tanto internos como externos, son concebidos en términos representacionales.

En el artículo mencionado, las agonías que se manifestaban en ambos casos se ubican dentro de la zona de los fenómenos transicionales porque son agonías que se localizan en un espacio de presencia-ausencia y que se despiertan cuando la madre externa deja de estar disponible.

El primer caso que podemos leer en el apartado II muestra a un niño desesperanzado luchando por controlar su agonía frente a la ausencia de

una madre que ha sido internada por depresión en varias ocasiones. A través de un intento desesperado de control por mantener unido ese vínculo, este niño ata muebles con un cordel o se ata a sí mismo a los muebles.

La situación se desencadenó cuando la madre del niño necesitó ausentarse durante un lapso mayor de lo que él pudo tolerar; la representación interna de ella no permaneció. La ausencia de la madre dejó la huella de un trauma. La madre que se estaba desarrollando internamente como objeto-subjetivo no logró mantenerse viva y perdió su sentido, y por lo tanto el objeto transicional que la simbolizaba tampoco pudo utilizarse. El cordel con el que ataba pudo haber sido utilizado como un objeto transicional, sin embargo, por la imposibilidad de mantener a la madre viva internamente, como un objeto-subjetivo, el cordel fue usado como un medio para renegar de la separación entre él y ella. (De Vincenzi, Madrigal, 2019, p. 85)

A partir de la intimidad del vínculo y la confianza que se despliega en la situación de sostén, el bebé crea en su interior una imagen de la madre a partir de las impresiones sensoriales de ella, que en principio serán las que irán modelando el objeto-subjetivo: la madre presente en el exterior se halla presente a través de una imagen sensorial-estética de ella o, más adelante, una representación de ella en la psique del bebé. Esa imagen está viva si la madre externa se mantiene viva a través de su presencia en un vínculo de intimidad y confianza. Si la madre se ausenta, la imagen de ella permanece viva un lapso *x*, el tiempo que el bebé pueda tolerar la ausencia. Pasado ese límite de tiempo, la imagen que representa a la madre comienza a perder sentido y vivacidad; si la madre no regresa, muere esta presencia en el interior del bebé. Asistimos a la pérdida de sentido. La presencia interna de la madre muere y con ella el objeto transicional que la representa. El bebé deja de experimentar confianza, seguridad y sostén: se abre el camino de la agonía.

En el caso del niño del cordel, él no usaba la sogá como objeto de unión con la madre cuando ésta no estaba, sino que la usaba para *negar* que existiera una separación y una pérdida, a modo de control para evitar que se perdiera todo el sentido de su presencia. De modo que, al perder a su madre en el interior, por su ausencia en el exterior, se pierde también la posibilidad de usar el espacio transicional donde él podía experimentar la sepa-

ración y la unión con ella. Esta pérdida resulta en una agonía impensable, expresada en una ausencia, en un vacío que, anidado en la interioridad, permanece como una nada.

El siguiente paciente presentado en el apartado III, es una niña que durante la guerra fue evacuada de Londres y, como tantos niños en esa época, no volvió a ver a sus padres. Desde su primera infancia se estableció en ella una pauta de personalidad esquizoide, de una experiencia de disociación primaria, de aislamiento y de ruptura.

Toda su vida se esforzó en señalar con claridad que lo que no hubo, lo que no ocurrió, fue más fuerte, más importante, más real que lo que sí hubo... El aspecto que Winnicott señaló se refiere a la muerte de la madre vivida subjetivamente, que aún no ha podido alcanzar el establecimiento y la permanencia en el mundo psíquico del niño y, por lo tanto, el efecto que se produce es la aparición del lado inverso, negativo de la experiencia: aquello que podría haber sido real por su aspecto positivo, se convierte en lo que no fue y sólo aparece como referencia a partir de lo que no hay. (De Vincenzi, Madrigal, 2019, p. 87)

Es en este apartado que Winnicott plantea su concepto de *lo negativo*: cuando la madre está muerta psíquicamente en la interioridad del niño. Del mismo modo que ocurría en el niño del cordel, esta niña sufrió la ausencia de una madre que no volvería a ver. La imagen de la presencia materna queda registrada en la interioridad, pero ante una ausencia prolongada, una ausencia que pasa los límites de lo tolerable, esta imagen inicia un proceso de desvanecimiento o de caída y se pierde. En su lugar queda una nada que angustia. Este es el sentido de una madre muerta cuando aún está viva.

Winnicott agrega una cuestión importante en este apartado. Entre el momento de estar viva al pasaje de estar muerta hay un momento precioso de ira que se pierde junto con toda la caída. Ese momento es crucial en el trabajo terapéutico porque potencialmente existe, aunque no haya sido experimentado y reaparece, aunque sin estar ligado al sentido que se ha perdido.

Por consiguiente, mi paciente llegó a la situación, que también aparece en la transferencia, en que lo único real es la brecha, es decir, la muerte, la ausencia o la amnesia. Durante la sesión tuvo una amnesia específica, cosa que le molestó, y resultó que la comunicación importante que yo debía recibir era la de que podía producirse un vacío que quizá fuese el único hecho y la única cosa reales (Winnicott, [1971a] 1987, p. 41). La paciente dijo: “Lo único que tengo es lo que no tengo” (Winnicott, [1971a] 1987, p. 43).

He aquí la presencia de lo negativo —lo que no ocurrió— que difiere en mucho del inconsciente reprimido freudiano. Lo que determina el funcionamiento psíquico no es aquello reprimido, sino algo que, estando fuera de la psique, no encuentra su lugar de representación. Por eso Winnicott escribe: “Hay en ella un desesperado intento en convertir la negativa en una defensa de última trinchera contra el final de todo. Lo negativo es lo único positivo”. (Winnicott, [1971a] 1987, p. 43).

En su artículo “El miedo al derrumbe” (1963), Winnicott postuló su tesis de que el yo organiza defensas contra el derrumbe de su propia organización. Podría pensarse que el derrumbe que tanto *se teme acontecerá en el futuro; sin embargo, ya ha tenido lugar en el pasado, pero no se registró como experiencia ni fue reprimido en la psique*. Más aún, este aspecto de lo negativo es lo que se encuentra en lo más profundo del *self*. Con estos nuevos aportes, nos encontramos ante una nueva concepción de la realidad psíquica y el nuevo rumbo que tomará la clínica del psicoanálisis.

Nos referimos a la clínica que se hace presente en autores posteriores como la de las vicisitudes de la ausencia del pecho (Bion), la clínica de la ausencia (Pontalis), de lo negativo (Green, Roussillon) o lo no-acontecido (Moure, Loparic).

Es Pontalis quien con gran claridad escribe en la introducción a “Juego y Realidad” el sentido de reconocer lo ausente, formulado en lo negativo por Winnicott, para luego plasmarlo en su clínica de la ausencia: es precisamente esto último lo que concede todo su valor a esas pocas páginas añadidas al texto original del artículo sobre los objetos transicionales: el ejemplo tomado de una sesión nos hace captar en vivo, en una operación

tan sorprendente para Winnicott como para su paciente, en una experiencia mutua, el valor de actualidad que pueden adquirir fórmulas como ésta: “La cosa real es la cosa que no está allí”. “Lo negativo es la única cosa positiva”. “Todo lo que tengo es lo que no tengo” (Pontalis, [1975] 1987: VI).

Por otra parte, el filósofo croata, naturalizado brasileño, Zeljko Loparic, fue quien, en su trayectoria como profesor del programa de estudios de posgrado de la universidad Pontificia Católica de Sao Paulo, hizo su aporte al mundo de la teoría y clínica psicoanalíticas a partir de la metafísica no representacional. Para el filósofo, tanto Heidegger como Winnicott ubican el tema central del ser humano en el problema del logro de un sentido del ser, porque en Winnicott, las tareas de constitución del *self*, incluida la separación y destrucción del otro en la fantasía, tienen su afinidad con el concepto de “ser ahí” según lo plantea Heidegger.

Incluimos el concepto de lo negativo en la constitución de sentido del *self*, dado que se enmarca teóricamente dentro de la filosofía postmetafísica porque no se nos hace posible pensarlo a partir de una representación.

Se trata de una cuestión que, al formar parte de la constitución del existir, deviene una ontología de la no-representación ya que lo no-acontecido o lo negativo no encuentra su lugar en lo psíquico si bien deja su vivencia en el cuerpo sin alcanzar el estatuto de experiencia psíquica.

Siguiendo su propuesta, Loparic (1999) ubica la cuestión a partir de un artículo de Home, leído en 1964 en la Sociedad Británica de Psicoanálisis:

Home señala a Ayer y a Ryle como filósofos a ser leídos por los psicoanalistas. Ambos sostienen la posición antimetafísica del empirismo inglés, y es Ryle, en su *The Concept of Mind* (1949), quien emprende una decidida crítica en contra de la metafísica del cuño cartesiano que domina la teoría clásica de la mente. Ryle embiste contra la reificación de la mente y su investigación en términos de cogito, esto es, en contra de la teoría de la representación o, como dice él mismo, en contra del *ghost in the machine*. En el mismo artículo Home critica la metapsicología, forma psicoanalítica de la

metafísica, y la acusa de desconocer el significado de la vida humana al describirla en los términos del modelo metafísico. (p. 143)

Heidegger concibe el ser como el horizonte de inteligibilidad que hace presente los entes sin una mediación subjetiva o representativa. Dicho positivamente: se trataría de una metafísica que se sitúa no en la conciencia (sea cual fuere su status) sino en el espacio de mediación (podría decirse con Winnicott el espacio transicional) que hace posible que las cosas se presenten. Esta concepción del ser como un lugar o espacio de mediación donde los entes se muestran recibe el nombre de *Ereignis*. Designa el espacio de juego, *Spielraum*, de la verdad. Es decir: el acontecer histórico de la fundación del espacio donde las cosas y los hombres se relacionan y se muestran.

Coincidimos con Loparic en que Winnicott abrió un campo teórico inédito para pensar al ser humano, incluyendo al *self* y a las tareas que implican su propia construcción a partir de la presencia corporal del otro, tareas ignoradas ambas por la metapsicología clásica y la metafísica filosófica, de la cual Freud toma su modelo. Winnicott nos dice claramente que, al plantear lo negativo, la cuestión ya no puede inscribirse para ser pensada dentro del marco teórico del afecto mediado por el símbolo representable.

En su escrito “Los Bebés y sus Madres”, Winnicott plantea la cuestión del origen del ser humano. Hemos dicho que al inicio es el yo de la madre el que al sostener permite la integración del yo del bebé, pero antes de alcanzar ese estado de cosas, la relación de la madre con el bebé hace que el bebé pueda tener logros en su tarea de integración.

Desde el punto de vista del bebé no existe nada más que el bebé y, en consecuencia, al comienzo la madre es parte de él... aquí se produce algo que la gente denomina identificación primaria. Esto es el comienzo de todo, y le da sentido a palabras tan simples como *ser*. (1990, p. 29)

Winnicott profundiza en la cuestión de la identificación como primer momento de la constitución del *self*, que nos ubicará dentro del proceso de *subjetivización*, de modo que podamos acceder al lugar de persona, de individuo; diferente de ubicar este proceso dentro del campo de la identi-

dad que nos llevaría a pensarlo en el contexto del derecho, de lo social de ser humano.

En este trayecto también será necesario diferenciar el concepto de ser del de existir. El ser humano es un *dasein*: un ser arrojado a la existencia, pero al inicio hablar de la existencia lo llevaría a la filosofía existencialista, que difiere de lo que él en esencia quiere transmitir, utiliza, entonces, la palabra ser para manifestar esa diferencia entre ser y existir: al *inicio el bebé necesita ser*. Es un problema del ser lo que está en juego, no es la continuidad del existir, sino *la continuidad del ser* lo que permite acceder a un estado de “yo soy”, que le dé acceso a la existencia del mundo.

Preferimos comenzar con la palabra ser y seguir con la enunciación *yo soy*. Lo importante es que *yo soy* no significa nada a no ser que, en un comienzo, *yo sea uno junto con otro ser humano* que aún no se ha diferenciado. Por esta razón, es más correcto hablar de *ser* que utilizar los términos *yo soy*, que pertenecen a la siguiente etapa. (Winnicott, 1990, p. 29)

Winnicott despeja dudas: el *yo soy* es un momento a alcanzar, un estado posterior al origen. Al inicio lo que se pone en juego es el “*being*”, el sentido del ser, que fluye en la continuidad, en la no interferencia, en el sostén que ofrece la madre y permite que la continuidad no se rompa, es decir, que se mantenga el “*ir siendo*” del bebé.

Loparic dirá: “y que continúe siendo, esto es, *que advenga*. Esta y ninguna otra es la primera tarea de la madre winnicottiana que, por esta razón, puede denominarse la madre ‘advenimiencial.’” (1995, p. 147)

Es en este sentido que Loparic interpreta que el ser no está dado. Dijimos que el *self* no es sustancia —como podría pretender la metafísica antes de Heidegger— sino que está en proceso de constante devenir, siendo éste —el devenir— su carácter. La madre, en su identificación y devoción, sostiene al *self* para que éste advenga —del latín: *advenire*—, llegue a ser. La madre posibilita que lo que no está aún ahí, llegue a ser un ser-ahí.

Señalamos así la condición de lo no estar dado, de la no sustancialidad que define al ser del ser humano, de modo que el advenir es la marca de un proceso de continuidad en el tiempo, de un ser temporal que está en

camino de llegar a ser. Winnicott dice en *Naturaleza Humana*, que “el ser humano es una muestra de ser en el tiempo” señalando así su carácter de devenir. Este carácter del ser está marcado, entonces, por la historicidad, no por la sustancialidad. Una madre suficientemente buena, en el contexto winnicottiano, sería aquella que promueve que su bebé advenga o, en palabras de Loparic, “una madre ‘acontecencial’” (1999, p. 147).

Si entonces la tarea humana es el acontecer, podemos entender el lugar que Winnicott está otorgando a lo negativo, o en el término propuesto por Loparic a lo *no-acontecido*.

La metapsicología clásica no puede abordar este tema. La filosofía cartesiana tampoco. Clínicamente hablando no hay representación psíquica para aquello que no ocurrió o cuya huella se desvaneció. Lo único que hay es lo que no hay. En el psicoanálisis clásico, se indagaba para acceder a una representación reprimida y toda la cuestión del *setting* apuntaba a encontrar y volver consciente esa representación. Desde este punto de vista los objetos eran considerados a partir de un único sentido de realidad, aquella relativa a su subjetividad representacional.

Inconsciente no-acontecido

La primera formulación de inconsciente no-acontecido la hace Loparic (1999) en un coloquio de CPPL, institución clínica de psicoterapia del autismo, en Recife, Brasil donde habla del efecto traumático en “El inconsciente en Winnicott”, según Loparic:

Cuando hay intrusión, acontece algo indebido o inesperado, y no acontece lo previsto o esperado. En función de lo inadecuado, el bebé debe reaccionar y, por eso, se escinde en el tiempo, en el espacio, en el cuerpo, en las relaciones de objeto, en fin, en esa o aquella dimensión por donde podría continuar su crecimiento. Esta interrupción, este no-acontecido en su maduración debido a la falla del ambiente, es también un no-experimentado. Lo inesperado precoz no es invasivo solamente por sorprender, su efecto traumatizante

resulta sobre todo del hecho de no existir, en las fases muy precoces, alguien que pueda integrarlo en una forma de experiencia (1995).

Al conceptualizar lo negativo y ubicarlo como lo no-acontecido sobre un telón de fondo de lo que sí podría haber sido vivido, surge un nuevo paradigma de inconsciente que nos aleja del modelo de inconsciente reprimido. El inconsciente no-acontecido nomina algo que se vivió, pero que en realidad no sucedió porque no pudo ser registrado en la experiencia psíquica. En la clínica observamos que el paciente no está luchando por alcanzar algo reprimido de su pasado. La marca de la agonía se expresa en ese espacio vacío donde no alcanza el modelo freudiano de inconsciente. Para definir lo acontecido agrega Loparic (1999): “El término acontecer usado aquí, y según propuse en algunos trabajos anteriores, designa el acontecer propio del existir humano. Sólo el hombre es “acontecencial” en el sentido en que su ser se temporaliza o acontece en el tiempo.” (p. 38)

Encontramos en Winnicott la necesidad de un ambiente facilitador para que el bebé pueda salir del estado de no ser (*not being*) y entrar en un estado “acontecencial”. Es esta conquista, signada por el devenir en el tiempo y en donde el bebé realiza el pasaje de no ser a ser, la que inaugura el acontecimiento. El ser del bebé se torna en acontecimiento y reemplaza el no ser originario de la condición humana, del mismo modo, dirá Winnicott, que la comunicación se origina en el silencio.

Podemos entender, ahora, el espacio potencial a partir de lo formulado. Es un espacio signado por el juego cuyo rasgo fundamental no consiste en ser un espacio exterior o interior, sino en ser un espacio de despliegue del ser del bebé, no designado por la realidad representable, donde él mismo se habita y se desarrolla a través de la experiencia del jugar. El bebé será, a veces, el objeto subjetivo, pero otras, será el pecho de la madre. En su juego y en ese acontecer, circulará y transitará entre los distintos sentidos de realidad: la de su creación subjetiva, no representacional y la percibida objetivamente, mediada por la representación. Es en este espacio-tiempo del jugar, donde el ser del bebé se transforma y es en esta transformación que la “transicionalidad” encuentra su realidad.

Referencias

- De Vincenzi, M. y Madrigal, M. (2019). *Donald W. Winnicott: Objetos transicionales y fenómenos transicionales*. Analytiké Ediciones.
- Heidegger, M. (2009/1927), *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica.
- Loparic, Z. (1995). *Winnicott o pensamiento pós-metafísico*. Psicología USP, 6 (2), 39-61
- Loparic, Z. (1999). Heidegger y Winnicott. *Naturaleza humana. Revista Internacional de Filosofía y Psicoanálisis*, 1(1), 103–135.
- Winnicott, D. (1987), *Realidad y juego*, Gedisa mexicana
- Winnicott, D. (1990). *Los bebés y sus madres*. Paidós.

Del Dualismo al *self*: la evolución del Psicoanálisis desde la Fenomenología a la Teoría de Winnicott en la práctica clínica

From Dualism to Self: The Evolution of Psychoanalysis from Phenomenology to Winnicott's Theory in Clinical Practice

Aline Aleida del Carmen Campos Gómez

Resumen

En este artículo se hace una revisión teórica de la evolución de varios conceptos psicoanalíticos, desde sus fundamentos fenomenológicos explorando sus intersecciones con la teoría de Winnicott, especialmente el falso *self*, y su aplicación en casos clínicos, integrando a Bacal y a Kohut en su análisis. Sostiene que Winnicott mantiene su vigencia y relevancia en el tratamiento de los pacientes, sobre todo enfatizando la comprensión psicoanalítica fenomenológica, la cual permite entender la complejidad de la problemática así como proporcionar intervenciones terapéuticas que abarquen tanto el mundo interno del paciente como sus relaciones interpersonales y su contexto cultural.

Abstract

This article makes a theoretical review of the evolution of several psychoanalytic concepts, from their phenomenological foundations, exploring their intersections with Winnicott's theory, especially the false self, and their application in clinical cases, integrating Bacal and Kohut in their analysis. He argues that Winnicott remains valid and relevant in the treatment of patients, especially emphasizing the phenomenological psychoanalytic understanding, which allows to understand the complexity of the problem and to provide therapeutic interventions that embrace the patient's inner world as well as his interpersonal relationships and cultural context.

Palabras clave

psicoanálisis contemporáneo, fundamentos fenomenológicos, falso *self*, *self*.

Key words

contemporary psychoanalysis, phenomenological foundations, false self, self.

Introducción

La relevancia del progreso de las teorías psicoanalíticas se manifiesta en su habilidad para tratar de forma cada vez más sofisticada y detallada los problemas psicológicos de los pacientes. A partir del análisis de Frank Summers (2015) en su obra *Los fundamentos del psicoanálisis en la filosofía fenomenológica y la evolución de la teoría psicoanalítica*, se puede apreciar una transformación importante en la comprensión de la mente humana, desde una perspectiva enfocada en el conflicto intrapsíquico hacia una perspectiva más relacional e intersubjetiva. Summers enfatiza que el psicoanálisis, bajo la influencia de la fenomenología, ha logrado superar el dualismo cartesiano que separaba lo interno de lo externo, la mente y el cuerpo, para proporcionar una perspectiva más unificada del ser humano. Este enfoque, basado en la fenomenología de Husserl (1931) y Heidegger (1962), permite un análisis más profundo de la subjetividad humana, al considerar que la experiencia del mundo externo es inseparable del sujeto que la percibe.

Este cambio de perspectiva ha tenido un impacto significativo en la forma en que se abordan los síntomas y los problemas psicológicos en el ámbito clínico. A medida que el psicoanálisis fue evolucionando, autores como Winnicott (1945) aplicaron sus teorías sobre el desarrollo emocional temprano y la autoconciencia a las relaciones interpersonales y al desarrollo infantil. En una de sus muchas obras, Winnicott (1994) enfatizó la importancia del entorno y las relaciones tempranas en el desarrollo de una identidad saludable al proponer conceptos como los objetos transicionales, los gestos espontáneos y el *self* central.

Las teorías de Winnicott (1994) sobre el papel de las madres en la formación de la personalidad y el concepto de una “madre suficientemente buena” son fundamentales para comprender cómo las conexiones emocionales tempranas afectan la capacidad de un individuo para explorar el mundo de manera segura y creativa. Estos conceptos pueden ayudar a comprender casos clínicos de pacientes que experimentan dificultades emocionales debido a fallas en el entorno familiar.

La fenomenología y el psicoanálisis convergen en la idea de que no es posible comprender a los seres humanos sin tener en cuenta sus relaciones y su contexto. Según las teorías de Winnicott, el desarrollo emocional saludable depende de un entorno que proporcione estabilidad, cuidado y espacio para la creatividad. Los casos clínicos de Jeny, Glorita y Gemita en este ensayo ilustran cómo la carencia de estos factores puede llevar a una fragmentación del *self*, y cómo el trabajo terapéutico desde una perspectiva psicoanalítica puede ayudar a reconstruir una identidad más cohesionada.

Este ensayo propone un análisis integral desde una perspectiva psicoanalítica, explorando las intersecciones entre las teorías de Winnicott y su aplicación en casos clínicos. La evolución del psicoanálisis hacia una mayor consideración de la subjetividad y de las relaciones interpersonales ofrece un marco rico y complejo para entender la naturaleza de los problemas socioemocionales que enfrentan los pacientes en la actualidad.

Fundamentos del psicoanálisis y la filosofía fenomenológica

El psicoanálisis ha evolucionado desde sus orígenes con el enfoque biológico y energético de Freud (1895; 1900) hasta su intersección con la filosofía fenomenológica. Summers (2015) explora la transición del psicoanálisis tradicional a la teoría psicoanalítica, destacando cómo el enfoque psicoanalítico supera el dualismo cartesiano que se observa en el psicoanálisis tradicional.

Summers (2015) analiza cómo las obras de Husserl (1931) y Heidegger (1962) desafiaron el dualismo cartesiano al cuestionar la separación de los mundos “interno” y “externo”. Summers cree que la fenomenología

proporciona una comprensión más coherente de la conexión entre la conciencia y el mundo. Esto es importante para el desarrollo del psicoanálisis, ya que la fenomenología considera que la experiencia del mundo está inextricablemente vinculada a la subjetividad individual.

El dualismo cartesiano ha tenido una influencia dominante en la psicología y el psicoanálisis desde sus inicios. Esta doctrina, basada en el pensamiento de René Descartes (2007 [1641]), divide al ser humano en dos entidades distintas: la mente y el cuerpo, lo interno y lo externo. Summers (2001) critica esta drástica separación, afirmando que ha obstaculizado el desarrollo del psicoanálisis al limitar la autoconciencia a una esfera separada del entorno y las relaciones con los demás. El modelo biológico de Freud (1950) veía la psicología como un choque de fuerzas internas, lo que llevó a una interpretación del sufrimiento psicológico centrada en la opresión y los impulsos inconscientes. Sin embargo, este enfoque ignora la influencia del mundo externo y la intersubjetividad. Summers (2001) sostiene que el dualismo cartesiano ha conducido a una comprensión limitada de la interacción entre el individuo y su entorno en psicología.

Summers (2001) examina los conceptos de Freud (1895) y destaca su perspectiva científica y somática sobre la psicología. El concepto de represión e inconsciencia de Freud se basaba en gran medida en un modelo biológico y energético, en el que los síntomas se consideraban el resultado de fuerzas internas reprimidas. Sin embargo, Summers (2015) destaca que Freud (1999 [1900]) reconoció el valor de una perspectiva hermenéutica en el análisis, en la que el sujeto es visto como una fuente de significado y verdad, lo que da lugar a una tensión entre las dos perspectivas.

Autores como Winnicott (1965) y Kohut (1971) impulsaron el psicoanálisis en una nueva dirección que incorpora más experiencia subjetiva y contexto interpersonal. El *self* no puede existir independientemente de las relaciones, y el desarrollo de la subjetividad está estrechamente vinculado a la empatía y el reconocimiento mutuo (Summers, 2001). Asimismo, refuerza la idea de que las relaciones sociales y el entorno cultural son esenciales para el desarrollo personal. Un tema recurrente es la inseparabilidad del individuo y su entorno cultural. Summers (2015) sostiene que el *self* se

define en relación con los demás, tanto interpersonal como culturalmente. Esta perspectiva cultural también rompe con el cientificismo del psicoanálisis tradicional, que tiende a ver la mente humana como una entidad abstracta y descontextualizada.

El enfoque fenomenológico no solo ha transformado la teoría psicoanalítica, sino también su práctica clínica. Summers (2015) argumenta que los psicoanalistas ya no pueden centrarse únicamente en el mundo interno del paciente, sino que también deben incluir las relaciones interpersonales y el contexto cultural del individuo. Esto implica un cambio en la forma en que los síntomas son interpretados y tratados. Por ejemplo, en lugar de ver un síntoma como el resultado de un conflicto intrapsíquico no resuelto, el enfoque fenomenológico lo considera una manifestación de una disfunción en las relaciones del paciente con su entorno. Este cambio de paradigma ha llevado a una práctica clínica más holística y empática.

La responsividad óptima: un pilar en el desarrollo del *self* ante la adversidad

En el campo de la psicología del *self*, la relación entre el terapeuta y el paciente es crucial para el cambio terapéutico. Según Bacal (2017) el concepto de responsividad óptima redefine la interacción terapéutica, enfatizando la importancia de comunicar esta comprensión de una manera que sea relevante para las necesidades de cada individuo. Este enfoque supera las limitaciones teóricas de la frustración y la gratificación óptimas al priorizar una dinámica relacional adaptativa que promueva el desarrollo del *self*.

Bacal (2017) analiza las ideas de Kohut (1971), quien introdujo la frustración óptima como un medio para promover el desarrollo del *self* a través de experiencias de decepción soportables. Sin embargo, Bacal sostiene que este enfoque puede ser insuficiente, en particular para pacientes con vulnerabilidades graves. En cambio, la responsividad óptima abarca no solo la empatía sino también la capacidad de adaptar las respuestas terapéuticas a cada caso.

Kohut (1977) destacó la empatía como un componente crucial de la psicoterapia, describiéndola como un proceso vicario que permite al terapeuta conectarse con el mundo interno del paciente. No obstante, la capacidad de respuesta óptima va más allá de eso, ya que requiere que el terapeuta responda con palabras, gestos o intervenciones que transmitan comprensión y apoyo emocional.

Según Bacal (1987), las relaciones terapéuticas son el principal medio para reparar estructuras defectuosas del *self*. Este proceso, conocido como internalización transmutativa, ocurre cuando el paciente internaliza aspectos de su relación con el terapeuta, como la seguridad y la validación, lo que le permite fortalecerse.

Una respuesta óptima requiere un juicio clínicamente sólido y una gestión ética de la contratransferencia. Bacal (1987) demuestra que las intervenciones no tradicionales, como proporcionar un breve contacto físico durante las crisis, pueden ser herramientas terapéuticas eficaces cuando se alinean con las necesidades del paciente.

Las transferencias narcisistas (idealizadoras, especulares y gemelares) son formas específicas en las que los pacientes buscan restaurar la cohesión personal en la situación terapéutica (Kohut, 1971). Estas transferencias surgen de la necesidad de estabilizar las estructuras del *self* grandioso o idealizado a través de la relación con un analista empático. La capacidad de respuesta óptima del terapeuta desempeña un papel importante para facilitar el manejo de estas transferencias, ya sea como un espejo que refleja y valida el yo del paciente o como un objeto del yo idealizado que brinda seguridad y dirección.

Por ejemplo, en la transferencia especular, el terapeuta es percibido como un espejo que confirma y valida el yo del paciente, ayudándolo a integrar experiencias fragmentadas. Este fenómeno ocurre cuando un paciente nota una mejora significativa en su coherencia interna al percibir que el terapeuta recuerda y responde a comunicaciones anteriores, reforzando su sentido de continuidad temporal (Kohut, 1970).

Durante el tratamiento, el terapeuta responsable crea un entorno en el que el *self* grandioso puede reorganizarse y evolucionar hacia metas más realistas. Este proceso depende en gran medida de la capacidad del analista para proporcionar un entorno empático y un apoyo constante.

Winnicott y el desarrollo emocional: el rol del entorno en la formación del *self*

Winnicott (1971) introduce el concepto de objetos transicionales como aquellos que permiten al niño hacer la transición desde un estado de dependencia completa hacia una realidad diferenciada que permiten al niño pasar de una dependencia total a una realidad diferente. El primer objeto transicional del niño puede ser algo tan básico como un juguete o una almohada que le ayude a relajarse y sentirse seguro. Estos objetos no son parte del cuerpo del niño, pero tampoco se perciben del todo como parte del mundo exterior. Se trata de un “no-yo”, una primera posesión que le ayuda a distinguirse de su madre o cuidador principal.

El objeto transicional es “una defensa contra la ansiedad, en especial contra la de tipo depresivo” (Winnicott, 1994, p. 12). Este objeto cumple una función simbólica, ya que permite al niño gestionar el proceso de separación, incluida la comprensión de que su madre no siempre está cerca para satisfacer sus necesidades. A medida que el niño crece, su relación con el objeto evoluciona y, aunque ya no es esencial, sigue siendo una representación de su primera conexión con la persona que lo cuida.

También se menciona el proceso de desilusión, el cual es clave en el desarrollo emocional del niño (Winnicott, 1965). A través de la experiencia con los objetos transicionales, el niño comienza a aceptar la realidad externa, y con ello, las frustraciones que vienen al no tener sus deseos siempre satisfechos. Winnicott plantea que la madre “suficientemente buena” desempeña un papel esencial en este proceso, ya que permite la ilusión al proveerle al niño un entorno seguro, pero también fomenta la desilusión gradualmente al retirar esta atención constante.

El concepto de los objetos transicionales y fenómenos transicionales ha tenido un impacto significativo en la psicología del desarrollo y el psicoanálisis. Autores posteriores han ampliado la idea de Winnicott para explorar cómo los adultos también utilizan objetos y símbolos en su vida cotidiana para manejar la ansiedad y otras emociones. Los rituales, las creencias religiosas, e incluso el arte, pueden verse como continuaciones de estos primeros fenómenos transicionales. Winnicott (1971) mismo afirma que “la zona intermedia de experiencia” que comienzan a desarrollar los niños con los objetos transicionales persiste en la vida adulta y se manifiesta en la cultura, las artes y la religión.

Continuando con su teoría, Winnicott presentó el concepto de desarrollo emocional primitivo en 1945 ante la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Este concepto describe los procesos de integración emocional que ocurren durante los primeros meses de vida de un bebé, antes de que el ser humano pueda formar relaciones interpersonales. Según Winnicott (1945), entre el quinto o sexto mes, el bebé comienza a percibir la presencia de su madre en los momentos en que no la necesita activamente. Este proceso indica que el niño ha logrado alcanzar un nivel básico de integración y que ha comenzado a existir de manera individualizada. La vida, sin embargo, no es simplemente estar vivo físicamente, sino conquistar la existencia mediante un proceso de integración. Este proceso es fundamental para que el bebé pueda establecer relaciones consigo mismo y con el mundo exterior.

Winnicott (1960) distingue entre los conceptos de “yo” y “*self*”, que considera como puntos clave en la teoría del desarrollo emocional. Según él, el “yo” emerge de una integración temprana de las funciones corporales y psíquicas del bebé, siendo un proceso continuo. El *self*, por otro lado, no es una entidad fija, sino un proceso que está en constante constitución. El *self* se desarrolla como resultado de la experiencia humana y de la capacidad del individuo para habitar en su cuerpo. El yo se organiza a través de la experiencia, integrando la información del cuerpo y de las interacciones con el entorno, y facilita el desarrollo de la identidad y la subjetividad del *self*.

Por otra parte, plantea el concepto gesto espontáneo al que considera como una manifestación clave de la creatividad innata del ser humano. Este gesto surge del núcleo del *self* y es una expresión pura de la individualidad (Winicott, 1965). A diferencia de la teoría freudiana de la creatividad, la cual surge de la sublimación de los impulsos reprimidos, Winnicott propone que la creatividad es una cualidad original y espontánea que forma parte de la naturaleza humana. Esta creatividad permite al niño crear el mundo que lo rodea a través de sus experiencias y acciones. Es a través de este gesto que el *self* se conforma y el individuo es capaz de explorar y experimentar el mundo.

La continuidad existencial del *self* es uno de los conceptos centrales en la obra de Winnicott. Esta continuidad se refiere a la estabilidad que experimenta el bebé durante su desarrollo emocional, lo que le permite desarrollar sus capacidades innatas y alcanzar una sensación de seguridad en el mundo. La ruptura de esta continuidad, especialmente en los primeros momentos de dependencia absoluta, puede causar lo que Winnicott (1965) llama “agonías impensables”. La estabilidad proporcionada por el ambiente materno es crucial para que el *self* pueda surgir y desarrollarse sin interrupciones.

Para que el *self* pueda desarrollarse de manera adecuada, Winnicott sostiene que es necesario un ambiente que facilite este proceso. El ambiente no es solo un espacio físico, sino que se refiere también al cuidado emocional y afectivo que la madre proporciona al bebé (Winicott, 1965). La relación madre-hijo es fundamental en el proceso de desarrollo emocional, ya que el *self* del bebé surge a partir de la interacción con el otro (en este caso, la madre). Si el ambiente es lo suficientemente bueno, permitirá que el bebé desarrolle una sensación de confianza y seguridad, lo que facilita la integración del *self* y el desarrollo de una personalidad sana.

Un ambiente suficientemente bueno permite que el infante desarrolle una continuidad de ser, lo que significa que el infante puede experimentar su existencia de manera coherente y sin interrupciones traumáticas.

La continuidad del ser es fundamental en el desarrollo psíquico porque establece una base sólida sobre la cual el infante puede construir su identidad. Cuando esta continuidad es interrumpida por fallas en el ambiente, el infante se ve obligado a reaccionar al entorno de manera defensiva, lo que puede resultar en un debilitamiento del yo y la construcción de un falso *self*.

La madre suficientemente buena y el falso *self*: la construcción de la identidad

La dualidad madre-ambiente y madre-objeto son usadas por Winnicott (1960) para describir las diferentes funciones que cumple la madre en el desarrollo del bebé. La madre-ambiente es aquella que proporciona un entorno seguro y confiable en el que el bebé puede existir sin interrupciones. En los momentos de calma, el bebé se relaciona con la madre-ambiente, quien no interviene activamente, sino que sostiene el espacio en el que el bebé puede explorar su propio cuerpo y sus sensaciones. La madre-objeto, por otro lado, es aquella que aparece en los momentos en que el bebé experimenta una necesidad y requiere de la atención activa de la madre para satisfacerla. Ambos roles son fundamentales para el desarrollo sano del niño, esto lleva al siguiente punto.

Además, Winnicott (1960) habla de la “preocupación maternal primaria”, que es un estado en el que la madre se identifica profundamente con su bebé, anticipando y respondiendo a sus necesidades de manera casi instintiva. Este estado, que se manifiesta durante los primeros meses de vida del bebé, es crucial para el establecimiento de un vínculo seguro y para el desarrollo emocional del niño.

Otro punto relevante que Winnicott (1960) menciona es la noción de dependencia absoluta, que define los primeros meses de vida del infante. En esta etapa, el niño no es consciente del cuidado que recibe de su madre y está completamente indefenso sin la protección materna. Este concepto se basa en la idea de que el infante no tiene control sobre su

ambiente, lo que hace que dependa completamente de la provisión de cuidados externos.

A medida que el infante crece, pasa de un estado de dependencia absoluta a una dependencia relativa. En este estado, el niño comienza a reconocer las interacciones que ocurren entre sus necesidades y los cuidados que recibe de la madre. La dependencia relativa permite al infante formar sus primeras relaciones objetales y a desarrollar un sentido más claro de sí mismo en relación con los otros (Winnicott, 1994).

El concepto de sostén, según Winnicott (1965), es esencial para el desarrollo emocional del infante. En las primeras etapas de vida, el sostén físico y emocional de la madre permite al infante desarrollar su yo. Este concepto incluye no solo el sostén físico, como cargar al bebé, sino también el manejo y la comprensión de las necesidades psíquicas del infante. El sostén es la base para que el infante pueda experimentar una continuidad de ser, lo que es crucial para evitar la desintegración emocional y el riesgo de psicosis. Sin un sostén adecuado, el infante no puede desarrollar una integración emocional sólida, lo que puede llevar a problemas graves de salud mental en etapas posteriores de la vida. Un fallo en el sostén materno puede hacer que el infante experimente angustia de aniquilación, una forma extrema de angustia que amenaza la integridad del ser.

Como señala Winnicott (1971), “la madre lo bastante buena es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades del niño” (p. 10), lo que permite que el bebé comience a desarrollar una relación más realista con el mundo que lo rodea. Este proceso gradual de adaptación es crucial para que el niño pueda desarrollar su capacidad de enfrentar la frustración y establecer relaciones con los objetos externos de manera saludable.

El *self* central es un concepto clave en la teoría de Winnicott (1960), y se refiere al núcleo auténtico del ser del individuo. Este *self* se desarrolla en un entorno de cuidado confiable, donde el infante puede expresar sus necesidades y deseos de manera auténtica. Sin embargo, cuando el ambiente falla en proporcionar un sostén adecuado, el infante puede desarrollar un

falso *self*. Este falso *self* es una fachada que se construye para proteger el núcleo vulnerable del individuo y para lidiar con las demandas del ambiente.

El falso *self* es una defensa que el infante crea cuando se enfrenta a un ambiente que es intrusivo o negligente. En lugar de desarrollar una identidad genuina basada en su propio ser, el infante adopta una personalidad reactiva que se adapta a las expectativas del ambiente, lo que puede llevar a problemas de identidad en la adultez.

Si bien Winnicott (1965) se enfoca principalmente en la relación entre la madre y el infante, también reconoce la importancia del padre en el desarrollo emocional del niño. Durante las primeras etapas de la vida, el padre desempeña un papel indirecto pero crucial al proporcionar un ambiente estable para la madre, lo que le permite dedicarse plenamente a las necesidades del infante. La figura paterna también se convierte en un apoyo emocional para la madre, ayudándola a manejar las demandas del cuidado infantil.

Con el tiempo, el padre adquiere un rol más activo en la vida del niño, ayudando a la madre a introducir al infante en el mundo exterior y a establecer límites entre el yo y el no-yo. El equilibrio entre las funciones materna y paterna es fundamental para el desarrollo emocional saludable del niño.

Aplicaciones clínicas: los casos de Jeny, Glorita y Gemitá

El caso de una de mis pacientes, a la que llamaremos Jeny, basado en su evaluación psicológica, tiene múltiples conexiones con los puntos tratados en las teorías de Winnicott, en particular con las teorías relacionadas con el desarrollo emocional primitivo, el *self*, y el rol del ambiente familiar.

Jeny muestra inestabilidad emocional y una personalidad introvertida que podría estar relacionada con la dependencia absoluta que Winnicott describía. En sus primeros años, los fallos en el ambiente familiar, que ahora es disfuncional, pueden haber interrumpido su capacidad para desarrollar una integración emocional sólida, afectando su autoestima y estabilidad emocional.

Winnicott destacaba la importancia de un ambiente suficientemente bueno para el desarrollo emocional saludable. Jeny, al vivir en un ambiente familiar marcado por la disfunción, con una baja cohesión y armonía, no ha tenido acceso a este tipo de entorno. Esto ha afectado su capacidad de adaptación y sus relaciones sociales, como se refleja en las dificultades para comunicarse y expresar afecto.

Aunque en el caso de Jeny se menciona la presencia de la figura del padre y de los abuelos, la falta de una figura materna o ambiente suficientemente bueno ha tenido un impacto en su desarrollo emocional. Las figuras presentes no han proporcionado el sostén necesario, resultando en una personalidad con dificultades para relacionarse con otros y un auto-concepto negativo.

Jeny presenta una “falsa fachada” hacia el exterior, con comportamientos introvertidos y agresivos. Según Winnicott, la creación de un falso *self* es un mecanismo de defensa ante la falta de un ambiente protector. Los síntomas de baja autoestima y descontento emocional son consistentes con la falta de desarrollo de un *self* central fuerte, lo que puede deberse a la falta de apoyo emocional en su entorno familiar.

En la teoría de Winnicott, aunque el padre puede asumir un rol importante en el desarrollo emocional, el informe muestra que Jennifer no tiene un vínculo fuerte con su padre, y sus figuras de apego principales (abuelos) no han logrado cubrir las necesidades emocionales de manera adecuada. Esto es coherente con la idea de que el niño necesita figuras confiables en su ambiente para desarrollarse emocionalmente de manera saludable.

En resumen, el caso de Jennifer resalta la importancia del ambiente familiar y el sostén emocional descritos por Winnicott, demostrando cómo las fallas en estos aspectos pueden llevar al desarrollo de problemas emocionales y de identidad que afectan su vida diaria y sus relaciones interpersonales.

Por otra parte, otro de los casos que me gustaría mencionar es de dos de mis pacientes, a las que me referiré como Glorita y Gemita, que son hermanas de 7 y 3 años respectivamente.

En el caso de Glorita y Gemita, el ambiente está marcado por la separación de sus padres y la convivencia con figuras sustitutas (madrastra y medios hermanos). Según el informe, ambas niñas experimentan una falta de contención emocional, sentimientos de abandono y desamparo, lo cual puede afectar su salud emocional. Este ambiente inestable refleja un entorno insuficientemente “bueno”, tal como Winnicott lo definiría, contribuyendo a los problemas socioemocionales de las niñas.

En el caso de Glorita, aunque expresa deseos de que su madre viva con ella y su padre, también se observa una desconexión emocional con esta figura. Esto sugiere que su madre no está cumpliendo adecuadamente el rol de “madre-ambiente”, ya que la niña siente la falta de protección y calidez. La figura materna parece distante, contribuyendo a la sensación de desamparo emocional.

Glorita parece presentar un falso *self* según lo descrito en sus dibujos y respuestas en las pruebas proyectivas. En este caso, su falso *self* es una defensa que adopta cuando el entorno no le permite ser genuina. Glorita muestra comportamientos retraídos y defensivos, así como baja autoestima y dificultades para socializar. Estos son signos de que su *self* verdadero está siendo reprimido, posiblemente porque no ha encontrado un ambiente lo suficientemente seguro para expresarse de manera auténtica.

Retomando lo planteado por Winnicott (1965) se describe a la madre “lo suficientemente buena” como aquella que satisface las necesidades del niño en las primeras etapas de la vida, permitiendo la creación de un *self* saludable. En este caso, la madre de las niñas parece estar ausente o no cumplir completamente este rol, lo que ha resultado en problemas emocionales y conductuales, como los sentimientos de desamparo y la tendencia de Glorita a utilizar la fantasía como escape. Además, la falta de una figura materna cercana también podría estar contribuyendo a que ambas niñas experimenten una desconexión emocional profunda.

El padre de Glorita y Gemita parece ocupar un lugar importante, ya que ambas niñas viven con él, su madrastra y otras figuras familiares. Sin embargo, el informe de su evaluación sugiere una dinámica de poder y dominación ejercida por la figura paterna, representadas de forma simbólica en los dibujos y relatos (por ejemplo, en el CAT-A, Glorita menciona que el león que se come al ratón). La figura paterna parece tener una influencia fuerte, pero posiblemente no de la manera que propiciaría un desarrollo emocional sano.

Conclusión

A lo largo de este trabajo se ha destacado la evolución de las teorías psicoanalíticas desde los enfoques iniciales de Freud, centrados en el conflicto intrapsíquico y los impulsos reprimidos, hasta las ideas más modernas influenciadas por la fenomenología y las teorías de Winnicott sobre el desarrollo emocional temprano. El análisis de Summers, en relación con los fundamentos del psicoanálisis en la filosofía fenomenológica, subraya cómo el dualismo cartesiano, que separaba la mente y el cuerpo, ha dado paso a un enfoque más holístico, en el que el sujeto y su entorno están inextricablemente vinculados. Este cambio teórico no solo ha ampliado la comprensión de la subjetividad humana, sino que también ha impactado de manera significativa la práctica clínica contemporánea.

Las teorías de Donald Winnicott son un ejemplo claro de cómo esta evolución teórica ha permeado el trabajo clínico actual. Su enfoque en el desarrollo emocional primitivo, el concepto de la “madre suficientemente buena” y la importancia de un entorno que brinde sostén y seguridad, siguen siendo pilares fundamentales en la comprensión de los trastornos psicológicos. Winnicott reconoce que el desarrollo del *self* está profundamente influenciado por las relaciones tempranas con las figuras de apego, y cuando estas relaciones fallan, el individuo puede experimentar dificultades emocionales que se manifiestan en problemas de identidad y en la creación de un *falso self*.

Esto se refleja claramente en el caso de Jeny, quien ha crecido en un ambiente disfuncional que no le ha proporcionado el sostén emocional necesario para desarrollar un *self* auténtico. La falta de una figura materna consistente y de un entorno familiar cohesivo ha llevado a Jeny a adoptar comportamientos introvertidos y defensivos, típicos de un *falso self* que se construye para proteger su identidad vulnerable frente a un entorno hostil. La aplicación de las teorías de Winnicott en este caso permite comprender cómo la ausencia de un sostén adecuado en la infancia afecta profundamente la estabilidad emocional y el autoconcepto en la vida adulta.

De manera similar, el caso de Glorita y Gemita resalta la importancia de un entorno familiar suficientemente bueno. La separación de sus padres y la convivencia con figuras sustitutas han generado en las niñas sentimientos de abandono y desamparo, lo que, según Winnicott, afecta su capacidad para desarrollar un *self* sano y una integración emocional adecuada. En Glorita, se observa la manifestación de un *falso self*, que se refleja en sus dificultades para socializar y en su tendencia a la fantasía como mecanismo de escape.

Estas problemáticas evidencian cómo las teorías de Winnicott, aunque desarrolladas en el siglo XX, siguen siendo herramientas valiosas para la comprensión y tratamiento de los trastornos emocionales en la infancia.

La relevancia de estas teorías en la práctica clínica actual es incuestionable. La fenomenología, al igual que las aportaciones de Winnicott, han permitido que el psicoanálisis evolucione hacia un enfoque más centrado en la intersubjetividad y en la importancia de las relaciones tempranas en la formación del *self*. En la práctica clínica, esto se traduce en una mayor atención a la historia relacional de los pacientes, así como a su entorno cultural y social. Los síntomas ya no se ven únicamente como manifestaciones de conflictos internos reprimidos, sino también como el resultado de interacciones fallidas con el entorno, lo que exige un enfoque terapéutico más amplio y comprensivo.

En conclusión, las teorías de Winnicott siguen siendo profundamente relevantes para la práctica clínica contemporánea. Los casos de Jeny,

Glorita y Gemita demuestran cómo los problemas emocionales y de identidad están intrínsecamente ligados a las fallas en el entorno familiar y a la ausencia de un sostén emocional adecuado. A través de una comprensión psicoanalítica fenomenológica, es posible no solo entender estos problemas en su complejidad, sino también proporcionar intervenciones terapéuticas que aborden tanto el mundo interno del paciente como sus relaciones interpersonales y su contexto cultural. De esta manera, el psicoanálisis continúa siendo una herramienta poderosa para la comprensión y el tratamiento de las problemáticas emocionales en la práctica clínica actual.

Referencias

- Bacal, H. A. (2017). La responsividad óptima y el proceso terapéutico. *Clínica e Investigación Relacional*, 11 (1), 22-50.
- Bacal, H. A. (1987). *Self and identity: Integration and conflict*. *The Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 15 (3), 385-401.
- Descartes, R. (2007). *Meditaciones metafísicas* (G. Villaverde, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1641).
- Freud, S. (1895). *Proyecto para una psicología científica*. En J. Strachey (Ed.), *The standard edition of the psychological works of Sigmund Freud* (vol. 1). Hogarth Press.
- Freud, S. (1999). *La interpretación de los sueños* (L. López-Ballesteros, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1900).
- Heidegger, M. (1962). *Being and Time*. Harper & Row.
- Husserl, E. (1931). *Ideas: Introduction to Pure Phenomenology*. Springer.
- Kohut, H. (1971). *Analysis of the self*. International Universities Press.
- Summers, F. (2001). *The interpersonal perspective in psychoanalysis: A philosophy of therapy*. The Analytic Press.
- Summers, F. (2015). *Los fundamentos del psicoanálisis en la filosofía fenomenológica y la evolución de la teoría psicoanalítica*. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (1), 11-32.
- Winnicott, D. W. (1945). Primitive emotional development. *International Journal of Psycho-Analysis*, 26, 137-143.

- Winnicott, D. W. (1960). The theory of the parent-infant relationship. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 585-595.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and Reality*. Routledge.
- Winnicott, D. W. (1965). *The maturational process and the facilitating environment*. International Universities Press.
- Winnicott, D. W. (1994). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego*. Editorial Gedisa.

Reflexiones sobre las dificultades en el encuentro entre paciente y terapeuta

Reflections on the difficulties in the patient-therapist encounter

Lourdes Mendoza Bustos

Resumen

Uno de los obstáculos que se puede presentar en el encuentro terapéutico es el de las reacciones defensivas del terapeuta ante las situaciones que le resultan amenazantes del encuentro con el paciente. Estas defensas pueden provocar que éste ponga distancia a lo que está sintiendo y a la conexión emocional con el mismo. La intelectualización de la vida mental del paciente, o la escucha desde la postura del observador externo pueden ser una forma de defenderse de lo anterior. A continuación, hablaré de mis propias dificultades en el encuentro terapéutico con mi paciente llamada Ana. A lo largo de este trabajo se analiza la dinámica y los elementos que subyacen a la intelectualización de la vida mental de Ana para, enseguida de este análisis, proponer posibles alternativas de relación frente al obstáculo que imposibilita el progreso terapéutico.

Abstract

One of the obstacles that can arise in the therapeutic encounter is the therapist's defensive reactions to situations that he or she finds threatening from the encounter with the patient. These defenses can cause the patient to distance himself from what he is feeling and from the emotional connection with the therapist. Intellectualizing the patient's mental life, or listening from the posture of the outside observer may be a way of defending against this. I will now discuss my own difficulties in the therapeutic encounter with my patient named Ana. Throughout this paper I will analyze the dynamics and the elements that underlie the intellectualization of Ana's mental life, and following this analysis I will propose possible alternatives of relationship in the face of the obstacle that makes therapeutic progress impossible.

Palabras clave

conexión emocional, cambio psíquico, intelectualización de la vida mental del paciente.

Key words

emotional connection, psychic change, intellectualization of the patient's mental life.

Introducción

El tema de interés de este trabajo se centra en el peso que adquiere la escucha por parte del terapeuta de la subjetividad de su paciente como agente terapéutico en la terapia psicoanalítica. Se trata de reflexionar la importancia de dicha escucha a partir de la actitud, la mirada, la conexión que el terapeuta pueda establecer con el paciente, así como el talante y el lugar en el que se coloca ante el mismo. Parto del planteamiento de la escucha del paciente desde su propia subjetividad como agente terapéutico en la psicoterapia psicoanalítica.

Son diversos los caminos por los cuáles se arriba al cambio en psicoterapia, éste no implica sólo la aplicación de técnicas por parte del terapeuta sino un proceso dialectico por el que transitan paciente y terapeuta. Desde la perspectiva del psicoanálisis relacional, en la nueva experiencia de relación entre paciente y terapeuta, la empatía, la contención, la benevolencia, la tolerancia y el interés por el paciente, son considerados como los principales factores o agentes terapéuticos.

Tomando en cuenta la importancia de conectarnos con las vivencias del paciente y sentir junto con él, me planteo, cuáles pueden ser los obstáculos por parte del terapeuta para conectar con una serie de vivencias y emociones que le pueden resultar avasalladoras, ansiogénicas y paralizantes como por ejemplo el dolor y sufrimiento de algunas personas con graves déficits emocionales que parecieran inabarcables.

Desde la perspectiva del psicoanálisis tradicional, el terapeuta puede colocarse ante el paciente como un observador externo que trata de entender lo que sucede en la mente del paciente; imagina cómo se siente y transmite a éste sus ideas y planteamientos sobre su vida psíquica. Este

tipo de postura y actitud del terapeuta, en ocasiones puede quedarse sólo en una explicación que no lleva a ningún cambio en el paciente, ya que este último siente y vive la mirada del terapeuta como la de un observador externo. Desde este lugar, se establece una relación no centrada en la conexión emocional, sino en el contenido de la verbalización del paciente. Para que se dé dicha conexión, se requiere no sólo que el terapeuta imagine cómo se siente el paciente, sino que comparta la misma emoción que aquel. Ramón Riera (2009) menciona que:

En una relación terapéutica, paciente y analista intercambien muchas más cosas que palabras. Es más, el intercambio de emociones entre paciente y terapeuta será lo más relevante para alcanzar el cambio psíquico. A veces las palabras pueden ser un potente instrumento para alcanzar y sentir emociones; a veces las palabras y el pensamiento reflexivo pueden ser utilizadas para no sentir. (p. 20)

El sentir y compartir emociones en la relación paciente-terapeuta implica que el terapeuta se coloque en la escucha desde la subjetividad del paciente.

El modo de interacción entre paciente y terapeuta en el que este último se coloca como alguien que transmite una información explicativa a nivel cognitivo de un saber que el paciente desconoce (es decir desde una postura de observador externo), puede convertirse en un obstáculo para el cambio terapéutico, ya que el paciente podría, por un lado, sentir ajena la explicación del terapeuta, y por otro lado, desde una actitud de adoctrinamiento, puede adoptar como explicaciones de su psiquismo las teorías del terapeuta pero sin que éstas generen un impacto emocional en el mismo. Así, terapeuta y paciente caen en una “intelectualización” de la vida mental de este último, lo cual obstaculiza el cambio terapéutico. Ante esto, se plantea que a dicho cambio se puede acceder a través de la conexión emocional, lo que implica que el terapeuta pueda sentir junto con el paciente y compartir su emoción. Esto promueve que este último se reconozca en la mirada del terapeuta, siendo lo anterior un agente de cambio.

En síntesis, en este trabajo se plantea que la intelectualización de la vida mental del paciente por parte del terapeuta es un obstáculo que dificulta el logro de los objetivos del proceso analítico. (Balint, *et al.*, citados por Ortiz, 2002, s/p).

Contenido

Por medio de la conexión y la implicación emocional con el paciente, el terapeuta transmite a éste que lo escucha desde su propia subjetividad y comparte su estado emocional, sin embargo, habría que preguntar ¿qué importancia tiene este tipo de escucha y conexión del terapeuta con su paciente? El psicoanálisis relacional plantea este tipo de acción como factor terapéutico ya que, dicha experiencia le hace sentir que es alguien con valor propio, que está siendo en relación con otro y que tiene derecho a serlo (Killingmo, 2005). Esta corriente psicoanalítica habla de la diferencia entre un terapeuta que interviene desde una actitud basada principalmente en la interpretación, la cual brinda al paciente una información cognitiva sin que ésta tenga un impacto a nivel emocional, y un terapeuta que interviene desde el “estar con” el paciente, que requiere de una actitud de mayor implicación e involucramiento en la relación con el mismo. Para el psicoanálisis relacional esta actitud del terapeuta es la que tiene mayor impacto a nivel emocional en el paciente.

Uno de los principales planteamientos del psicoanálisis relacional es que al cambio psíquico se accede a través de la relación paciente-terapeuta. Aquí puedo mencionar algunos autores como Coderch que en varios de sus trabajos hace alusión a esto. Menciono dos de sus libros: *La relación paciente-terapeuta. El campo del psicoanálisis y la terapia psicoanalítica* (2001), y *La práctica de la psicoterapia relacional* (2010). Otro exponente es Ramón Riera (2009), este autor enfatiza la dimensión emocional, implícita, no reflexiva-verbal entre una terapeuta y su paciente que conducirá a ambos a poder ensanchar su capacidad de sentir emociones. Ortiz (2002 s/p) explica cómo más allá de las palabras hay una comunicación emocional entre paciente y terapeuta que es la que lleva al cambio.

Según este autor, la sola comprensión no basta, se necesita algo más para lograr que la terapia sea exitosa. Ese “algo más” incluye que el analista sea capaz de aportar algo nuevo a la relación que mantiene con el paciente (Balint, *et al.* citados por Ortiz 2002, s/p). En este contexto se exige al terapeuta una disponibilidad cognitiva y emocional mucho más comprometida y exigente. Es decir, el paciente no sólo necesita que el terapeuta reconozca su sentimiento, el cual se refleja en la siguiente frase del terapeuta: “sentiste que te despreció”, sino que también lo comparta. El sólo hecho de reconocerlo, podría implicar, que el terapeuta vea las cosas desde los ojos del paciente, pero con cierta distancia, y con el hecho de compartirlo, podría ser: “duele cuando uno se siente despreciado”, el terapeuta no sólo muestra que entiende sino legitima el sentimiento del paciente (Ortiz, 2002, s/p), lo cual se considera como factor terapéutico en el psicoanálisis relacional, ¿Por qué? Para responder a esta pregunta cito a Killingmo. Él habla del efecto terapéutico de legitimar el sentimiento del paciente a través de explicar las intervenciones afirmativas. Para el paciente, recibir una intervención afirmativa en la que el terapeuta legitime y comparta su emoción, implica que éste experimente cuatro modos de relación, los cuales tienen un efecto en él:

1. Soy visto. Él me ve, por tanto, debo ser visible, por tanto, existo. Este modo sostiene un sentimiento de ser.
2. Me entiende. Él me entiende por tanto soy alguien que puede ser entendido por otro, por lo tanto, estoy relacionado con alguien. Este modo sostiene un sentimiento de relación
3. Me escucha. Él se molesta en escucharme, por tanto, debo ser alguien a quien vale la pena escuchar, por tanto, soy algo. Este modo sostiene un sentimiento de sustancia.
4. Está de acuerdo conmigo. Él acuerda conmigo, entonces mi punto de vista no es algo que surge repentinamente, por tanto, hay una razón en lo que digo. Este modo sostiene un sentimiento de justificación. (Killingmo, 2005, p. 176)

Con lo anterior se puede entender el impacto a nivel emocional que genera la validación por parte del terapeuta que transmite a su paciente a través de una mirada desde la vivencia de éste.

Para Coderch, la nueva experiencia de relación transmite al paciente la disponibilidad del analista, su esfuerzo por comprender y su actitud de aceptación, su continua búsqueda de la verdad, su sinceridad, su tolerancia, su interés.

De tal manera que se le hace conocer al paciente la posibilidad de relacionarse de manera profunda entre ambos, así se constituye la nueva experiencia de relación, la cual es portadora de nuevas vivencias que han de dar lugar a modificaciones estructurales sobre el cambio psíquico. (Coderch, 2012, p. 111).

Desde el psicoanálisis relacional no se ve a un terapeuta ejerciendo efecto sobre el paciente, sino a dos sujetos en interacción, influyéndose mutuamente en las mentes de cada uno. El terapeuta es alguien que entra en una conexión desde los afectos con el paciente, y desde ahí se comporta y lo retroalimenta, siendo este último quien vuelve a retroalimentar al terapeuta de regreso en una interacción dinámica, propiciándose entre ambos el encuentro terapéutico.

Cuando el simple “entendimiento” y acercamiento intelectual al paciente dificultan la conexión emocional entre paciente y terapeuta, puede suceder que el paciente se amolde a las interpretaciones del terapeuta generando en éste un adoctrinamiento, en vez de provocar un verdadero impacto emocional en el mismo. Esto lo ejemplifica Ramón Riera (2011, p. 80-83) cuando habla del análisis al que se sometió Kohut con Ruth Eissler prestigiosa analista didacta del Instituto de Psicoanálisis de Chicago. Riera menciona que Kohut siempre se sintió mal entendido por las interpretaciones de Eissler ya que no se sentía reconocido en ellas ni podía conectar con los deseos incestuosos de los que le hablaba su analista, pero las quejas de Kohut fueron interpretadas por ella como una resistencia a admitir y renunciar a sus deseos infantiles:

Poco a poco Kohut se fue adaptando a las teorías de su analista, se controló la sexualidad masturbatoria y empezó a salir con mujeres. Aunque todo era un poco superficial, los síntomas quedaron suficientemente regulados, y finalmente Kohut pudo desarrollar una carrera meteórica en el Instituto de Chicago. Pero tanto la vida como el trabajo en general los vivía más como una carga que como una ilusión. Kohut empezó a intuir que esa falta de vitalidad era un indicador de que su tratamiento psicoanalítico sólo le había servido para aprender a nivel intelectual, un conjunto de teorías que le ayudaban a controlar sus síntomas. Ahora bien, para él la vida seguía siendo una carga muy pesada. En mi experiencia, el sentimiento por parte del paciente de haber alcanzado un buen nivel de vitalidad (tener el sentimiento de estar vivo, de tener ilusión por un futuro no rutinario) es el principal indicador para empezar a considerar que el tratamiento debe concluirse (Riera, 2011, p. 83)

Para lograr un cambio desde el interior, es importante considerar desde dónde se coloca el terapeuta ante su paciente, ¿Es desde el observador que interpreta algo que el paciente “no conoce”, o ¿desde alguien que pretende entender junto con el paciente, y buscar una conexión emocional en la que ambos compartan emociones?

Entonces, uno de los obstáculos que se puede presentar en el encuentro terapéutico es el de las reacciones defensivas del terapeuta ante las situaciones que le resultan amenazantes del encuentro con el paciente. Estas defensas pueden provocar que éste ponga distancia a lo que está sintiendo y a la conexión emocional con el mismo. La intelectualización de la vida mental del paciente, o la escucha desde la postura del observador externo pueden ser una forma de defenderse de lo anterior.

Hablaré de mis propias dificultades en el encuentro terapéutico con mi paciente Ana. Lo vivido con ella en la relación terapéutica me impactó fuertemente y me llevó a realizar una reflexión profunda sobre el encuentro entre nosotras.

Presentación e impresiones de la paciente

Ana llegó a consulta a los 28 años, así como pude notar en ella un cierto interés en recibir ayuda y un deseo de comprenderse a sí misma, también identifiqué un patrón de desconfianza hacia personas que le resultaban ajenas, de las que yo formaba parte. La desconfianza y miedo a mostrarse vulnerable ante mí por temor a que yo pudiera lastimarla se manifestaron a lo largo del trabajo terapéutico y ante mis intentos de acercarme y adentrarme en su mundo.

Desde que Ana llegó a consulta me hice las siguientes preguntas: ¿De qué manera puedo adentrarme en el mundo de esta paciente que siento tan ajeno al mío? ¿cómo puedo conectarme empática y emocionalmente con su sadismo? ¿cómo relacionarme de una forma realmente útil ante la sensación que tengo de estancamiento (en varios momentos) en el proceso y en nuestra interacción? ¿Qué necesita de mí la paciente?

Como terapeuta de Ana, yo trataba de hacerme una idea de lo que le sucedía, de cómo funcionaba su mente, de cómo sentía o actuaba. Posteriormente le planteaba mis impresiones a modo de posibles explicaciones, ella aceptaba estar de acuerdo conmigo, pero esto no tenía ningún impacto emocional, sólo manifestaba que le parecían bastante lógicas mis explicaciones, pero esto, lo único que hacía era aumentar las resistencias de la paciente a contactar con sus sentimientos. Ana evitaba contactar con su experiencia emocional durante las sesiones a través de la intelectualización, ya que dicha experiencia era fuerte, intensa, penosa e insoportable para ella. Contratransferencialmente reaccioné en parte, con una intelectualización de la paciente. Ambas nos defendíamos de los afectos y del encuentro emocional que entre nosotras implicaría vivir y contactar las emociones que experimentábamos en las sesiones.

Esto representaba un obstáculo para el logro de los objetivos de la terapia, pero a la vez un indicador de lo que estaba pasando entre nosotras, así como de la interacción paciente terapeuta y de lo que le pasaba y experimentaba Ana. Por lo que esto era motivo de análisis y profunda reflexión. Yo intentaba adentrarme en su mundo para acompañarla, conte-

nerla y ayudarla a contactar con sus afectos, pero sucedía algo en nuestra interacción y en mi persona que me impedía llevarnos a ambas a vivir la experiencia de dichos afectos, lo cual se convertía en un obstáculo para el logro de los objetivos terapéuticos.

En el encuentro con Ana esta defensa se presentó ante el impacto emocional que la paciente despertaba en mí. Así, una manera de poner distancia a mis propias emociones y temores era dando a Ana explicaciones causales de su psiquismo, pero esto no indicaba que no había una resonancia emocional en mí, sí había tal resonancia, sólo que, como menciona Buechler (2008, 2015) ésta me generó un desequilibrio interno. Esto puede ser parte de la experiencia que vivimos los terapeutas en el encuentro con algunos de nuestros pacientes. En el trabajo específico con Ana ¿Ante qué es el desequilibrio? Se pueden identificar varios elementos. Uno de ellos es el temor a la experiencia emocional que califico como fuerte, intensa, y hasta cierto punto paralizante. Temor de experimentar abiertamente esa vivencia subjetiva junto con la paciente y permanecer en ella. La intelectualización, o el querer encontrar causas frente a su estado emocional, en parte representa una huida ante el temor de que la paciente se resquebraje emocionalmente.

Ante esto, ¿Cuál es la alternativa para responder a las necesidades emocionales de la paciente? ¿Qué hacer con la experiencia del terapeuta? Me centraré en la vivencia personal del terapeuta como herramienta de trabajo. La experiencia afectiva con la que se presentaba la paciente a algunas sesiones, me impactaba fuertemente la intensidad de la emoción que yo sentía en varias sesiones con Ana, me hablaba no sólo de mis propios temores sino de los de la paciente y del sufrimiento mental que ella estaba experimentando en ese momento. Ante esto, considero que hay dos elementos que favorecen el mantenernos en la tarea analítica y la escucha desde la propia subjetividad del paciente. Uno de ellos es la tolerancia a experimentar sensaciones, emociones, pensamientos, fantasías, que pueden resultar amenazantes. Tolerar esos estados para permanecer en ellos y entender la secuencia de la interacción y el clima emocional entre paciente

y terapeuta que propició dichas reacciones, para poner esto al servicio del paciente.

De la mano de la tolerancia, otro elemento que considero importante es la capacidad de observar, observar a detalle la totalidad y los aspectos sutiles de nuestra reacción, para así no sólo identificar la secuencia de interacción y la actitud del paciente que despertó dichas reacciones, sino también los elementos de nuestra propia subjetividad que responden a esa situación, nuestros rasgos de personalidad, defensas, nuestra patología y limitaciones para entender a ese paciente, etc. Retomando lo anterior, es importante la capacidad del terapeuta de tolerar y permanecer en estados emocionales que pueden ser confusos, amenazantes, intensos, desbordantes, ya que tolerar y permanecer en dichos estados, demostrándole al paciente que él y el terapeuta permanecen íntegros, brinda la posibilidad de ayudar al paciente a metabolizar esos estados afectivos, demostrándole que puede experimentarlos ahí con el terapeuta y ser validados por este, con todos los efectos terapéuticos que esto implica.

En suma, para que el terapeuta pueda cumplir la función de regular las emociones del paciente, como se ya se mencionó, es necesario que éste haya desarrollado la capacidad de observación, introspección y regulación emocional del desequilibrio interno que puede provocar la interacción con el paciente y la situación terapéutica.

En relación con la actitud que favorece la mayor cercanía con el paciente, en el caso de Ana, en un nivel explícito, parecía que me colocaba desde la postura del observador externo, pero eso no era lo que le transmitía con mi actitud, ya que abiertamente expresaba a la paciente que mi perspectiva sólo podía ser confirmada por ella, y que no intentaba imponerle mis teorías, sino que realmente deseaba indagar qué pasaba en su mente. Sólo que, en ese momento no tenía claro lo que ella necesitaba de mí, ni tampoco la capacidad de observar más ampliamente mi reacción frente a la situación total para superar el obstáculo que me impedía acercarme más emocionalmente a la paciente, sin embargo, con mi actitud, intentaba colocarme al lado de ella, y considero que eso es algo que la paciente podía captar. En este punto, volviendo al tema de la bidireccionalidad en la pare-

ja analítica, es importante mencionar la actitud y disposición de Ana para captar mi intención. No se requiere sólo de la empatía del terapeuta sino también de la receptividad del paciente.

Así, estar y sentir con el paciente, no es algo que se aprenda en los libros, sino en las experiencias vividas frente al encuentro paciente-terapeuta. Lo que requiere no sólo estar dispuesto a experimentar todo tipo de sensaciones, sino también de sensibilidad y capacidad para detectarlas, nombrarlas, comprenderlas, e incluso tolerar permanecer en ellas, aun cuando hay incertidumbre y falta de claridad, esperando con paciencia, curiosidad y atención, el momento en que encontremos alguna pista.

Viñeta clínica

Mientras Ana esperaba a que la recibiera en mi consultorio, tenía deseos de huir. Menciona lo anterior en algún momento de la sesión. Comienza expresando que se siente “mal” pero no quiere hablar de lo que le provoca ese estado, sino simplemente de cómo se siente. Ante esto, yo reaccioné con cierta sensación de parálisis, sentía que no podría ayudarla si no entendía el contexto de su estado emocional. Tenía la necesidad de entender la causa. Le expresé que me sentía atada de manos al no poder preguntarle qué era lo que provocaba su malestar, sin embargo, agregué, “entiendo el hecho de que no quieras hablar en este momento, por lo que te pregunto qué quieres hacer”. Responde que se siente frustrada y molesta, y que la “ha pasado una tras otra, con la familia, en la escuela”. “Siento que tengo que cargar con la miseria de la humanidad”. “Me siento incompetente social”. Al escucharla decir todo esto, sentí la intensidad de sus afectos y al mismo tiempo experimenté confusión por una tendencia en mí a buscar la causa de sus emociones, y me centré más en mi propia confusión que en el estado emocional de Ana. Hay un jaloneo en mí, siento la necesidad de contextualizar sus emociones, ante lo que expreso lo siguiente: “Te dije que no te iba a preguntar en un principio, pero en este momento me es imposible no hacerlo porque no puedo entender qué es lo que te provoca ese malestar”. “¿Qué quieres que te diga?” “¿Tu qué pensarías si yo te dijera que tengo que cargar con la miseria de la humanidad, entenderías

qué pasa por mi mente, qué me pasó, a qué me refiero con eso?” “No, pero entendería que estás sufriendo”. “¡Ah! ¡Ya entiendo! Tal vez no necesitas que yo te ayude a entender, sino que más bien te acompañe en lo que estás sintiendo”. “A lo mejor”. “Entiendo que estás sufriendo, sé que la estás pasando muy mal, y me importa mucho tu sentir.” Ante esto, Ana se queda callada y receptiva frente a mis palabras. Hubo un momento en el que sentí ganas de abrazarla y me preguntaba cómo podría hacerlo a través de mis palabras, de mi actitud y de mi mirada.

Análisis y Discusión

Ante lo que Ana experimentaba en la sesión, ¿Cuáles eran sus necesidades, y qué buscaba de mí? Y ¿Qué tanto capté y me conecté con las necesidades de la paciente?

Para dar respuesta a estas preguntas, analizaré la interacción entre Ana y yo, así como nuestras reacciones. Retomaré las palabras de Ana sobre lo que siente: “he pasado una tras otra, con la familia, en la escuela. Siento que tengo que cargar con la miseria de la humanidad. Me siento incompetente social.” Al ver y escuchar a Ana transmitirme lo anterior, aunado a su lenguaje no verbal (en el que se manifiesta ese malestar), recibí un fuerte impacto emocional. Capté la intensidad de sus afectos que ahora puedo decir, era lo más importante en ese momento, pero estando ahí, había algo que no me dejaba centrarme en eso. Yo quería entender el contexto de esos afectos, sin embargo, Ana no necesitaba que yo formulara y compartiera mis hipótesis con ella. Necesitaba de mí implicación afectiva y mi resonancia emocional frente a ella. ¿Pude atender estas necesidades de Ana en alguna medida durante la sesión? Considero que, por un lado, cierta dificultad de captar en su totalidad el significado de la vivencia que ambas experimentábamos generó un monto de tensión entre Ana y yo, pero también, debido a esa fuerte intención de ponerme en su lugar, pude captar desde mi propia intuición que Ana necesitaba mayor implicación emocional de mi parte.

Para ahondar en lo anterior, hablaré de los obstáculos enfrentados por mí ante este encuentro con la paciente. En primer lugar, señalo mi reacción frente al estado emocional con el que llega Ana, una sensación intensa, invasiva, acompañada de una necesidad de ser comprendida, pero al mismo tiempo sin querer explicar o adentrarse en los motivos de ese malestar. Este estado en el que llega la paciente, rompe con mi equilibrio y con mis “esquemas” sobre cómo conducirme con los pacientes, ante lo que me planteo que, si no entiendo el contexto, difícilmente podré ayudarla. Este esquema me obstaculiza el encuentro espontáneo con Ana, así como estar con una actitud más libre y receptiva frente sus necesidades. Ahora considero que Ana necesitaba mayor resonancia afectiva, la cual podría verse reflejada en una intervención afirmativa de las que propone Killingmo (2005), que hiciera a la paciente verse reflejada en mi mirada como terapeuta dotando de mayor fuerza a la fragilidad de su *self*, y así poder ahondar en su experiencia subjetiva.

En otras palabras, haciendo referencia a Killingmo, ante los estados no metabolizados de los pacientes, hay que desarrollar conceptos y formas de pensar que puedan ayudarnos a dirigirnos y a relacionarnos con esos estados de afecto no simbolizados. Frente a esto, el paciente no necesita entender, su necesidad más apremiante es experimentar la continuidad y legitimidad de su ser. Esto requiere, no sólo que el terapeuta comparta un sentimiento con el paciente, sino que éste lo metabolice y se lo regrese metabolizado.

Otro de los obstáculos que me dificultaron concentrarme en las emociones experimentadas en el encuentro con Ana fue cierta urgencia, de mi parte, de “sacar” a la paciente de ese estado. Después de reflexionar y auto-observarme detenidamente, me di cuenta de una exigencia en mí de que debería liberar a la paciente de ese estado y evitar su sufrimiento. La ansiedad que sentí frente a las emociones de Ana se manifestó en una exigencia por liberarla de su sufrimiento, una expectativa un tanto mágica, que difiere de ayudarla a regular sus emociones.

Ante esta exigencia, reaccioné defensivamente buscando el entendimiento intelectual y no logré tener claro (de manera consciente) que lo

importante era la intensidad de los afectos. Sin embargo, a través del diálogo y de lo que la paciente me hace ver, puedo comprender qué es lo que necesita y se lo reflejo, ante lo que empiezo a sentir una necesidad de estar cerca de ella: “sentí ganas de abrazarla y me preguntaba cómo podría hacerlo a través de mis palabras, de mi actitud, de mi mirada”.

En relación con lo planteado en la pregunta: ¿qué tipo de obstáculo representa el “acercamiento” intelectual hacia Ana? En este caso podemos decir que el obstáculo tiene que ver con esquemas preestablecidos que impiden la espontaneidad del encuentro con el paciente, y con defensas más como terapeuta.

¿Qué podemos decir en cuanto a los posibles caminos que conducen a una mayor conexión emocional con Ana? Es importante agudizar la observación y la escucha de nuestras reacciones como terapeutas ante los pacientes. Hubo un registro a nivel de conocimiento implícito e intuitivo, de que Ana necesitaba de mi disposición emocional y afectiva, pero no lo hice consciente, hasta que, respondiendo a mis intentos de entender, ella me dijo que estaba sufriendo, lo que me permitió relacionarme con ella de un modo diferente, con la correspondiente intervención.

Con esto le hice notar mi interés por ella y que estaba intentando colocarme donde ella lo necesitaba. Por otro lado, en la primera parte de la sesión, después de la autorreflexión sobre lo que despertaba la paciente en mí, una alternativa a decirle que estaba atada de manos por no poder preguntarle qué le provocaba su malestar, pudo haber sido, “veo que lo que te pasa es muy fuerte e intenso, siento que la estás pasando muy mal”. Esta intervención, va más en la línea del concepto de afirmación de Killingmo. Por medio de este tipo de respuesta del terapeuta, el paciente puede reconocer su vivencia interna en las palabras del terapeuta, lo cual tiene la implicación de que este sienta una legitimación de la experiencia del sí mismo. Lo anterior no es vivido conscientemente por el paciente, sino que simplemente es sentido por él, lo cual puede ser tema de reflexión o diálogo. De esta forma se establece el contacto emocional con el paciente y entonces está listo para la exploración terapéutica de su experiencia subjetiva. Esta respuesta afirmativa no implica el uso de una técnica, sino

la expresión de una auténtica experiencia, el analista que comparte una vivencia con su paciente.

Conclusiones

Uno de los obstáculos que se puede presentar en el encuentro terapéutico es el de las reacciones defensivas del terapeuta ante las situaciones que le resultan amenazantes del encuentro con el paciente. Estas defensas pueden provocar que este ponga distancia a lo que está sintiendo y a la conexión emocional con el paciente. La intelectualización de la vida mental de este último, o la escucha desde la postura del observador externo pueden ser una forma de defenderse de lo anterior. Para que el terapeuta pueda cumplir la función de regular las emociones del paciente, como se acaba de mencionar, es necesario que éste haya desarrollado la capacidad de observación, introspección y regulación emocional del desequilibrio interno que puede provocar la interacción con el paciente y la situación terapéutica.

Otro aspecto que representa un obstáculo para la conexión emocional es pretender entender a los pacientes a través de nuestras teorías predeterminadas, y estar más enfocados en buscar explicaciones causales de lo que les sucede, en función de esas teorías y de nuestra propia lógica. Esto puede representar cierto distanciamiento emocional frente al paciente y entrar en explicaciones “como si” de su vida mental. Es ahí donde el psicoanálisis relacional habla de mayor implicación, lo que significa estar abiertos y receptivos a la experiencia emocional y de relación con el paciente, así como participar junto con él en la co-construcción de significados.

Esto coincide con lo que, desde la mentalización se señala como la postura de no saber del terapeuta. Frente a esta, el terapeuta no da explicaciones de lo que hay en la mente del paciente, por el contrario, se coloca en la postura de no saber lo que el paciente no le ha transmitido. Este es uno de los cambios más importantes para lograr la escucha desde la subjetividad del paciente, asumir que no podemos saber lo que hay en la mente del paciente hasta que este nos ayude a desvelarlo. En relación con lo anterior

cito a (Ortiz, 2002, s/p): **“hay que ayudar a los pacientes a convertirse en buenos narradores”**.

Otra forma de relacionarse desde las emociones con el paciente es sustituir las explicaciones causales del psiquismo del paciente, por intervenciones afirmativas que tienen como finalidad reforzar el sentimiento del yo y validar la experiencia del paciente, lo que sienta las bases para explorar y ahondar en la vida mental del mismo. Esto implica, no sólo entenderlo desde la lógica, sino compartir un estado emocional con él.

Siguiendo la idea del **proceso dialéctico entre paciente y terapeuta**, en la literatura clásica psicoanalítica se habla de la resistencia por parte del paciente al proceso terapéutico, adjudicando a éste los fracasos de dicho proceso. Es con Ferenczi que se pone la mirada en lo que hace el terapeuta. Lo cito a continuación: “si lo que estás haciendo no da resultado, no culpes al paciente; intenta averiguar lo que anda mal e intenta algo distinto.” Ferenczi citado en Orange *et al.* (2012, p. 59). Así, con el psicoanálisis relacional se reivindica la influencia de lo que hace el terapeuta, pero no como alguien que ejerce un método sino como otro que participa y reacciona con su propia subjetividad ante la subjetividad del paciente. Desde esta perspectiva, el paciente no es un receptor de técnicas sino un agente activo en su propio proceso ya que éste aportará una serie de elementos específicos a la relación con el terapeuta que serán determinantes para el curso que tome el proceso terapéutico. En el caso de Ana, no bastaba sólo con la actitud de colocarme al lado de ella y mi deseo de ayudarla, sino que fue de gran importancia su esfuerzo por entender lo que había en mi mente, entre otras cosas. Con esto, no hablamos de la relación que establece el terapeuta con su paciente, sino de la relación que ambos establecen, tomando en cuenta el intercambio verbal y no verbal.

La riqueza y complejidad de la subjetividad y más aún, de la interacción de dos subjetividades, requiere de sensibilidad, creatividad y flexibilidad para relacionarnos e intervenir con el paciente desde diferentes lados, e incluso adoptando diferentes posturas.

El psicoanálisis relacional explica la importancia de la relación paciente-terapeuta como factor de cambio, y promueve la postura del terapeuta que se conecta emocionalmente con su paciente. Frente a esto, no hay técnicas ni reglas a seguir para lograr dicho objetivo, ya que se refiere al encuentro terapéutico, a la interacción de dos subjetividades, a la espontaneidad que se requiere por parte del terapeuta, a la implicación emocional del mismo, a sentir junto con el paciente, etc. ¿Cómo hablar de una técnica que conduzca al logro de tales objetivos? No hay una técnica para sentir junto con el paciente.

Termino con la siguiente frase: “Para lograr un verdadero impacto emocional en el paciente, debemos sentir junto con él y mostrarle el impacto que genera en nosotros, así como cambiar y transformarnos junto con él”.

Referencias

- Buechler, S. (2008, 2015). *Marcando la diferencia en la vida de los pacientes. La experiencia emocional en el ámbito terapéutico*. Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2014). *Avances en Psicoanálisis Relacional*. Colección Pensamiento Relacional.
- Coderch, J. (2012). *La relación Paciente-Terapeuta*. Herder.
- Coderch, J. (2012). *Realidad, Interacción y Cambio Psíquico*. Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional*. Ágora Relacional.
- Grupo de Investigación de la Técnica Analítica (1999). *La Subjetividad en la Técnica Analítica*. Intersubjetivo.
- Guerra Cid, I. R. (2012). Acción Terapéutica y Cambio. Nuevos Conceptos en Psicoterapia Psicoanalítica para el Siglo XXI. *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (3) (<http://www.psicoterapiarelacional.es>)
- Killingmo, B. (2005). *Psicosomática: Aportes Teóricos Clínicos en el Siglo XXI*. Lugar Editorial.
- Orange, D. Atwood, G. E. Stolorow, R. D. (2012) *Trabajando Intersubjetivamente*. Ágora Relacional.

- Ortiz, E. (2002). Las Palabras para Decirlo; un Enfoque Intersubjetivo de la Comunicación en Psicoterapia, *Aperturas Psicoanalíticas*, 12, (<http://www.aperturas.org>).
- Ortiz, E. (2003). El Diálogo Colaborativo y el Cambio Psíquico. *Aperturas Psicoanalíticas*, 15, (<http://www.aperturas.org>).
- Riera, R. (2010). ¿Qué conceptos Relacionales he entendido mejor leyendo al Grupo de Boston? *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (1) (<http://www.psicoterapiarelacional.es>)
- Riera, R. (2011). *La Conexión Emocional*. Octaedro.
- Riera, R. (2010). El cambio psíquico. Una breve introducción a las aportaciones del Grupo de Boston. *Clínica e Investigación Relacional*, 4(2). (<http://www.psicoterapiarelacional.es>)
- Riera, R. (2009). El Cambio Psíquico a través de la Relación. *Clínica e investigación Relacional* V. 3 (1), febrero de 2009, 20-26 https://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V3N1_2009/2R_Riera_Cambio-Psiquico-Relacion-El-puente-entre-H_Ipp_CeIR_V3N1.pdf
- Riera, R. (2011). Transformaciones en mi práctica psicoanalítica (2ª parte). El énfasis en la conexión intersubjetiva. *Aperturas Psicoanalíticas*, 37. (<http://www.aperturas.org>).
- Riera, R. (2001). Transformaciones en mi práctica psicoanalítica: un trayecto personal con el soporte de la teoría intersubjetiva y de la psicología del *self*. *Aperturas Psicoanalíticas*, 8, (<http://www.aperturas.org/8riera.html>)
- Riera, R. (1999). Optimal responsiveness: How therapists heal their patients. *Aperturas Psicoanalíticas*, nº 8, (<http://www.aperturas.org/8riera.html>)

Figura de la madre: violencia y vínculos afectivos, desde una mirada psicoanalítica relacional

Mother Figure: Violence and Emotional Bonds, from a Relational Psychoanalytic Perspective

Jorge Rogelio Pérez Espinosa

Resumen

En la presente investigación, se revisa el maltrato infantil desde una perspectiva histórica y social hasta llegar al contexto familiar, abordando esta problemática actual desde el psicoanálisis relacional. Se observa que la violencia por parte de las madres es desestructurante de la vida cotidiana y de las relaciones interpersonales, además de traer múltiples consecuencias emocionales, genera una falla en la relación afectiva madre-hijo, y la incapacidad para vincularse adecuadamente, así como sentimientos de vacío, soledad, angustia y dolor ante la pérdida del amor del objeto, en el cual la madre está presente físicamente pero emocionalmente ausente.

Se realizó una investigación con enfoque cualitativo, con énfasis en el análisis del contenido narrativo. Se analizaron las comunicaciones de 10 sesiones de terapia grupal de dos horas cada una con enfoque reflexivo, reali-

Abstract

In this research, child abuse is reviewed from a historical and social perspective up to the family context, approaching this current problem from relational psychoanalysis. It is observed that violence by mothers is de-structuring of daily life and interpersonal relationships, besides bringing multiple emotional consequences, it generates a failure in the mother-child affective relationship, and the inability to bond adequately, as well as feelings of emptiness, loneliness, anguish and pain at the loss of the love of the object, in which the mother is physically present but emotionally absent.

A qualitative research approach was used, with emphasis on the analysis of narrative content. The communications of 10 group therapy sessions of two hours each with a reflective approach, carried out with 10 mothers who attend treatment with the aim

zadas con 10 madres que acuden a tratamiento con el fin de disminuir o eliminar el maltrato cotidiano hacia sus hijos. Se identificaron los elementos emocionales de maltrato con mayor influencia, ubicándolos en 5 rubros principalmente, a los cuales se les asignó un nombre en representación de la situación de maltrato.

Se destaca la importancia de un maternaje suficientemente bueno, tal como lo describe Winnicott, y de un apego seguro según Bowlby, que permita al niño sentirse protegido y respaldado. Por parte de Bollas, se resalta la importancia de que la experiencia transformacional de la madre esté presente, para que el infante pueda transitar su camino en la vida de una forma adecuada.

PALABRAS CLAVE

vínculos afectivos, maltrato materno-infantil, figura materna, psicoanálisis relacional

of reducing or eliminating the daily mistreatment of their children, were analyzed. The most influential emotional elements of mistreatment were identified, placing them mainly under 5 headings, to which a name was assigned to represent the situation of mistreatment.

The importance of a sufficiently good mothering, as described by Winnicott, and of a secure attachment according to Bowlby, which allows the child to feel protected and supported, is emphasized. Bollas stresses the importance of the mother's transformational experience being present, so that the infant can make his or her way through life in an adequate manner.

KEYWORDS

affective bonds, mother-child abuse, maternal figure, relational psychoanalysis.

En un mundo de gran desarrollo tecnológico y de rápido procesamiento de información, los diversos medios de comunicación dan cuenta de la dificultad que tenemos los seres humanos para convivir en armonía y paz en esta sociedad. Presenciamos constantemente diversas magnitudes de hostilidad, con la esperanza de que la letalidad no nos lleve a la destrucción de la especie humana. La familia como unidad fundamental de la sociedad, es un lugar donde se comparten los afectos, aprendemos a conocernos, relacionarnos, comunicarnos y resolver problemas, pero también puede ser un espacio de expresión de conductas de maltrato. La familia

juega un papel importante en la formación integral de los niños. El reconocimiento del maltrato sigue un patrón en todas las culturas. Primero, la sociedad no acepta que exista dentro de sus familias. Posteriormente, lo identifica, después lo admite e intenta establecer medidas de tratamiento, sin saber cuánto tiempo ha de transcurrir, para dar paso a su prevención porque somos producto de una sociedad y su historia. El maltrato dentro de la familia ha predominado en todas las culturas manifestándose ya sea física y/o emocionalmente, con diversa frecuencia, intensidad y estilo (Blair, 2009 y Chesnais, 1992).

La frecuencia del maltrato se refiere al número de veces en que un niño/a es agredido ya sea física y/o emocionalmente en un determinado periodo de tiempo. La intensidad es la dimensión del daño que se inflige al niño, el cual puede oscilar en un espectro de daño físico menor hasta uno severo o incluso quitarle la vida. La intencionalidad es el acto pensado, premeditado que manifiesta el deseo de perjudicar al otro. El estilo del generador de violencia puede variar desde lo sutil, hasta la violencia abiertamente dañina y perversa que termina aniquilando física y/o emocionalmente. En sentido emocional es difícil cuantificar la magnitud del daño, solo a través del efecto se puede identificar la alteración en las conductas subsecuentes de las relaciones interpersonales del niño (Gancedo, 2021). Pérez, (2017) expresa que el maltrato hacia un hijo se piensa, articula, procesa, ejecuta y finalmente se repite el ciclo.

La historia del maltrato: antecedentes y actualidad

El maltrato de mayor implicación es el que corresponde al filicidio, que ha estado presente en la historia del ser humano y en toda cultura. En culturas primitivas ha habido sacrificios humanos revelando matanzas, mutilaciones en los hijos. Las implicaciones sobre el filicidio dependen de la interpretación específica correspondiente a cada cultura y sociedad. Históricamente puede citarse que la tradición judeocristiana ofrecía algún hijo a Dios. O bien que en las Islas Salomón algunos habitantes matan al primogénito, pero luego adoptan a un niño de otras islas, lo cual sugiere que las causas de infanticidio son más complejas. Incluso en la mitología

también se hace presente el tema del filicidio como es el caso de Edipo rey, en donde tratan de matar a Edipo cuando era infante para que no realizara la profecía del parricidio. Otro caso corresponde a Medea, que es un personaje de la mitología griega, hija del rey Cólquida y nieta de Helio. Esta tragedia muestra a Medea como una mujer dotada de poderes, dominada por la pasión y la furia, quien termina asesinando a sus hijos con el objetivo de vengar el agravio sufrido por parte de su marido Jasón que le es infiel. Culturalmente Medea es la asesina de sus hijos por venganza y para lograr extinguir su descendencia presentándole a Jasón los cadáveres de sus hijos. Medea después huye mostrando esa soledad, angustia y tristeza. Se encuentra lejos de su patria, no encaja en una nueva ciudad, que no la acoge porque todas sus creencias y forma de ver la vida no tienen sentido en este nuevo mundo donde quería habitar con Jasón y que, por diversas situaciones, con tal de no perder a este objeto de amor, queda abandonada a su rabia, a su ira, a su rencor, termina cometiendo un filicidio. Medea realiza el filicidio en un momento de desesperación, angustia, soledad, enojo, ira, rabia o un estado fuera de contacto de la realidad, para descargar o resolver esa tensión pulsional se deja guiar hacia la destrucción de sus descendientes, aspecto que muestra esa vulnerabilidad de los vínculos ante una situación de desesperación y momentos de estar fuera de sí misma (de la Espriella Guerrero, 2006).

Tiempo atrás en la Antigüedad

Loredo (2004) expresa que el niño carecía completamente de derechos y Aristóteles, 400 años antes de Cristo, expresaba que un hijo o un esclavo eran propiedad y nada de lo que se hace con la propiedad es injusto. Por otra parte, las creencias religiosas en la India, Egipto o la China hacían que los recién nacidos pudieran ser ofrecidos a las distintas divinidades como un sacrificio purificador. Los padres tenían el poder de disponer de la vida de sus hijos. En Babilonia, tampoco existían leyes políticas que dictaran medidas a favor de la protección infantil. En las exploraciones arqueológicas de Canaán, se han encontrado vasijas llenas de huesos en las viviendas y obras públicas y que a los niños con defectos físicos en Esparta se les

lanzaba desde la cima del monte Taigeto, en la India se les consideraba instrumentos del diablo y por ello eran destrozados, fenómeno que se ha presentado de forma constante a lo largo de diferentes culturas y siglos. El infanticidio prevaleció hasta entrado el siglo IV después de nuestra era y se practicaba tanto con los hijos legítimos como con los ilegítimos. En la familia podía escapar al destino el primogénito, pero todo aquél que se apartara de las características de los modelos descritos en los libros de ginecología de la época o que incluso, fueran muy llorones podían seguir el camino del infanticidio. El derecho a la vida era otorgado por el padre como un ritual; por ejemplo, en Roma los derechos de un padre de familia sobre sus hijos eran ilimitados. El recién nacido era dejado a sus pies, si él deseaba reconocerlo, se detenía y lo tomaba en sus brazos; pero si se alejaba, el niño era llevado fuera del hogar y expuesto en la calle para ver si alguien se apiadaba de él y lo recogía y cuidaba. En Egipto, cada año se ahogaba en el Nilo a una jovencita para que el río desbordara y fertilizara las tierras (Aguilera, 1997; Chaffin, 2006).

En la Revolución Industrial, los niños de padres que provenían de los estratos bajos de la sociedad solían ser obligados a trabajar en tareas pesadas, frecuentemente eran golpeados, no se les daba de comer o se les sumergía en barriles de agua fría como castigo por no trabajar con más rapidez y afán (Martínez, 1993). A principios del siglo XIX se desarrolló la costumbre de lisiar y deformar a los niños para que causaran lástima y así poder pedir limosna en las calles de Londres (Loredo, 2004).

Osorio y Nieto, (2005); Sidebotham y Heron, (2006) hacen alusión a que en 1871 se funda en Nueva York la Sociedad para la Prevención de la Crueldad a los Niños, como consecuencia de que algunas personas bien intencionadas acudieron en ese entonces a la Sociedad Protectora de Animales debido a la falta de leyes. La policía se vio impedida de tomar acción para auxiliar y rescatar a la niña María Elena cuyos padres adoptivos la tenían sujeta a su cama con cadenas, torturándola y golpeándola a diario. Poco tiempo después se crearon sociedades semejantes en varios países. En 1856, Toulmuche médico forense francés, describió algunas lesiones

de malos tratos. En 1860, Ambrose Tardieu, médico francés, hizo la primera gran descripción del “síndrome del niño maltratado”

En el México prehispánico

En el México prehispánico se tenía la idea de que el nacimiento del hombre estaba ligado al sacrificio de los hijos para los dioses, como un tributo y un agradecimiento a los creadores de la vida y del universo. Así, los Mayas acostumbraban a colocar a los niños recién nacidos sobre una cama y al mismo tiempo que le colocaban la cabeza entre dos tablas para amoldarla a una forma especial (Gómez y Ramírez, 2008).

En México

Loredo *et al.*, (2010) refieren que Marchovich en 1998 realizó un estudio en el departamento de Medicina Interna del Instituto Nacional de Pediatría a través de la revisión de expedientes correspondientes a un periodo de 13 años, en el cual evaluaron reportes médicos, psicológicos y radiológicos sobre el maltrato infantil, encontrándose inicialmente 36 casos por lesiones físicas, de los cuales 20 correspondían a fractura de huesos inferiores, 8 a fracturas de cráneo y 8 a quemaduras con diversos objetos. Posteriormente, en otro estudio en el mismo Instituto Nacional de Pediatría con 130 expedientes de niños a los cuales se les había deducido maltrato, se pudo establecer que los lactantes y preescolares sufrían maltrato físico en un 70% más que los niños de mayor edad y refiere que el promedio de edad en el que se sufría la mayor frecuencia de maltrato era a los 6.5 años para los varones y a los 8 años para las mujeres. Aunado a esta investigación se identificaron algunos de los principales factores asociados al maltrato, los cuales fueron que los padres maltratadores tenían menos de 30 años, estaban desempleados, vivían en condiciones de hacinamiento, y generalmente era la madre quien causaba la agresión. El problema del maltrato al menor es un asunto de vínculos afectivos y sociales, conocido por todos en el sentido de su existencia y sobre el cual se ha escrito mucho en forma general. Díaz Guerrero (1970) detectó que para el mexicano la

madre es lo más importante en la familia, sin embargo, hoy en día no se rompe este precepto, pero no hay que olvidar que el querer a un hijo no pone a salvo a la madre de las presiones sociales tales como pobreza, baja escolaridad, haber sufrido maltrato en la infancia, o de las alteraciones emocionales que pudieran tener. Además, a partir de 1999, instituciones como el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y el Instituto Nacional de Estadística Geográfica e Informática (INEGI) llevan un registro de las denuncias. En México, la violencia se manifiesta durante el periodo de la niñez y la adolescencia, desde los 0 hasta los 17 años y lamentablemente va en aumento la violencia, por lo tanto, la investigación se tiene que profundizar en este sentido

Violencia y vínculos desde una mirada psicoanalítica relacional

El término vínculo deriva del latín *vinculum*, de *vincere*, y significa unión o atadura de una persona o cosa con otra. Los vínculos afectivos son esenciales, involucran un proceso de comunicación. El ser humano nace y vive en un mundo de vínculos, la naturaleza de los vínculos es fundamental en la vida afectiva de las personas. El proceso de vinculación temprana entre madre-hijo es definido por afectos, relaciones, comportamientos y representaciones mentales, bajo el desarrollo de un proceso de interacciones privilegiadas satisfactorias, placenteras, rítmicas, simétricas, específicas y cambiantes que permiten la búsqueda del descubrimiento de uno mismo y de la permanencia de la otra persona. La vinculación temprana será el resultado de esa experiencia interactiva recíproca entre el bebé y las personas significativas que lo rodean, como la madre, padre o abuelos, etc. Cuando se generan vínculos afectivos, siempre hay un otro que mira, escucha, aprende, comparte, responde y puede ser la madre como primera cuidadora de vida. (Pérez y Arrázola, 2013)

La relación armónica Madre-hijo facilita el despliegue progresivo de una personalidad sana con experiencias de armonía y plenitud. En tanto, una relación inadecuada interfiere en este proceso y, en consecuencia, la reacción emocional del niño no sólo es de frustración, sino de vacío y desesperanza (Fonagy, *et al.*, 1993). La experiencia de relación y for-

mación de vínculos adecuados con las personas genera organizaciones internas perdurables en la mente del niño. Un desarrollo emocional entorpecido en sus primeros años anida perturbaciones a futuro.

Cuando un bebé llora su llanto puede estar relacionado con hambre, sed, frío, calor, cólico, etc. Sin embargo, ese llanto puede vivirse o interpretarse como insufrible, inaguantable, desestabilizador del estado emocional del cuidador, y se puede tratar de calmarlo, pero también puede resultar insoportable y la madre podría tratar de silenciarlo a través del maltrato, aspecto nada conveniente para el desarrollo del aparato psíquico del bebé (Bauman, 2004). Pérez, (2017) refiere que en un grupo de madres que asistían a terapia, una de ellas expresó “esto de vincularse con los hijos hace que mi cerebro se mueva a muchas revoluciones por segundo, solo me cansa y no entiendo como comunicarme”.

Un niño que no cumple con los ideales de los padres puede ser vivido como un atacante. Existe un hijo real y el hijo ideal. El fracaso incide en las altas expectativas de los padres, aspectos no elaborados emocionalmente, que pueden propiciar en el niño el sentimiento de quedar excluido, de no aceptación y la consecuente expresión de tristeza y sentimiento de culpa, ya sea desde el ámbito familiar o de la escuela (Valdebenito, 2009). Pérez (2017) refiere que en un grupo de madres que asistían a terapia, Teresa expresó:

Tener un hijo es algo difícil y doloroso, ya que desde el embarazo te sientes mal y hueca, más después de que te sacan al bebé. Además, una se quiebra toda, es horrible. Tu cuerpo se aguada, te sientes cansada y luego las bubis se hacen feas. Todo para darle de ti a esa niña extraña que llegó a tu vida de quién sabe dónde. La verdad, si pudiera regresarla lo haría, pero la naturaleza no me lo permite, ahora me agunto, ya no hay remedio.

Janin (1998) considera que desde el psicoanálisis relacional la violencia se puede expresar en muchos sentidos, sin embargo, existen violencias que trabajan al servicio de la pulsión de muerte y son desestructurantes

debido a que tienden a romper conexiones o vínculos. El maltrato a los niños hace que su universo interno se desestructure y se constituya vulnerable ante conflictos de la vida cotidiana y de las relaciones interpersonales. El maltrato infantil desde etapas muy tempranas se relaciona con el desconocimiento del otro y lamentablemente el infante no tiene un aparato psíquico desarrollado para defenderse. Según Janin (1997) con el maltrato se incrementa la sensación de baja autoestima, la poca valía ante la vida y la sensación de que la vida ofrece pocas oportunidades de cosas buenas y agradables para el presente y para el futuro.

En determinados momentos el acto violento de la madre puede ser un instrumento para hacer sentir su presencia ante los hijos, tener el control y la dirección sobre el niño para que obedezca y se guíe según los principios establecidos en la familia. Bauman (2004) considera que vivimos en una sociedad individualista, poco solidaria y que generalmente, son los niños y los adolescentes en los que recae principalmente el maltrato. La violencia fundamentalmente supone la anulación del otro como sujeto, del otro en su otredad, del otro en su existencia. Por lo tanto, se ejerce o realiza la destrucción de los vínculos afectivos tan necesarios y se genera un ambiente que dificulta la estructuración de la psique de forma adecuada. Hay una sociedad en crisis, los niños sufren maltrato, la infancia queda en estado de vulnerabilidad, se les quitan las posibilidades del juego, sin satisfacer sus necesidades básicas, la deshumanización se hace presente manifestándose como un no reconocimiento del otro. Jeammet (2002) considera que el narcisismo está presente y que la persona que actúa el comportamiento violento trata de imponer su dominio sobre el objeto desestabilizándolo. Trata de compensar su yo al sentir que no tiene control sobre el otro. El maltrato de alguna manera anula esa capacidad de vincularse de forma adecuada (Bolwby, 1986). La negligencia y el maltrato son experiencias extremadamente aterradoras para un niño ante padres que usan frecuentemente amenazas y castigos, generando el apego de tipo desorganizado con dificultades para formar vínculos afectivos adecuados, tanto en el presente como en el futuro (Álvarez-Segura y Lacasa, 2021) con el maltrato, el rol del miedo se convierte en una experiencia constante. Los in-

fantes permanecen atrapados sin la figura que proporcione seguridad, es al mismo tiempo la figura que provoca la amenaza y es el origen de su miedo (Hesse y Main, 2006). Los niños maltratados son incapaces de organizar estrategias consistentes seguras, con un apego de tipo evitativo o ambivalente-resistente que les permita relacionarse de otra forma con el cuidador. El niño manifiesta gran ansiedad y no desea acercarse a la madre, por el contrario, se aleja. Ante una madre que no está disponible para acudir a ella y ser protegido por necesidad de cobijo, afecto, cuidado, enseñanza, etc., solo se hace presente la desesperación, soledad, ante esa ausencia de figura de madre protectora. Es como André Green (2004) plantea un punto de vista particular de la madre, a la que ha denominado “la madre muerta”, contrario a lo que se podría creer, es una madre que sigue viva, pero que psíquicamente está muerta ante los ojos del infante. La madre podría estar en depresión por pérdidas personales, por una herida narcisista, un revés en la economía de la familia nuclear, un enredo amoroso del padre que abandona a la madre, una humillación etcétera. La madre se presenta como una figura lejana, casi inanimada con dificultades para transmitir el afecto, simplemente funciona como elemento desobjetivizante, con actitud mortecina, que propicia la ruptura o la no formación de vínculos afectivos, de ahí que el infante presente heridas emocionales que dejan huellas en el inconsciente, con huecos emocionales que llevan hacia estados de vacío, ligados a la pulsión de muerte, que son producto de esa destrucción. Los niños reciben mensajes que indican no interrumpir las actividades, la tranquilidad de la madre o la lejanía emocional, por el momento la madre no está disponible afectivamente y no se le puede pedir esa conexión vincular, está en monotonía con tonos de lejanía que indican la presencia de pulsión mortecina. Pérez (2017) al trabajar con un grupo de madres que realizan maltrato hacia sus hijos, comparte el caso de Leticia quien expresa que: “le pregunta a su hija el porqué de su actitud rebelde en la escuela y ante ella, la hija contesta: —porque me jalas, me pellizcas y me pegas. Entonces, no te digo, pero prefiero morirme”. O bien, el caso de Olga:

No extraño a mi hijo, creo que es mejor que no esté cerca de mí, así no tengo que volver a batallar con él. Pero cuando estoy sola, lo empiezo a extrañar, eso me sorprende, siento que no existe, aun cuando hay algo que me dice que es un extraño frente a mí.

La mirada del niño se pierde en una búsqueda de solución a la incertidumbre de la claridad en el establecimiento de vínculos afectivos y simplemente encuentra vacío y soledad. Janin (1997) considera que, a través del maltrato, emerge lo grave de la depresión es decir el odio, el rencor y la ira, en movimientos donde la sintonía fluye en compás vago y difuso para sentirse acogido en la relación madre-hijo. Estas situaciones se concentran justo en ese momento crucial para la estructuración de la psique del niño. La madre no hace resonancia a sus llamados emocionales en sentido empático, por lo tanto, el infante sufre su primera pérdida del objeto que es esencial para la seguridad, es el momento principal en que se requiere la libidinización para la estructuración de la personalidad. La relación con el padre es inaccesible, porque éste se preocupa principalmente por el estado de la madre sin acudir al auxilio del hijo, o porque deja que madre e hijo resuelvan solos esa situación. El hijo se queda a merced de ese vínculo nocivo o tóxico, sin poder renunciar. André Green (2004) considera que no se puede hacer un duelo por una madre que no ha muerto físicamente, él le llamó un duelo blanco que va ligado a la pérdida del amor del objeto, en donde hay angustia y hay dolor, que se acompaña de la destructividad. Esa pérdida es experimentada en el nivel del inconsciente, se queda como “lo sabido, pero no estructurado” que es una expresión que acuña Bollas (2009). El niño sufre ante las variaciones del humor de la madre, trata con esfuerzos de adivinar o anticipar los mensajes que emite la madre y su actitud de silencio, no los puede descifrar. Frecuentemente hay incertidumbre y su integridad psíquica ha quedado comprometida, metafóricamente está agujereada. La madre muerta no termina de morir y mantiene prisionero al hijo con el dolor, el sentimiento que aflora y lo aliena ante una figura irrepresentable. Pérez, (2017) muestra expresiones de madres de un grupo terapéutico con estas dificultades: Ofelia “Cuando era pequeña

mi mamá no nos besaba, ni nos apapachaba. Nunca tenía tiempo, además yo ni se lo pedía”. Patricia es arquitecta:

soñé que presentaba un examen, similar a un examen profesional. No percibía físicamente mi cuerpo, pero sabía que estaba ahí. Yo era incapaz de resolverlo, ni siquiera sabía usar las escuadras. Las líneas que intentaba dibujar no me salían, el plumón que usaba tampoco servía bien, dibujaba líneas sin continuidad y aparecía de repente mi madre y me regañaba diciéndome que no sabía hacer nada bien. Después veía en un pasillo a mi exjefe y pasaba por atrás de él. Siempre que lo sueño le ruego que me dé trabajo, esta vez ni le hablé. Más adelante vi a un amigo de mi facultad que trabaja actualmente con mi exjefe, estaba desnudo y me decía que se quería aventar por la ventana porque ya no quería vivir, porque no era importante para nadie, ni para sus padres desde que era un niño. Yo me veía preocupada y estaba triste por él.

Bowlby (1986) plantea que en la relación con los hijos es importante generar un apego seguro. Al respecto, Winnicott (1971) propone que se necesita un maternaje adecuado, que promueva la estructuración de la psique del infante de modo que pueda desarrollar sus potencialidades ante la vida, desenvolverse de forma adecuada y no terminar en la repetición del ciclo de maltrato de la violencia y con falta de sentido hacia la vida.

Velasco (2009) revisa conceptos fundamentales de Christopher Bollas (2007 [1987]) respecto al texto de André Green “la madre muerta” y hace énfasis en que hay pensamientos que fueron enterrados por la represión en las personas. Hay pensamientos que estarán en el inconsciente no reprimido y nunca representado, pero no por ello no vividos. Bleichmar (2001) expresa que lo no reprimido remite a lo que no pudo representarse, pero que dejó huella en el inconsciente originario almacenándose en forma de memoria procedimental, en palabras del propio Bollas “lo sabido no pensado” es entonces “aquello como una recurrente experiencia de existir y no tanto porque se lo haya llevado a una representación de objeto: un saber más bien existencial por oposición a uno representativo”.

Se podría pensar que cuando en una situación el bebé ha perdido el amor de mamá dadas las condiciones psíquicas y que el amor de mamá que le ofrecía era tan importante que le daba la estructura, lo contenía y le daba sentido a su vida, ahora que mamá ha retirado su amor debido a un duelo recién activado, también hay una muerte psíquica o un vacío emocional en el infante y como consecuencia, el pequeño tendrá que adaptarse a nuevas circunstancias como vivir un maternaje interrumpido, con un *holding* o sostenimiento no vivido. La madre muerta implica la interrupción de ambas funciones, tanto la gratificación como la frustración, adecuadas para la estructuración de la psique del infante. Lo que se pierde no es una persona amada, sino el amor de la persona. La persona, o sea la madre física sigue allí, pero no así el amor de la madre psíquica ya que los lazos afectivos y libidinales hacia el bebé se han retirado. En ese sentido, ella ha muerto para el bebé, ahora los vacíos emocionales los llevará como sombras que reflejan su andar en la vida. Winnicott (1971) considera que la diada madre-bebé son la misma cosa quedando ambos con una sensación de vacío y muerte. Hay un vacío mental y la sensación de inexistencia. El niño conforme el transcurrir de la vida sabe que en su mente siempre hay algo “sabido, pero no pensado”. Lo que no pudo ser, no se estructuró. La madre es el objeto transformacional por excelencia ya que sus cuidados modifican el entorno ambiental del infante analizar la función del arrullo por ejemplo es pensar un modo de experiencia transformacional en donde la madre emite un tono musical con la finalidad de calmar la angustia y transforma el *self* del bebé. El concepto de Winnicott (1971) de madre suficientemente buena es aquella que es capaz de gratificar, pero también de frustrar es capaz de estar, pero también de separarse y volver cuando el umbral de la angustia de separación está a punto de ser colmado no se hace presente ante al maltrato. La madre es una especie de ecosistema, un hábitat, un continente que recibe, contiene y transforma lo proyectado por su bebé de una forma estética y armoniosa, por lo tanto es importante que la madre tenga esa estabilidad emocional que le permita acoger a los hijos evitando el maltrato, porque el maltrato influye en la deslibinidización del objeto y la adecuada estructuración de sus psiques, de ahí que

Bollas (2009) considere que la experiencia transformacional por parte de la madre está bloqueada debido a un duelo no resuelto.

Bromberg (2017) utiliza el término “tsunami” para representar este tipo de trauma, cuando el sujeto es incapaz de procesar cognitivamente afectos negativos muy intensos o caóticos como sucede en el maltrato infantil, por lo tanto, el infante recurre a la disociación como la única solución posible ante el terror de la aniquilación con el precio de sufrir la disolución de la propia identidad. Las personas sólo pueden vivenciar un conflicto psíquico si éste es soportable, si se mantiene en niveles de tolerancia que no superen su capacidad emocional, accediendo de este modo al pensamiento y otras funciones. Siempre que ocurre un tsunami evolutivo que no es remediado deja una sombra. La persona vive con la sombra llevándola a cuestas hasta la vida adulta, de ahí que en la presente investigación se hace referencia al maltrato realizado por un grupo de madres hacia sus hijos mostrando algunos aspectos de la dificultad para vincularse afectivamente, propiciando la distancia emocional y el apego de tipo desorganizándose.

Metodología

El objetivo consistió en identificar y categorizar segmentos de relatos de sesiones en audio grabaciones sobre situaciones de maltrato, que expresa un grupo de madres que deseaban mejorar los vínculos afectivos con sus hijos, permitiendo visualizar elementos que influyen en la inestabilidad emocional de los hijos y de vacíos emocionales.

La investigación se realizó con un enfoque cualitativo, haciendo énfasis en el análisis de contenido narrativo (Delgado y Gutiérrez, 2010). Con este enfoque se considera describir, comprender e interpretar los fenómenos a través de las percepciones y significados producidos por las experiencias desde el marco de referencias internas que el ser humano experimenta (Hernández, *et al.*, 2014).

Procedimiento

En un programa de radio que trataba diversos tópicos de la familia y uno de estos correspondía al maltrato, participaban algunas madres y después a solicitud de ellas eran referidas al CAPSIM (Centro de Atención Psico-terapéutica para Mamás), ahí solicitaban consulta para buscar mejorar los vínculos afectivos con sus hijos, se realizaban las entrevistas y se les canalizaba a terapia individual y tiempo después pasaban a grupo. El trabajo grupal se llevaba a cabo con un enfoque reflexivo, sobre la idea de que todos participaran en un diálogo de cambio (Andersen, 2017). El objetivo consistía en realizar reflexiones que permitieran mejorar la relación vincular con sus hijos(as) buscando disminuir o eliminar el maltrato en el diario convivir.

A través de audio grabaciones y en un periodo de 10 sesiones, se obtenía la información cualitativa de las ideas, vivencias, percepciones, motivaciones, opiniones y actitudes de las integrantes, focalizando los problemas emocionales de las madres que impedían tener relaciones afectivas adecuadas con sus hijos y/o hijas y por las cuales realizaban el maltrato. Al grupo se le pidió la autorización para que los resultados pudieran ser utilizados exclusivamente para fines académicos y de investigación, con respeto asu anonimato.

Muestra

Para la investigación, se realizó trabajo grupal reflexivo con un grupo de 10 madres, en un periodo de 10 sesiones, las cuales eran una por semana, con una duración de dos horas cada una. Respecto a sus datos sociodemográficos, las madres se ubicaron como de clase media y media baja, con edades que oscilaban entre los 25 hasta los 50 años, 8 de ellas casadas y 2 divorciadas, con escolaridades desde secundaria hasta posgrado, 8 se dedicaban a labores del hogar y 2 trabajaban. Una vez conformada la muestra se iniciaban las sesiones de reflexión.

Análisis de resultados

Con la transcripción de los audios y las opiniones vertidas por las integrantes en cada sesión se procedió a organizar por rubros el material recabado. El análisis del contenido de las grabaciones permitió observar los elementos emocionales de maltrato con mayor influencia ubicándolos en 5 rubros principalmente, a los cuales se les asignó un nombre en representación de la situación de maltrato, éstos se identifican a través del análisis con viñetas:

1) Hijos/as del encargo y abandono

Lucero tenía 30 años y su madre, de 80; tenía cáncer. Todos los días era la misma historia de la mamá, incluso le decía que cuando ella muriera se quedaría sola en la vida. Al final, se sintió tan presionada por su madre que accedió a embarazarse de un compañero del trabajo y así nació Valeria. Esa niña es “hija del encargo” por ser el encargo de la madre y no el deseo de Lucero, en consecuencia, ante la distonía emocional Lucero se distanció afectivamente de su hija por ser la consentida de la abuela y rival de ella en el afecto. Cuando muere la abuela, la poca herencia se la deja a Valeria, Lucero consolida el odio hacia su hija, de tal forma que frecuentemente le aplicaba la ley del hielo, la insultaba ante alguna falla e ignoraba sus peticiones.

Aplicarle la ley del hielo a un niño, implica ubicarlo en un laberinto de ansiedad y, por qué no, de soledad. La intensidad del daño que se inflinge al niño puede oscilar desde un espectro menor hasta uno severo. La familia es el centro donde se generan los afectos y los vínculos, pero también el maltrato (Blair, 2009). Valeria sabe que no es bien recibida, no está absorbiendo el amor de la madre, hay más frustración que gratificación, la promoción de la estructuración de su psique no es la adecuada por la parte que le corresponde a la madre y sus funciones de protección y como lo establece Green (2004) los vacíos emocionales los llevará como sombras que reflejan su andar en la vida. La ley del hielo aplicada de forma frecuente permite sentir la presencia del vacío mental y la sensación de inexistencia. Valeria sabrá, conforme transcurra su vida, que en su mente hay algo

“sabido, pero no pensado” como lo expresa Bollas (2009). Es probable que el efecto del distanciamiento emocional de la madre hacía Valeria incida en la angustia, porque la madre no está conformando un hábitat o continente que recibe, contiene, transforma y permite la estabilidad emocional. El maltrato por parte de la madre influye en la deslibidinización del objeto, la experiencia transformacional. La madre está bloqueada debido a un duelo no resuelto con su propia madre y con resentimientos desplazados hacia Valeria.

2) La hija para detener a la pareja

Laura expresó:

esperaba que mi amante se divorciara y para retenerlo me embaracé, pero no resultó y se fue cuando nació mi hija Consuelo. Ella no es suficiente para mí, yo amaba y aún extraño a Roberto. Cuando vi a Consuelo por primera vez, no me agradó, y desde que era pequeña no toleraba sus errores, me desesperaba que no caminara rápido, y cuando se ensuciaba su vestido la regañaba diciéndole: —no soy tu estúpida—, y venían los golpes, Consuelo solo me miraba con ojos de tristeza. Cuando Consuelo cursaba el sexto año de primaria, le exigía las mejores calificaciones para que saliera en el cuadro de honor y estuviera en la escolta. Todo el tiempo le recordaba: —en esta casa, todos trabajamos y las huevonas no caben aquí, pero creo que ella nunca ha tenido un espacio ni en mi casa, ni en mi mente.

Laura se desquita con su hija y metafóricamente se hace la referencia a la mitología griega con la figura de Medea que, si bien no se realiza literalmente el filicidio, también hay una mujer furiosa porque el amante se ha ido con “otra”. Siente frustración, abandono, enojo, sensación de venganza, pero aquí la única que paga las consecuencias es Consuelo, se le exige de tal forma que se le indica que no es bien recibida en esa casa. La violencia abierta o encubierta es dañina y puede ser perversa porque termina aniquilando física y/o emocionalmente al niño. En esta viñeta, Consuelo

estaba destinada a cumplir la función de unir la relación de la madre con su amante, aspecto o tarea que no era su responsabilidad, pero al no realizarse, se descarga transferencialmente la hostilidad, no tolerando errores, regañándola, acosándola con las calificaciones. El maltrato hacia un hijo se piensa, procesa, articula, ejecuta y finalmente se repite el ciclo. Janin (1997) refiere que el maltrato atenta contra el universo interno del niño generando desestructura y los hijos se vuelven vulnerables emocionalmente. Y, como refiere Winnicott (1971), no se presenta un ambiente de maternaje suficientemente bueno, más bien se atenta contra la formación de un *self* que pueda permitir la sensación de un mundo que espera su existencia. No todas las mujeres tienen la obligación de ser madres, porque se convierte en un factor de riesgo para el maltrato. La relación inadecuada madre-hijo interfiere en el proceso de mentalización y, en consecuencia, la reacción emocional del niño no sólo es de frustración, sino de vacío y desesperanza (Fonagy, *et al.*, 1993). Bauman (2004) considera que vivimos en una sociedad individualista, poco solidaria y que, generalmente, son los niños y los adolescentes en los que recae principalmente el maltrato. La violencia fundamentalmente supone la anulación del otro como sujeto, del otro en su otredad, del otro en su existencia.

3) La promesa incumplida de una niña y el maltrato

Raquel vistió a su hija de tres años de blanco para el día de Navidad. Le dijo que se veía bonita y le preguntó: “¿no te vas a ensuciar, verdad?”, la niña respondió que no. Media hora después, se cayó al jugar y se ensució el vestido. La madre se enojó y le dio unas nalgadas. Del tipo que dejan marcas en la piel, para que “aprenda a cuidar su vestimenta”.

Los niños a esa edad pueden ensuciar la ropa en cualquier momento, ya que su motricidad; el manejo de sus movimientos corporales está en proceso de desarrollo, aquí se presentan situaciones donde, por un lado, la ignorancia hace su aparición al pedirle a un niño responsabilidades que aún no puede manejar y, por el otro, el maltrato físico se hace presente. Janin (1997) refiere que, desde la perspectiva relacional se puede hablar de la violencia en muchos sentidos, y que hay violencias que trabajan al

servicio de la pulsión de muerte, tornándose desestructurantes debido a que tienden a romper conexiones o vínculos afectivos promoviendo la distancia emocional. La niña recibe nalgadas que pueden dejar huella y representar un trauma como lo refiere Bromberg (2017). Por su edad, habría que mirar su capacidad para procesar cognitivamente el maltrato y si por su intensidad es caótico con sufrimiento que deja no solo huella, también sombra de un conflicto psíquico difícil de superar, pues solo se menciona un evento, pero el maltrato se repite, hay que promover la suspensión del maltrato y considerar que si la madre no hace resonancia emocional para ser empática ante el desarrollo de su hija, en un futuro ésta difícilmente podrá recurrir a ella en búsqueda de protección. La hija se queda a merced de un vínculo nocivo o tóxico, sin poder renunciar.

4) Si la matriz no tiene hijos/as, entonces crea tumores

Georgina no quería tener hijos porque los veía como una gran responsabilidad. Además, vivía con su madre, a la cual mantenía; sin embargo, tuvo a Raúl, un niño no deseado. Georgina es muy exigente con él, sobre todo con las calificaciones escolares. Se desespera, no le tiene paciencia, por todo se frustra y siempre repite: “yo sólo espero el día en que mi hijo crezca y se independice para que pueda disfrutar de mis quincenas”. Cuando Raúl obtiene calificaciones bajas, ella le dice que no va a estar de su babosa manteniéndolo toda la vida: “Raúl, crece para que te vayas”. Además, lo castiga cuando reprueba un examen, preparándole la comida que más odia Raúl.

Raúl, probablemente ni siquiera ha nacido emocionalmente, porque la madre lo vive como una carga, es factible que algunas madres por situaciones personales o familiares no estén preparadas para ser cuidadoras y ver por la necesidad del otro, existe desesperación pudiendo vivirse o interpretarse como insufrible, inaguantable, desestabilizadora del estado emocional del cuidador. La madre se cansa al tratar de cuidarlo y contenerlo. Janin (1997) indica que el maltrato incrementa la sensación de baja autoestima o de poca valía ante la vida ya que el procesamiento mental que hacen los niños les impide metabolizar lo vivenciado como algo positivo, que les permita tener la sensación o la seguridad y considerar que la

vida ofrece pocas oportunidades o nada de cosas buenas y agradables para el presente y para el futuro. Las expectativas sobre Raúl incluyen lo académico y la “excelencia”, el fallar se vive como algo terrorífico al no cumplir con las expectativas, en consecuencia, el maltrato puede hacerse evidente. Un niño que no cumple con los ideales de los padres podría ser vivido como un atacante, un defraudador de sus confianzas. Los niños maltratados son incapaces de organizar una estrategia consistente y segura para defenderse del cuidador, a pesar de experimentar la necesidad (Álvarez-Segura y Lacasa, 2021). Saber en la vida que uno debe “crecer para irse”, genera la sensación de no ser bien recibido. En México hay un dicho “el muerto y el arrimado a los tres días apestan” y Raúl tiene ese mandato y por el momento él podría vivir la intencionalidad de la madre como ese acto pensado y premeditado que le lleva a la sensación de ser extranjero en su casa, donde la violencia puede variar desde lo sutil hasta la violencia abiertamente dañina (Gancedo, 2021). La familia juega un papel esencial en la estructuración de las expectativas futuras de los hijos.

5) La hija responsable de un fracaso académico

Luisa expresa:

Mi hija Lupe no estaba planeada. En esos momentos me encontraba haciendo mi tesis para titularme de médico. Al saberme embarazada, no pude concluir la. Mi hija fue una carga, y cuando puedo le reclamo como la causante de mi fracaso personal y laboral. Creo que por su culpa no pude crecer como profesionalista. Le puse Lupe porque es un nombre que no me gusta, pero no la voy a premiar ¿Verdad?

Pérez y Arrázola, (2013) consideran que los vínculos afectivos son esenciales para fortalecer la relación madre e hijo, pero no siempre están dispuestos para ser expresados como lo podemos constatar en esta viñeta, donde Luisa se queja como madre de haber procreado a Lupe, pero no se da cuenta de la importancia de la vinculación y de las interacciones que

permitan la búsqueda del descubrimiento de uno mismo y de la permanencia de la otra persona. De acuerdo con la teoría de Bowlby (1986) el apego puede ser de tipo evitativo y/ o desorganizado, donde la madre no está disponible como persona de resguardo o de contención. Sin embargo, se cuestiona ¿No es acaso la responsabilidad de Luisa depositada en el otro? Y que a través de un mecanismo de defensa como es la racionalización expresa la hostilidad hacia la hija y le asigna el nombre de Lupe que no le agrada. Culpar a Lupe de una “equivocación” personal, implica una forma emocional, negarle la libertad a la niña para que cargue con la sombra de la falla, aspecto que remite a Bollas (2019) para saber que hay algo “sabido, pero no procesado” y además sin ser responsable la niña a la cual yo llamaré Lupita para disminuir el rechazo de forma contratransferencial. Resulta importante en este caso, que la madre pueda asumir la responsabilidad del embarazo y reflexionar sobre la importancia de proporcionar el maternaje adecuado, antes de culpar a la que todavía no había nacido, es decir Lupe, que como nombre manifiesta su desprecio invitando a formar vínculos en donde los vacíos emocionales estarán presentes a lo largo de la vida y que la madre con su distancia vuelve a representar una “madre muerta” en relación con las expresiones de André Green (2004), donde la madre está viva, pero es tan distante que mantiene un cautiverio afectivamente expresado en el rechazo a su hija.

Conclusiones

El maltrato ha predominado en la familia a lo largo de la historia, en todas las culturas y sociedades. En su mayor grado ha sido el filicidio, ya que en las culturas primitivas ha habido matanzas y mutilaciones en los hijos. En cada sociedad y periodo de tiempo el maltrato se interpreta de diversas formas. La forma de analizar el maltrato infantil ha cambiado, desde un tiempo en donde los niños no tenían ninguna protección, hasta el actual momento en donde se sanciona a los padres o cuidadores que lo ejerzan, sin embargo, no se ha erradicado del todo. Para disminuir o eliminar el maltrato hay que considerar que los vínculos afectivos son esenciales e involucran un proceso de comunicación. La naturaleza afectiva en las personas es fundamental,

por tales motivos hay que promover la vinculación temprana entre madre-hijo. Cuando una madre maltrata a sus hijos(as), la reacción emocional del niño no sólo es de frustración, sino de vacío y desesperanza. Las madres de la presente investigación que asistieron a CAPSIM, deseaban dejar de maltratar a sus hijos, porque si bien se quejan y desesperan, también sufren al tomar conciencia del daño que les generan. Sin embargo, este darse cuenta puede suceder después de meses, años o bien hasta la vejez, al vivir solas sin nadie que quiera visitarlas o cuidarlas, con vínculos tan lejanos, que la soledad sea la única compañía. Algunas de ellas con la expresión de maltrato y distancia emocional se han comportado como las “madres muertas” que describe Green (2004): una madre que sigue viva, pero que, psíquicamente está muerta. El infante preferiría a la madre que le permita conocerla y saber que puede vincularse afectivamente con ella y que le permita y ayude a estructurar su aparato psíquico, o como con Winnicott (1971) que exista un maternaje suficientemente bueno, que permita el adecuado desarrollo del *self*; o con Bowlby se esperaría un apego de tipo seguro en donde el infante, en lugar recibir maltrato, tenga la seguridad de que puede contar con su cuidador y recurrir a él, o a ella, ante situaciones de peligro o sufrimiento. Bromberg recomienda que el maternaje no debe ser vivido como “Tsunami”, sino que la relación permita procesar cognitiva y emocionalmente los afectos negativos y caóticos que se presenten, con la visión de un futuro que permita al niño desarrollarse y convivir en sociedad. Por parte de Bollas (2009) que la experiencia transformacional de la madre esté presente, para que el infante pueda transitar su camino en la vida de una forma adecuada, y promover que exista menos sabido y más procesado y que la madre que realiza el maltrato, pueda, a través de un trabajo terapéutico, co-construir luchando contra el impulso mortecino, porque la vida camina en busca de la vida y no hacia atrás.

Referencias

Aguilera, C. G. (1997). *El maltrato de la madre hacia su hijo*. Tesis de Licenciatura. Universidad del Valle de México.

- Álvarez-Segura, M. y Lacasa, S. (2021) Vías de desarrollo del apego desorganizado: maltrato y cuidados tempranos alterados. *Revista de Psiquiatría Infanto-Juvenil*. 39 (2): 29-40
- Andersen, T. (2017). *El equipo reflexivo*. Gedisa.
- Bauman, Z. (2004) *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica
- Blair, E. (2009) Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*. 32, 9-33.
- Bleichmar, H. (2001) El cambio terapéutico a la luz de los conocimientos actuales sobre la memoria y los múltiples procesamiento inconscientes. *Aperturas Psicoanalíticas*. 9
- Bollas, C. (2009) *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Amorrortu.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos Afectivos-Formación, desarrollo y pérdida*. Ed. Morata.
- Bromberg (2017) *La sombra del Tsunami y el desarrollo de la mente relacional*. Ágora Relacional. Colección Pensamiento Relacional. 18.
- Chaffin, M. (2006). The changing focus of child maltreatment research and practice within psychology. *Journal of Social Issues*. 62, 663-684.
- Chesnais, J. C. (1992). The History of violence: homicide and suicide through the ages. *International Social Science Journal*, 44, 217-234.
- De la Espriella Guerrero, R., (2006). Filicidio: una revisión. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, XXXV_(1), 71-84.
- Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (2010). *Métodos y técnicas Cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Editorial Síntesis.
- Díaz Guerrero, R. (1991). *Psicología del Mexicano*. Trillas.
- Fonagy, P., Steele, M., Moran, G., Steele, H & Higgitt, A. (1993). Measuring the Ghost in the Nursery: an Empirical Study of the Relation Between Parent's Mental Representations of Childhood Experiences and their Infant's Security of Attachment. *Journal of the American Psychoanalytic Association*. 41(4), 957-989.
- Gancedo, A. (2021). *Manual de situaciones a maltrato infantil*. Editorial Grupo 2, Comunicación Médica

- Gómez, R., y Ramírez, G. (2008). Crianza humanizada: una estrategia para prevenir el maltrato infantil. *Acta Pediátrica Mexicana*, 29. 295-305.
- Green, A (2004) *Narcisismo de Vida, Narcisismo de Muerte*. Amorrortu.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw Hill.
- Hesse, E. y Main, M. (2006) Threatening and dissociative parental behavior in low-risk samples: Description, discussion, and interpretations. *Development and Psychopathology*. 18 (2):309-43. https://www.researchgate.net/publication/7179829_Frightened_threatening_and_dissociative_parental_behavior_in_lowrisk_samples_Description_discussion_and_interpretations
- Janin, B. (1997) La violencia en la estructuración subjetiva. *Revista Cuestiones de la infancia*. 2, 65-75
- Janin, B. (2021) Infancia y contexto – Intervenciones subjetivantes. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. 2021; 41(139): 141-150.
- [Infancia y contexto – Intervenciones subjetivantes | Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría](#)
- Jeammet, P. (2002). La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad. En *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 33/34.
- Loredo, A., Trejo, J., García, C., Portillo, A., Capistrán, A., Carballo, R., Mendoza, O., Hernández, A., Alcántar, M. I., Saucedo, J. M., Ramos, L., Llata, M. D., Sotelo, M. T., y Martín, V. (2010). Maltrato infantil: una acción interdisciplinaria e interinstitucional en México. *Comisión Nacional para el Estudio y la Atención Integral al Niño Maltratado. Primera parte. Salud Mental*, 33(3), 281-290.
- Loredo, A. (2004). *Maltrato en niños y adolescentes*. Editores de Textos Mexicanos.
- Martínez, R. (1993). *Maltrato y abandono en la infancia*. Martínez Roca.
- Osorio, A. y Nieto, C. A. (2005). *El niño maltratado*. Trillas.
- Pérez, B. y Arrázola, E. T. (2013). Vínculo afectivo en la relación parento-filial como factor de calidad de vida. *Tendencias & Retos*. 18 (1), 17-32.

- Pérez, E. J. (2017). *Rasgos de personalidad de madres maltratadoras*. [Tesis de doctorado. Facultad de Psicología. UNAM].
- Sidebotham P., y Heron, J. (2006). Child maltreatment in the children of the nineties. A cohort study of risk factors. *Child Abuse & Neglect*, 30 (5) 497-522.
- Valdebenito, L (2009). *La violencia le hace mal a la familia*. Fondo de las naciones unidas UNICEF.
- Velasco, R. (2009) ¿Qué heredó la madre muerta? Pensando a André Green desde Christopher Bollas. *Aperturas Psicoanalíticas*. 32
- Winnicott (1971). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Hormè.

Impacto de las TIC en la identidad de los adolescentes

Impact of ICTs on the identity of adolescents

Beatriz Virginia Osorio González

Resumen

Uno de los principales procesos que caracterizan al desarrollo adolescente es la construcción de la identidad, que implica identificaciones con los objetos que integran el contexto relacional de los jóvenes, para incorporar algunas características de estos objetos o tomarlos como modelo.

Dado que hoy en día las Tecnologías de la información y la comunicación (TIC) forman parte de la vida de las y los adolescentes y amplían sus posibilidades de comunicación y de acceso a un número infinito de contenidos, objetos y modelos; surge entonces la necesidad de explorar el impacto que pueda tener el uso de estas tecnologías en la construcción de la identidad de las y los adolescentes, al facilitarles el contacto con diversos objetos y, sobre todo, con los prototipos de la sociedad de consumo. Por ello, en el presente trabajo se propone un acercamiento a este fenómeno a partir de lo observado en la clínica con adolescentes.

Abstract

One of the main processes that characterize adolescent development is the construction of identity, which involves identifications with the objects that make up the relational context of young people, to incorporate some characteristics of these objects or take them as a model.

Given that today information and communication technologies (ICT) are part of the lives of adolescents and expand their possibilities of communication and access to an infinite number of contents, objects and models; The need then arises to explore the impact that the use of these technologies may have on the construction of the identity of adolescents, by facilitating their contact with various objects and, above all, with the prototypes of the consumer society. Therefore, in the present work an approach to this phenomenon is proposed based on what was observed in the clinic with adolescents.

Palabras clave

adolescencia, identidad, tecnologías de la información y la comunicación, identidad virtual, redes sociales, videos

Key words

adolescence, identity, information and communication technologies, social networks, virtual identity, videos

Introducción

Tradicionalmente, la adolescencia ha sido considerada como un periodo crítico, de transición entre la infancia y la adultez, en la que el sujeto experimenta diversos cambios que alteran su manera de actuar o que le provocan un estado “crítico”. Sin embargo, a partir de las aportaciones de la psicología del desarrollo, la adolescencia ha sido considerada como una importante etapa de la vida, en la que si bien hay transformaciones físicas y cognitivas que repercuten en el terreno emocional, también se consolidan varias funciones, como la identidad, la sexualidad, la subjetividad, y el narcisismo, entre otras.

Es importante mencionar que Freud no incluyó a la adolescencia dentro de las etapas psicosexuales, aunque en la descripción de la latencia ya vislumbraba algunos rasgos. Es hasta muchos años más tarde, con el trabajo de Blois (1971) que se sientan las bases del psicoanálisis de adolescentes. Dentro de las contribuciones de Blois se pueden destacar, además del establecimiento de una serie de subetapas de la adolescencia, el hecho de considerarla como un periodo en el que tiene lugar una segunda individuación. “La lenta separación de las ligas emocionales del adolescente con su familia, su entrada temerosa o alborozada a una nueva vida que le llama, son de las más profundas experiencias en la existencia humana” (Blois, 1987, p. 30).

Durante la adolescencia tiene lugar una reorganización psíquica y se desarrolla un sentimiento de identidad a partir de la interacción con los otros. Así, por encima de las figuras parentales, cobran relevancia los pares, con los que el joven comparte experiencias, inquietudes y secretos, de ahí que la prioridad sea ser aceptado, pertenecer a un grupo:

Las relaciones grupales son, ciertamente y en diversos sentidos, obvias y centrales en la vida de los adolescentes y, es sólo muy gradualmente, al adentrarse en la veintena, que las elecciones íntimas individuales empiezan a enraizar, a requerir interés y a jugar un papel en la vida onírica y de fantasía (Meltzer, 1998, p. 12).

Hoy en día, estas relaciones grupales están mediadas por las TIC, que se han convertido en el principal medio que los jóvenes utilizan para establecer contacto con el mundo, para comunicarse con sus pares, para expresar lo que sienten y lo que piensan. Incluso, se observa que hacia finales de la adolescencia la búsqueda de pareja se apoya también en el uso de diversas aplicaciones tecnológicas.

Dada esta situación, es innegable que el uso intensivo de las tecnologías impacta a los adolescentes en diferentes aspectos: en su concentración y atención, en su habilidad para realizar varias tareas de manera simultánea (*multitasking*), en su concepción del tiempo, en el aumento de la ansiedad, en la necesidad de respuestas inmediatas; así como en la forma como se relacionan con los otros, en los procesos de identificación que experimentan con sus pares y con otras personas a través de Internet. Por ello, se considera relevante explorar cuál es el impacto de estas tecnologías en la construcción de la identidad, ya que hoy en día el uso de las TIC permite al adolescente interactuar con un amplio número de usuarios, sean conocidos o desconocidos, que representan diversas posibilidades de identificación; además, a través de la red los jóvenes pueden entrar en contacto con modelos de diferente tipo, desde sus ídolos deportivos o musicales, hasta las figuras ideales propuestas por la sociedad de consumo. Para ello, en el presente artículo se hará una revisión teórica del concepto de identidad, el uso de las TIC en la adolescencia como laboratorio de la identidad y se presentará el análisis de un caso clínico.

La identidad en la adolescencia

Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* (DRAE), la identidad es un concepto que se refiere a las características propias de una

persona o de una comunidad, que permiten distinguirla o diferenciarla de otras; pero también denota la conciencia que tiene un individuo o un grupo de su especificidad y su diferencia respecto a los demás.

Dentro del *corpus* freudiano no aparece el concepto de identidad y quizás por ello tampoco fue considerado dentro del *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (2008), aunque estos autores sí incluyen la noción de “identificación”, definida como el “proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un tributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones” (2008, p. 184). De acuerdo con Laplanche y Pontalis (2008), Freud consideraba a la identificación como un proceso de configuración de un yo propio a semejanza del otro, que funcionaba como modelo. Dicho proceso podía llevarse a cabo de tres maneras: a) a partir de un lazo afectivo con el objeto; b) como sustituto regresivo de una elección objetal abandonada, c) sin catexia sexual hacia el otro, con desplazamiento hacia un nuevo objeto. En este proceso, hay que tomar en cuenta que la identificación no puede darse en forma total, sino que se produce de manera parcial, limitada y hasta ambivalente. A través de la identificación, el sujeto incorpora características de los objetos primarios y secundarios de su entorno, de manera que si las TIC ofrecen al adolescente la posibilidad establecer contacto con un amplio número de objetos externos, conocidos o desconocidos, pueden contribuir al fortalecimiento y consolidación de su identidad, pero también pueden confundir a los jóvenes o incluso inhibirlos.

En su estudio sobre la adolescencia normal, Knobel (1988) menciona que para Grinberg la identidad es un sentimiento que involucra la idea de un yo, sustentado en la continuidad y proximidad de fantasías inconscientes derivadas de sensaciones corporales, tendencias y afectos, motivados por los objetos del mundo interno y externo, así como de las ansiedades, mecanismos de defensa e identificaciones provenientes de la introyección y proyección de dichos objetos. En este sentido, vale la pena preguntarse cuáles podrían ser las fantasías inconscientes que se construyen a partir del uso de las TIC como mediadoras de relaciones en las que no hay una

corporalidad, pero sí se establecen vínculos. También cómo se dan la introyección y proyección al interactuar con sujetos no físicos sino virtuales.

El fenómeno de la identidad fue abordado también por Erikson que la consideraba como un proceso psicosocial, en el que se ponían en juego tanto los rasgos del individuo como los de su sociedad. De acuerdo con este psicoanalista, en el desarrollo de las personas se pueden reconocer una serie de crisis que caracterizan cada una de las etapas de la vida, de modo que la adolescencia se caracteriza por una crisis de identidad versus difusión de la identidad. Para Erikson:

La formación de la identidad utiliza un proceso de reflexión y observación simultánea, un proceso que tiene lugar en todos los niveles del funcionamiento mental y por medio del cual el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que advierte como el modo en que otros le juzgan a él, en comparación consigo mismos y con respecto a una tipología significativa para ellos; mientras que él juzga su modo de juzgarle a él, con arreglo a cómo se percibe a sí mismo en comparación con ellos y a los tipos que han llegado a tener importancia para él. (1989, pp. 19-20).

Se puede afirmar entonces, que la construcción de la identidad se relaciona de manera muy estrecha con el aparato mental y su funcionamiento, e implica el verse a uno mismo, así como ser visto por los demás, en una especie de juego de espejos donde a partir de la mirada recíproca se establece un juicio respecto al otro y a uno mismo. Por ello, hay que considerar que para los jóvenes, participar en el espacio virtual equivale a existir, ya que a través de Internet se puede ver a un amplio número de otros, pero también se es visible para ellos, con las ventajas y riesgos que esto implica.

Esta experiencia de ver a los otros y ser mirado por ellos es fundamental para el desarrollo de los adolescentes, de modo que cuando el joven no obtiene de su grupo la respuesta deseada lo resiente mucho y se manifiesta en sus estados de ánimo. Para Kernberg (2007) esta situación constituye una

crisis: “la crisis de identidad se deriva de una falta de confirmación por parte de los otros de la identidad cambiante del adolescente” (2007, p. 2).

La identidad no es fija a lo largo de la vida, tampoco está totalmente determinada por la herencia, sino que se va construyendo a través de diferentes etapas, en cada una de las cuales es necesario enfrentar diferentes tipos de tensiones con los otros y con el contexto: “De la resolución positiva de la crisis dialéctica emerge una fuerza, virtud o potencialidad, específica [...] De su no resolución emerge una patología, un defecto o fragilidad específica [...]” (Bordignon, 2005, p. 52)

Adolescencia y uso de la tecnología

Estar conectado a Internet es primordial para muchos seres humanos, pero sobre todo para cualquier adolescente y muestra de ello son las cifras que reporta el INEGI como resultado de los diferentes instrumentos que aplica a nivel nacional. De acuerdo con los datos de la *Encuesta Nacional sobre disponibilidad y uso de tecnologías de la información en los hogares* (ENDUTIH), en 2023 se observa que en los rangos de edad que para Blos corresponden a la adolescencia propiamente dicha —la adolescencia tardía y postadolescencia— se ubica el mayor número de usuarios de Internet en nuestro país. Así, los jóvenes de 12 a 17 años representan el 92.4% de usuarios de Internet, mientras que el mayor porcentaje (96.7%) lo constituyen los de 18 a 24 años. Al respecto, cabe destacar que el grupo de 12 a 17 años incrementó 2.7 puntos porcentuales respecto a los datos de 2020.

En cuanto al tiempo que los adolescentes permanecen conectados a Internet, los usuarios de 18 a 24 años pasan un promedio de 5.9 horas al día; en tanto que los de 12 a 17 años se conectan un promedio de 4.7 horas por día. En este sentido, la encuesta destaca que mientras los adultos incrementaron 0.3 horas el uso promedio de Internet, respecto a 2020; los adolescentes de entre 12 y 17 años redujeron el tiempo de uso de 5.6 a 4.7 horas por día. Probablemente esto se debe a que en ese año había pandemia y los adolescentes debían tomar clases en línea; mientras que

en 2023 asisten a clases de manera presencial, aunque en la secundaria y, sobre todo en la preparatoria, se utilizan diversas herramientas de Internet y plataformas como apoyo al aprendizaje.

La misma encuesta menciona que los usuarios se conectan a Internet para comunicarse, acceder a redes sociales, entretenerse, buscar información, apoyar la capacitación o educación, comprar productos o servicios, realizar pagos, operaciones bancarias, utilizar servicios de la nube y vender. En el caso específico de los adolescentes, hay que señalar que a través de la red se informan, aprenden, leen, hacen la tarea, escuchan música, ven películas, miran televisión, juegan, se comunican y se relacionan con los otros, preferentemente con sus pares. Respecto a la relación con el otro, Oliva Marañón (2012) destaca cuatro modificaciones radicales introducidas por Internet que han transformado las relaciones sociales:

Enormidad. Debido al amplio número de personas con las que es posible hacer contacto.

Comunalidad. Facilidad para conformar grupos o comunidades con las que se puede compartir información e incluso emprender acciones en colectivo.

Especificidad. Particularidad en los vínculos que se forman, ya que se puede buscar a personas conocidas y aceptar contactos conforme al interés o criterio.

Virtualidad. Implica la habilidad para transitar en el medio y la capacidad de asumir una o varias identidades virtuales.

Para las y los adolescentes es necesario tener presencia en la red en primer lugar porque es un espacio de encuentro con sus pares, sean compañeros de escuela, amigos, vecinos, o integrantes del equipo deportivo al que pertenecen. Internet es un ambiente en el que no hay límites ni de espacio ni de tiempo y tampoco censura por parte de los adultos. Además, debido a la enormidad que ofrece Internet, es preciso tener un amplio número de contactos, así como formar parte de diversos grupos y comunidades según sus gustos, aficiones, artistas, grupos musicales, etc. Por otra

parte, en la red se puede aparecer tal y como se es o con otra imagen, por ejemplo, por medio de un avatar.

En cuanto a la relación que los adolescentes establecen con la tecnología, según Martín Vivar *et al.* (2021) se pueden distinguir cuatro características:

- Preferencia por lo visual (fotos, videos), la representación gráfica (gráficos, caricaturas, esquemas) y los mensajes cortos. La expresión a través de las palabras es sustituida por un lenguaje basado en las imágenes, muestra de ello son los emoticones o smileys, que “no son más que estrategias compensatorias que emplean los usuarios para sustituir la falta de información contextual, [...] operan como pistas perceptivas. [...] favorecen la comprensión del mensaje al posibilitar la meta-representación de las intenciones” (García Aparicio, 2014, p. 574)
- Búsqueda de rapidez en los intercambios de información y de comunicación, pero también en la satisfacción de deseos y necesidades. Produce sentimientos de desesperación y angustia al no encontrar rápido una respuesta o un contenido; al enviar mensajes o hacer alguna publicación y no recibir la respuesta inmediata de los demás.
- Adopción de una postura de saber, por la facilidad o dominio tecnológico que coloca al adolescente por encima de los otros, sobre todo de los adultos que tienen dificultades para manejar las tecnologías. Le proporciona una gran seguridad y también una sensación de poder, ya que se puede acumular conocimiento a través de la red y desarrollar su capacidad para el autoaprendizaje.
- Construcción o experiencia de una o varias identidades como alternativas a la real porque a través de ella se puede construir una o varias imágenes del sí mismo: cambiar el nombre, el sexo, la representación del cuerpo, los logros y las vivencias. En el ciberespacio se puede presentar como es pero con mejoras, aunque también puede aparecer como podría ser o como le gustaría ser visto (yo ideal).

Desde una perspectiva más psicoanalítica, Bereinstein menciona que las TIC han transformado “las formas de tramitar lo pulsional, el modo de goce y las maneras de vincularse; los lazos sociales y afectivos han ido cambiando.” (2020, p. 1). Asimismo, señala que las instituciones como la familia y la escuela ya no tienen tanta influencia en los jóvenes, han perdido su capacidad para atraer el interés de los adolescentes, que sienten mayor afinidad con sus pares, pero también con las figuras reales (músicos, deportistas) y virtuales (*youtubers, influencers*) que promueve la cultura del consumo y a las que acceden a través de las TIC. Estos nuevos objetos constituyen los modelos deseables con los que las y los adolescentes se identifican y en los que aspiran a convertirse.

De acuerdo con el propio Bereinstein (2020) la tecnología viene a suplir el nombre del padre porque instala sus propias reglas y ofrece una serie de pautas que modelan el comportamiento de los adolescentes. Todo es posible, ya que a través de las TIC se transgreden las barreras espacio temporales, no hay restricciones ni límites, y todo ello incide en el modo en que los adolescentes viven y están en el mundo: en su manera de comportarse, en su ideología, en el desarrollo de sus funciones cognitivas y hasta en la forma de experimentar las emociones.

Una identidad virtual

Internet ha sido considerada como un auténtico laboratorio de identidad, debido a que a través de sus diferentes herramientas (chat, correo electrónico, redes sociales, apps) las personas tienen la opción de presentarse como son, como quisieran ser o como desean ser vistos por los otros. Así desde los inicios de la red, a partir del análisis de lo que ocurría en los primeros chats o salas de conversación, Turkle (1997) puntualizaba que:

en el ciberespacio podemos hablar, intercambiar ideas, asumir personajes de nuestra propia creación. Tenemos la oportunidad de construir nuevas clases de comunidades, comunidades virtuales en

las que participamos con gente de todo el mundo [...] gente con la que podemos tener una relación bastante íntima pero que puede que nunca conozcamos físicamente. (p. 16.)

A través de Internet es posible crearse una o varias representaciones, participar en un juego de máscaras o interpretar diversos personajes. Para un adolescente esto constituye la posibilidad de adoptar diversas identidades dentro del espacio virtual, lo cual se observa inicialmente en la forma como quieren ser reconocidos o identificados dentro de la red, esto es, a través del nombre que eligen o diseñan para su correo electrónico, que no es al azar sino que tiene un significado para ellos (theonlyone2007@...), la denominación e imagen que emplean en los chat y servicios de mensajería (Le'Vannes y la imagen de su gato), o el nombre y la figura con la que participan en los juegos en línea, que puede ser un avatar o un personaje muy diferente a ellos: de diferente estatura, complexión o género.

En el caso las redes sociales en las que los adolescentes se dan a conocer través de un perfil y de lo que publican dentro de su muro; se puede observar que los jóvenes deben hacer diversas elecciones para construir su identidad virtual que, generalmente, es diferente a la real, ya que en el ciberespacio el adolescente siente mayor libertad para jugar con las palabras y las imágenes, para adoptar diversos personajes, presentarse como quiere ser visto por los otros, actuar o decir lo que no se atreve en el mundo real. Para Dans (2015) la identidad virtual es una representación de la subjetividad, expresa la identificación del yo con uno o varios estímulos del entorno del joven y se concreta en la creación de un perfil en Internet.

El punto de partida es el nombre que se elige para aparecer en la red, el *nickname*, que puede derivarse de la forma como el joven es conocido entre su familia o amigos: un diminutivo (chiquis), un nombre cariñoso (ositabear) o un apodo (elchato). También puede provenir de algún personaje que el adolescente admire (juanmessi) o de un objeto o símbolo con el que se sienta identificado (theeyeofthedragon). Incluso puede aludir a una característica con la que el joven se identifica (neard01) o expresar la manera como se siente o como cree que es percibido por los demás:

Paciente: esa muchacha nos cae gorda a todos, a mis amigos y a mí, como que nos enferma. Mire el mensaje que me envió, es éste, el de sickofme.

Terapeuta: ¿dices que te enferma? ¿Ya viste su nickname? ¿Sabes lo que significa?

Paciente: Sick ¿es enfermo no? No me había fijado. Nos enferma y ella está enferma de ella.

Otro elemento del perfil es la imagen que puede ser alguna foto tomada con la cámara del teléfono celular, un anime, un personaje, un meme, un símbolo o un avatar. Todas estas imágenes se pueden manipular para formar un collage, aplicarles Photoshop, etc. En estos casos, los adolescentes no sólo se muestran como quieren ser vistos, sino también como ellos se ven a sí mismos o incluso como se sienten; por ejemplo, recuerdo el caso de un joven de dieciséis años que no quería ser visto y en cuyo perfil de *WhatsApp* podían observarse fotos en las que su rostro aparecía tachado por una gran X o por una línea grande y gruesa, incluso cubierto con una bolsa de papel.

De acuerdo con lo observado en los perfiles de varios adolescentes, podemos afirmar que son frecuentes en los perfiles de los jóvenes las fotos de ellos con algún efecto (photoshop, marcos, inclinaciones), de alguna parte de su cuerpo o de sus mascotas; así como de personajes u objetos con los que se identifican.

Además del perfil, a través de las publicaciones del muro, los adolescentes presentan su vida, muestran lo que desean que los demás vean, esto es, se fabrican una o varias historias. A veces, publican frases sobre cómo se sienten, pero la mayor parte de las publicaciones son fotografías que se toman ellos mismos (*selfies*). Respecto a este tipo de imágenes, González (2014) distingue varios tipos, como: *no make up selfies* (de cara lavada, sin maquillaje); *uglies selfies* (haciendo muecas); *fit selfies* (haciendo deporte o con un cuerpo escultural por el ejercicio); *couplies* (con su pareja u otro significativo); *celebrity selfies* (con un artista famoso); *ego selfie* (de sí mismo); *primo selfie* y *beach time selfie*, entre otras. En cuanto a este tipo de representaciones, vale la pena señalar que publicar *selfies* en exceso puede

ser un indicador de los sentimientos internos del adolescente. “La constante necesidad de exponer la vida personal a través de autorretratos es una señal de baja autoestima e inseguridad que pone en evidencia la necesidad de ser aceptados por los demás” (Gil, 2017, p. 76).

Como se ha mencionado, a través de las publicaciones en el muro los adolescentes documentan su vida, ya que constituyen una especie de diario gráfico en la que muestran lo que comen, lo que hacen, las nuevas experiencias, anuncian sus tristezas o sus logros a través de caricaturas, de memes o de avatares. Frecuentemente, eligen presentar imágenes que los muestren fuertes, felices o exitosos, porque de ese modo podrán obtener un amplio número de *likes* o “me gusta”, que expresan la opinión y aprobación de sus contactos, que hay que conseguir a toda costa, sin importar de quién provengan. En este sentido, coincidimos con Yus (2014) en cuanto a que:

El discurso utilizado en estos perfiles, tanto de índole verbal, como visual o multimodal, se revela esencial para gestionar, en el mundo virtual, toda la información que, en última instancia, redundará en un mejor conocimiento de la identidad y de la posición del usuario respecto a los demás, todo ello a partir de las interacciones, comentarios y diálogos que se llevan a cabo en estos entornos de socialización y publicación de contenidos. (p. 419).

Así podemos afirmar que para los jóvenes, el mundo virtual constituye un ambiente de gran libertad, en el que se puede experimentar, jugar a ser “otro”, con menos inhibiciones, mayor seguridad y confianza, y con mejores posibilidades de lograr la aprobación de los demás y de ser incluido. Sin embargo, es importante poder interactuar en el mundo real con la misma seguridad y confianza.

Caso clínico

Carlos era el más pequeño de sus hermanos y refiere haber sido agredido por sus compañeros cuando cursaba la primaria, debido a su baja esta-

tura y porque iba limpio a la escuela, llevaba lunch, etc. Al parecer, sus compañeros lo excluían porque lo percibían diferente, ya que era estudioso, bien portado y atendido por sus padres. Cuando estudiaba el quinto grado, el gobierno distribuyó tabletas entre los alumnos de escuelas públicas, de modo que Carlos recibió una y pudo tener acceso a Internet, pues la computadora que había en casa la utilizaban sus hermanos mayores y no se la prestaban. Con la tableta fue diferente, porque su hermana mayor le explicó cómo utilizarla e incluso lo ayudó a abrir una cuenta en una red social, en la que Carlos tenía inicialmente como contactos a sus hermanos y a sus padres porque en la escuela no tenía amigos. Cuando ingresó a la secundaria, no le iba bien pues se sentía rechazado por sus compañeros, pidió a sus padres que lo sacaran de ahí, pero lo cambiaron de escuela hasta segundo grado y fue peor. De modo que regresó a la primera escuela para cursar tercero. Era un joven muy solitario que tenía dudas respecto a su aspecto, no se gustaba, y tampoco tenía interacción con sus pares.

La tableta le permitía navegar libremente en Internet así, además de ver videos, empezó a aceptar a todos los que le sugería la red o que le enviaban una “solicitud de amistad”, de tal forma que tener muchos contactos o amigos virtuales, lo hacía sentir bien, a pesar de que en realidad conocía a muy pocos de ellos. No obstante, para él esta situación significaba que había un espacio en el que era aceptado y podía tener muchos amigos. Pronto descubrió que estos amigos podían comentar o simplemente dar un *like* a sus publicaciones.

Como sus padres eran fotógrafos, empezó a utilizar las cámaras para tomarse fotos y publicarlas en Internet: experimentaba con peinados, ropa, posturas, efectos de luz, inclusive llegó a emplear algo de maquillaje y escenografía. Se sentía muy orgulloso por haber logrado reproducir en una foto la portada de un grupo musical que le gustaba:

En ese entonces, como a los quince, producía mucho mis fotos, hasta les metía Photoshop y las publicaba. Me esmeraba. Llegué a obtener hasta 300 o 400 likes de mis contactos, pero todos eran personas desconocidas. Estaban mis

hermanos y mi amigo de la secundaria, el único que tenía. No conocía a todos los demás. Pero se sentía bien tener tantos likes.

En la preparatoria, donde pudo adaptarse después de dos años de pandemia, solía grabar videos de situaciones chuscas, que le parecían interesantes o significativas porque tenía la intención de ser director de cine.

La identidad se configura a través de las identificaciones que se realizan desde los primeros años de vida con los primeros objetos y se enriquecen en la adolescencia al interactuar e incorporar características de los otros, los nuevos objetos que van apareciendo en el ámbito externo partir de la interacción social. En el caso de Carlos, podemos decir que, a pesar de que en la primaria se sentía excluido y en ocasiones rechazado y agredido por sus compañeros, logró constituir una identidad infantil soportada en los cuidados de sus padres y por sus hermanos. Refiere que cuando sus compañeros lo molestaban, acudía a su mamá que le recomendaba avisar a los maestros, pero él sentía que no le hacían caso.

Recibe la tableta en 5o año de primaria, periodo que coincide con el inicio de la pubertad y que le sirve a Carlos para canalizar sus inquietudes sexuales a través de la observación de videos porque no contaba con un grupo de pares para compartir sus dudas sobre los cambios de su cuerpo y su sexualidad. Posteriormente, se observa un contraste entre la realidad que vive Carlos en la secundaria donde se siente no incluido por sus pares que le hacen bromas por su estatura, y lo que descubre en Internet, ya que en el ciberespacio empieza a acumular contactos, lo que le crea la sensación de “tener muchos amigos”. El apoyo y mirada de sus padres y hermanos también fue importante para él en ese periodo, ya que: “las vías identificatorias que los padres ofrecen al adolescente permiten comprender los deseos puestos en el hijo, así como también los anhelos sobre su crecimiento y vida.” (Fernández Olguín, 2018, p. 771).

Blasco (1992) destaca la importancia que tiene la imagen en el espejo para los seres humanos y, sobre todo, para los adolescentes, al respecto nos dice que “esa primera identificación ante el espejo es clave para la formación del yo, es literalmente originaria y fundadora de la serie de identifica-

ciones que le seguirán luego e irán constituyendo el yo del ser humano.” (p. 9). No obstante, como Carlos se sentía feo, no se veía en el espejo. Tampoco trata de modificar esa imagen, como hacen otros adolescentes que ensayan peinados, combinaciones de ropa, etc. Sin embargo, la necesidad de publicar acerca de él en Internet lo motiva a realizar estos procesos de experimentación frente a la lente de una cámara. Busca entonces mejorar su imagen porque sabe que será visto por los otros que se encuentran en el ciberespacio. Y la aprobación de ellos mediante el número de *likes*, lo motiva a seguir buscando alternativas para lucir mejor, esto es, la interacción con estos contactos desconocidos viene a suplir de alguna forma la función que realizarían sus pares al dar una opinión respecto a su imagen corporal; además de que como la interacción se lleva a cabo a través de la red, el problema de la estatura desaparece.

Cabe señalar que para construir estas nuevas imágenes de sí mismo, Carlos observaba lo que se publicaba en la red, de modo que trataba de imitar el arreglo y la vestimenta de otros jóvenes, que le parecían atractivos y exitosos, pero que no pertenecían al mundo real sino al virtual. Así, sus modelos eran los integrantes de grupos musicales o los jóvenes que aparecían en la publicidad de diferentes marcas.

El trabajo de experimentación que Carlos llevó a cabo con su imagen en solitario para mostrarla en la red rindió ciertos frutos porque cuando regresa a su primera escuela para cursar 3o de secundaria, sus compañeros lo reciben amablemente y, le llegan a decir que “se ha puesto guapo”. Esto puede atribuirse al hecho de que los objetos externos, representados por los contactos de Internet, le ayudaron a construirse una imagen, agradable para él y para los otros; además de que la interacción que logró construir a través de la red, le ayudó a ganar seguridad y a no sentirse excluido. La mejora de su imagen, exterior e interior, incidió en la forma como se sentía y como se conducía, que es lo que sus compañeros perciben cuando regresa a su antigua secundaria. Esto podría explicarse porque:

Hasta que no se vaya consolidando un sentimiento de identidad suficientemente bueno que permita una mayor tolerancia y/o re-

solución de las contradicciones, el adolescente utilizará diferentes estrategias defensivas para resolver transitoriamente las incoherencias entre su ser infantil y el adulto que está empezando a existir. (Tió, 2020, p. 11)

En este caso pudimos observar cómo el paciente descubrió la tecnología y cómo ésta apoyó su proceso de construcción de su identidad. Sin embargo, no en todos los casos ocurre de esa manera, ya que las TIC también pueden fortalecer aspectos negativos o de inadaptación social en los adolescentes. Por ello, Chóliz, M. & Marco, C. (2012) han identificado ventajas y desventajas de Internet. Entre las ventajas, mencionan que: es la principal fuente de información, el almacenamiento es ilimitado y el acceso instantáneo, se accede a la información rápidamente, permite el contacto en tiempo real con personas en cualquier parte del mundo, se ha convertido en un apoyo indispensable en nuestra sociedad; además, es multifuncional. Entre los inconvenientes, estos autores señalan que los contenidos no siempre son confiables, pues puede haber información falsa; algunos son ilegales o inmorales; el tiempo que se destina a Internet puede interferir con otras actividades, ser incompatible con la interacción familiar o escolar del joven, quitarle tiempo para interactuar con los otros en el mundo real, engancharlo y provocarle una dependencia.

Conclusiones

En la adolescencia, uno de los procesos fundamentales es la construcción de la identidad, el que el sujeto experimenta diversas identificaciones con aspectos o rasgos de los objetos externos con los que interactúa que, hoy en día, pueden ser reales o virtuales, dada la relevancia que han tomado las tecnologías de la información y la comunicación en la vida de los adolescentes.

El adolescente entonces construye su identidad a partir de los referentes sociales, culturales y temporales que caracterizan su contexto y mediante los que establece contacto con los diversos objetos externos. Sin embargo, el uso de las TIC le permite establecer contacto con una amplia

variedad de objetos que pueden ser diferentes a los que se encuentran en su entorno real, lo cual puede enriquecer su experiencia de vida, pero también puede plantearle dilemas al enfrentarse con culturas y valores distintos a los suyos.

Dentro de los objetos externos con los que el adolescente interactúa, es posible que tome rasgos o quiera semejarse a aquellos que considere como modelos porque despierten su admiración o porque representen sus ideales y deseos. En este sentido, dentro de Internet puede encontrar multiplicidad de estos modelos, sobre todo los que promueve la sociedad de consumo.

Para cualquier adolescente es indispensable lograr la aprobación de los otros, sobre todo para sus publicaciones en línea y específicamente lo que difunde en las redes sociales. Por ello, la cantidad de *likes* y de seguidores que tienen son los indicadores de que están siendo aceptados y orientan su comportamiento dentro de la red. Por otro lado, los amigos reales de un adolescente saben de él a través de sus redes. Se preocupan si no contesta o si pasa tiempo sin publicar. Asimismo, dentro del grupo de adolescentes es sospechoso el joven que no participa en las redes sociales, ya que se excluye al no emplear los mismos canales de comunicación que los demás, carece de presencia en el ciberespacio. De hecho, ahora los jóvenes no se piden su número telefónico sino que para iniciar el contacto preguntan por la dirección de Instagram.

A partir del caso presentado se observa que el uso de Internet tiene un impacto en diferentes procesos que se viven en la adolescencia, como la construcción de la identidad, ya que fenómenos como la grupalidad, la relación con los pares y en general el contacto con objetos externos están hoy en día mediados por la Internet, de tal forma que en el ciberespacio los jóvenes establecen contacto, desarrollan vínculos, comparten sus preocupaciones, se enamoran y tienen conflictos con sus objetos virtuales, que pueden corresponder a sujetos reales con los que interactúan fuera de la red, pero que también pueden ser entes desconocidos a los que no conocen físicamente.

Para los psicoanalistas de adolescentes, es indispensable tomar en cuenta las actividades que realizan los pacientes en Internet, específicamente la información que publican porque a través de ella podemos descubrir otros aspectos de la personalidad y problemática de nuestros pacientes. Esto no quiere decir que tengamos que explorar las redes y publicaciones de los jóvenes, sino que prestemos atención cuando ellos nos comparten sus publicaciones en el consultorio, ya que hoy en día es frecuente que durante la sesión nos muestren algunas de sus conversaciones, fotos o imágenes que consideran necesarias para complementar su discurso. Igualmente hay jóvenes que al salir de la sesión publican alguna frase o comentario en Internet para compartir con otros la forma como se sienten.

Asimismo, sugerimos la posibilidad de plantearnos preguntas a partir del perfil de los pacientes en las aplicaciones de mensajería instantánea que también nos puedan dar información sobre el joven, ya que como se mencionó con anterioridad, es frecuente que la imagen refleje sus deseos o sus estados emocionales, sus preocupaciones o sus intereses.

En suma, lo que los adolescentes publican en Internet puede ser de utilidad dentro del proceso terapéutico que están llevando a cabo, siempre y cuando estén dispuestos a compartirlo con su analista.

Referencias

- Aberastury, A. y Knobel, M. (1988). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. (reimpr. 2009) Paidós.
- Berenstein, V. (2020). Adolescencia, tecnología y psicoanálisis. *Fort Da. Revista de Psicoanálisis con niños*. (14) noviembre 2020.
- Blasco, J. M. (1992). El estadio del espejo Introducción a la teoría del yo en Lacan. *Espacio psicoanalítico de Barcelona*. [El estadio del espejo: Introducción a la teoría del yo en Lacan – Textos para pensar – EPBCN](#)
- Blos, P. (1987). *Psicoanálisis de la adolescencia*. (3a. ed) Joaquín Mortiz.
- Bordignon, N. A., (2005). El desarrollo psicosocial de Eric Erikson. El diagrama epigenético del adulto. *Revista Lasallista de Investigación*, 2 (2), 50-63.

- Chóliz, M. y Marco, C. (2012). *Adicción a Internet y redes sociales. Tratamiento psicológico*. Alianza Editorial.
- Dans, I. (2015). Identidad digital de los adolescentes: la narrativa del yo. *Revista de estudios e investigación en psicología y educación*, vol. extraordinario (13), 1-4.
- Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua. <https://dle.rae.es/identidad>
- Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Taurus.
- Fernández Olguín, D. (2018). Análisis psicoanalítico sobre las problemáticas en la identificación con la función parental en la adolescencia: la transición hacia la adultez como un espacio de transformación. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. Sao Paulo, 21 (4), 761-778.
- García Aparicio, V. y Rodríguez Jiménez, M. (2014). La construcción de la identidad adolescente en Internet. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 7 (1), 569-577.
- Gil, V. D. (2017). Necesidad de reconocimiento y síndrome de *selfie*: un análisis relacional basado en minería de datos. *Ingenierías USBMED*, 8 (1), ene-jun, 71-76.
- González, C. (2014). 14 tipos de *selfies*. *Merca 2.0. Mercadotecnia, publicidad y medios*. <https://www.merca20.com/14-tipos-de-selfies/>
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística. INEGI. (13 de junio, 2024). *Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y uso de tecnologías de la información en los hogares (ENDUTIH, 2023)* México: Comunicado de prensa 372/24.
- Kernberg, O. (2007). Identidad: hallazgos recientes e implicaciones clínicas. *Aperturas psicoanalíticas Revista de psicoanálisis*, (25).
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Martín-Vivar, M., Miren Ciaurriz, A., Serrano Moreno, G. (2021). Los retos de un adolescente en la generación Z y Alpha. *XXII Congreso Virtual Internacional de Psiquiatría, Psicología y Salud Mental*, 24 mayo al 4 de junio de 2021.
- Meltzer, D. & Harris, M. (1998). *Adolescentes*, Spatía Editorial.

- Oliva Marañón, C. (2012). Redes sociales y jóvenes: una intimidad cuestionada en Internet. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* (54), 1-16.
- Tió, J. (2020) La formación del sentimiento de identidad en la adolescencia. *Temas de Psicoanálisis* (20), 1-29.
- Turkle, Sh. (1997) *La vida en pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Paidós.
- Yus, F. (2014) El discurso de las identidades en línea: El caso de Facebook. *Discurso & Sociedad*, 8 (3), 398- 426.

Psicoterapia psicoanalítica de pareja: relación e intersubjetividad

Psychoanalytic couple psychotherapy: relationship and intersubjectivity

José Luis Hugo González Enriquez

Resumen

Este artículo busca integrar el psicoanálisis intersubjetivo y relacional en el contexto de la psicoterapia de parejas. Se revisan las propuestas de autores como Robert D. Stolorow, Donna M. Orange y Stephen A. Mitchell, extrayendo categorías comunes que facilitan la construcción de un modelo de psicoterapia para parejas. También se contrasta con el modelo de Philip A. Ringstrom. La investigación se basa en la fenomenología psicoanalítica y presenta un caso clínico para ilustrar su enfoque práctico. Un aspecto clave es la tensión teórica sobre el inconsciente en el psicoanálisis contemporáneo. La investigación se centra en cómo se entrelazan las categorías psicoterapéuticas actuales para desarrollar un modelo integrativo. Se enfatiza la importancia de analizar la trama intersubjetiva en las parejas, lo que permite entender sus experiencias y el significado compartido en su relación. En

Abstract

This article seeks to integrate intersubjective and relational psychoanalysis in the context of couples psychotherapy. The proposals of authors such as Robert D. Stolorow, Donna M. Orange and Stephen A. Mitchell are reviewed, extracting common categories that facilitate the construction of a psychotherapy model for couples. It is also contrasted with Philip A. Ringstrom's model. The research is based on psychoanalytic phenomenology and presents a clinical case to illustrate its practical approach. A key aspect is the theoretical tension about the unconscious in contemporary psychoanalysis. The research focuses on how current psychotherapeutic categories are interwoven to develop an integrative model. It emphasizes the importance of analyzing the intersubjective plot in couples, which allows understanding their experiences and the shared meaning in their relationship.

resumen, se busca comprender cómo las parejas construyen un mundo emocional y significativo a través de su vínculo intersubjetivo.

Palabras clave

psicoterapia de parejas, fenomenología psicoanalítica, inconsciente, modelo integrativo

In summary, we seek to understand how couples construct an emotional and meaningful world through their intersubjective bond.

Key words

couples psychotherapy, psychoanalytic phenomenology, unconscious, integrative model

Introducción

Este texto tiene por objetivo articular un abordaje integrativo entre el psicoanálisis intersubjetivo y el psicoanálisis relacional, y en específico en el trabajo clínico enfocado en la psicoterapia de parejas. Para alcanzar este propósito se revisan las propuestas psicoanalíticas de Robert D. Stolorow (1984; 2004), Donna M. Orange (2009; 2013) y Stephen A. Mitchell (1993). De la revisión de estos autores y sus propuestas psicoanalíticas se extraen categorías comunes que hacen posible la construcción de una psicoterapia psicoanalítica enfocada en la pareja. Posteriormente, se hace una contrastación con el modelo meta-teórico de Philip A. Ringstrom (2014). Asimismo, es importante señalar que la investigación mantiene una articulación teórica desde la fenomenología psicoanalítica y además privilegia una línea argumental a nivel práctico: como se expone en el caso clínico de Susana y Gerardo. No obstante, persiste una tensión a nivel teórico entre las posturas psicoanalíticas sobre lo inconsciente dentro del campo del psicoanálisis contemporáneo.

Por lo demás, este texto forma parte de una investigación más amplia que tiene por objetivo: *plantear elementos hacia la construcción de un modelo integrativo de la psicoterapia psicoanalítica de pareja*. La relevancia de esta investigación radica en recuperar los elementos teóricos del campo psicoanalítico enfocados en la pareja. La pregunta que guía el estudio en general es: *¿De qué manera se entretajan las categorías psicoterapéuticas*

del psicoanálisis contemporáneo, que sustentan un modelo integrativo de la psicoterapia psicoanalítica de pareja?

La investigación busca mantener una articulación entre los modelos de inconsciente dentro del giro lingüístico del psicoanálisis contemporáneo, al mismo tiempo, que plantea desde el método hermenéutico interpretativo un dialogo posible y la articulación del pluralismo teórico psicoanalítico desde la *investigación argumentativa* (Leal, 2013; 2018), con el fin de comprender las modificaciones en el plano de la práctica del psicoanálisis contemporáneo.

Un punto de partida radica en considerar que el análisis de la trama intersubjetiva en la pareja permite comprender y construir el sentido de las experiencias dentro de un contexto de relaciones en el mundo interno de la pareja. Esto significa que las parejas son analizadas desde las teorías de la intersubjetividad. Es decir, las parejas mantienen un vínculo intersubjetivo que les permite la continuidad del *self* relacional de la vida en pareja. Esto implica que las parejas experimentan un mundo de significado, y desde su experiencia personal comparten un mundo emocional de sentido.

Psicoanálisis contemporáneo

Una característica central del psicoanálisis contemporáneo es que plantea la recuperación de la experiencia y el significado desde un tiempo preverbal, y para este propósito adopta una postura epistémica fenomenológica articulada con la herencia freudiana y con las escuelas psicoanalíticas posteriores a Freud. Este nuevo ángulo permite conformar una revisión crítica de la vigencia de ciertos conceptos teóricos psicoanalíticos más tradicionales. Al mismo tiempo, esta mirada contemporánea retoma algunas ideas más sobresalientes de las escuelas en psicoanálisis para establecer puentes entre las escuelas y los conceptos psicoanalíticos que mantienen su vigencia, asumiendo un abordaje desde la complejidad y la pluralidad, la incertidumbre y la hipermodernidad.

En este mismo sentido, lo que caracteriza al psicoanálisis contemporáneo es la búsqueda de senderos más amplios que un psicoanálisis centrado en la exclusiva interpretación de la transferencia, o en la expresión de contenidos inconscientes, ya sea en lo pulsional o en los mecanismos defensivos. Sin embargo, desde una perspectiva intersubjetiva y relacional, la transferencia debe ser entendida dentro de un contexto de alteridad y de mutualidad. Esto supone, que los contenidos inconscientes pueden ser revisados desde una matriz intersubjetiva.

El contexto del sistema relacional y el campo intersubjetivo que se establece entre el terapeuta y la pareja es uno de los elementos más importantes en el proceso psicoterapéutico, porque configura el campo de matriz relacional en el que la experiencia de todos los participantes se moldea continuamente. Es decir, el campo de atención y cuidado es de gran relevancia en la conformación de una meta psicoterapéutica y de un nuevo sistema del *self* que mantiene un proceso de comprensión mutua en el espacio intersubjetivo de la pareja.

Siguiendo este orden de ideas, el *self* se consolida a partir de la relación con otro, es decir, en sostener una experiencia relacional evolutiva, el *self* es una regulación mutua intersubjetiva en un campo que favorece una experiencia compartida.

El trabajo de psicoterapia con parejas supone recuperar el contexto de encuentro intersubjetivo y relacional, es decir, el foco del encuadre psicoterapéutico está centrado en las dimensiones de alteridad, mutualidad y vincularidad. Esto supone la posibilidad de reanudar procesos experienciales actuales que reactivan los procesos evolutivos del desarrollo afectivo, así como la emergencia de nuevos vínculos intersubjetivos desde los cuales se permite la creación del nuevo sistema del *self* relacional.

Los supuestos básicos que orientan esta presentación radican en suponer que la conformación de un modelo integrativo desde el campo psicoanalítico con orientación en la complejidad supondría un abordaje de la pareja haciendo énfasis en la interacción y la configuración intersubjetiva.

Contexto actual del mundo y de la vida

Lipovetsky (2011) afirma que lo contemporáneo se caracteriza por ser una era centrada en el vacío, y las relaciones interpersonales están mediatisadas por el imperio de lo efímero, al mismo tiempo, los individuos mantienen una evaluación permanente desde el exterior, además, persiste un consumo de las relaciones interpersonales de manera rápida y desechable. Además de lo expuesto anteriormente, persiste el advenimiento de la era digital y la posibilidad de establecer múltiples conexiones para comunicarse y expresarse. En definitiva, lo que atestiguamos es la era del vacío: una vida accesible y a la medida fundamentada en la ilusión de la existencia perfecta.

Los modelos contemporáneos de socialización radican en la inmediatez, el hedonismo, el ocio, y el consumo de bienestar. Desde este individualismo prevalece la libertad de elección, pero es una elección basada en el influjo de las emociones y, por tanto, interesa resolver los malestares emocionales desde la inmediatez. En efecto, es la búsqueda de la satisfacción inmediata, esto es una cultura mediática narcisista, y el sostén de las identidades frágiles radica en el narcisismo. Sin embargo, en décadas anteriores hablamos de un narcisismo desde una economía libidinal o una economía del goce, ahora somos testigos de un narcisismo desde una economía del cuerpo, la hiperestimulación de los sentidos, pero con ausencia de contenidos y por tanto las contradicciones se exageran, es un sentido a la deriva (Lipovetsky, 2011).

Estas condiciones contextuales se ven reflejadas en las relaciones de pareja, las cuales pueden mantenerse en una seducción continua, la persistencia en expresar sus necesidades individuales por sobre la relación, al mismo tiempo la indiferencia o la apatía como formas sutiles de violencia, y sobre todo el malestar personal en el espacio de la relación.

Por ejemplo, en las relaciones de pareja puede existir una dificultad en el autoconocimiento y falta de compromiso con el vínculo afectivo, o mostrar una incertidumbre afectiva, que puede ser manifiesta en dificultades sexuales por experimentar ansiedad ante la intimidad. Además, puede

existir un debilitamiento del vínculo con la pareja, estructurando la relación de pareja como un proyecto de no hijos, y de equidad entre los roles femenino y masculino, es decir, un sustento económico equitativo. Sin embargo, por incertidumbre laboral o escasez, puede existir dependencia económica, lo cual supone una asimetría en la relación, y puede intensificar el malestar del integrante de la pareja más dependiente.

Psicoanálisis intersubjetivo y relacional

La herencia de escuelas psicoanalíticas es vasta. En esta breve revisión de los antecedentes de las escuelas de psicoanálisis intersubjetivo y relacional interesa subrayar los procesos que configuran el psiquismo en interacción.

Ferenczi (1988) fue un psicoanalista que propuso el principio de mutualidad uno de los elementos comunes entre dos inconscientes, y que podemos considerar como un elemento intersubjetivo de la relación entre la madre y su bebé. En la relación analítica es la actitud amistosa y empática, de ternura y de aceptación la que permite una vinculación afectiva tranquilizadora. De la misma forma, Ferenczi explora el diálogo de los inconscientes en la relación materna con el bebé; una vinculación de las propias angustias de la madre que no han sido elaboradas y que establecen una fusión con el bebé, esta manera de vinculación genera una conexión entre inconscientes o un flujo entre inconscientes.

Se puede considerar a Bion (1997) como un psicoanalista que plantea los antecedentes de la perspectiva intersubjetiva. En su trabajo psicoanalítico permitió que los pacientes expresaran una mentalidad grupal, y mostró interés en la relación y la comprensión de los procesos de mentalización que favorecen metabolizar los contenidos no simbolizados. Desde la concepción de Bion la capacidad de *reverie* es un proceso que programa la estructuración intersubjetiva de la mente humana. La madre metaboliza los contenidos proyectados por el bebé, y en cierto sentido al compartir este proceso de desarrollo se configura una mente compartida para cada uno de los participantes.

Bion (2000) estructura una teoría de la contención, en la cual refiere que existe una preconcepción del objeto que, viene a completar el despliegue dinámico de las pulsiones. Desde su filiación a las teorizaciones de Melanie Klein, Bion refiere que el pecho de la madre permite contener las pulsiones, es decir, el pecho es el continente de las pulsiones primitivas que el bebé deposita en la madre. La función de la madre es ser este continente estable que permite metabolizar y dar sentido a las pulsiones vividas por el bebé. El pecho materno es ciertamente para Bion el prototipo del continente. “Es la representación de un elemento que podría llamarse una relación dinámica entre continente y contenido” (Bion, 2000, pág. 20).

Ogden (2014) propone el tercer analítico; una construcción conjunta entre el analista y el paciente, que puede entenderse como una clínica de la comprensión para ayudar al paciente a que piense sobre aquello que le perturba, además favorece la emergencia de un *self* más real con lo que siente y vive. El tercer analítico es una experiencia transformadora para los dos implicados. Tanto el paciente, como el analista y lo que surge entre ambos, que les permite dejarse sentir en la experiencia de relación con el otro involucrado. La presencia del analista en su escucha activa, la implicación de ambos en una construcción subjetiva es una experiencia relacional que supone un encuentro que transforma, la creación de un vínculo de escucha, y la contratransferencia es la puerta de entrada para comprender la transferencia del paciente.

Bollas (2009), al trabajar con pacientes graves, se dio cuenta de que primero era de gran importancia comprender el mundo interno subjetivo desde el cual los pacientes se poseionan frente a los demás. Es justamente desde una negociación continua de la experiencia intersubjetiva que Bollas refiere el objeto transformacional que actúa tanto externa como internamente. Para la vida adulta se mantiene una búsqueda constante de este objeto transformacional.

La teoría contemporánea de la intersubjetividad sostiene que gradualmente se logran aproximaciones cada vez más cercanas a tal verdad a través de un diálogo psicoanalítico en el cual el dominio de la conciencia reflexiva se amplía para ambos participantes (Stolorow & Atwood, 1984;

2004; 2015). Robert Stolorow (2007) se interesa por un contextualismo fenomenológico, es decir, es fenomenológico porque investiga los principios organizacionales de la experiencia subjetiva o relativa a los mundos de experiencia emocional.

Dentro de la teoría de los sistemas intersubjetivos (Orange, 2009) toda experiencia se origina, y se mantiene e incluso puede transformarse en el campo intersubjetivo que se configura a partir del encuentro de dos o más subjetividades de experiencias personales. Los principios organizacionales suponen una configuración duradera de sentido que las personas desarrollan en el transcurso de su vida. Estos principios organizadores pueden entenderse como las convicciones básicas sobre quiénes somos y sobre el trato con los demás, e incluyen elementos emocionales y reacciones automáticas que se despliegan en contextos de interacción intersubjetiva.

La teoría intersubjetiva de Donna M. Orange (2013) centrada en el reconocimiento mutuo, es un análisis centrado en la experiencia del consultante, su experiencia personal puede transformarse en campos intersubjetivos reafirmando sus propios principios organizacionales sedimentados en sus afectos. La teoría de sistemas intersubjetivos supone que las personas puedan experimentar los eventos comunes o en un espacio común, es decir, un mundo cohabitado por los participantes. Esto significa habitar el mundo interno, por ejemplo, en la empatía la persona se coloca en el lugar del otro, y la persona puede suspender su posicionamiento para adoptar la postura desde dentro y en el lugar del otro. En este sentido, la empatía es entendida como el desarrollo de una capacidad más amplia para entender la experiencia subjetiva y emocional desde el mundo interno que se despliega en un campo intersubjetivo.

Es posible considerar la propuesta del psicoanálisis relacional de Stephen Mitchell (1993) con base en la hermenéutica de la cultura de Clifford Geertz (1987), al suponer que los procesos psíquicos son consecuencia de patrones de significados transmitidos en la interacción y que se expresan en símbolos, que se muestran en cómo una persona interpreta su mundo de relaciones. En este sentido, para Mitchell la relación psicoanalítica está centrada en una lectura, traducción e interpretación al buscar los

significados en cada una de las acciones de los participantes. En la relación terapéutica se busca desentrañar las tramas de significación en que analista y paciente son socios en la interpretación de estos tejidos relacionales. La emergencia de procesos autorreflexivos busca comprender de manera dialéctica los procesos emocionales y experienciales inconscientes en el paciente y el analista. En efecto, la mente humana se configura intersubjetivamente y la autorrevelación del analista contribuye al estudio de la relación como dispositivo analítico.

El concepto de *Matriz Relacional* de Mitchell (1993) remite y considera la importancia de las relaciones culturales en la conformación de interacciones participativas, de mutualidad y empatía entre los participantes. La mente del individuo es producto de la matriz cultural. “La representación del *self* que cada uno de nosotros se forma constituye una construcción secundaria que se estampa sobre la realidad de las interacciones, que es más fluida y fundamental” (p. 31).

El psicoanálisis relacional de Mitchell está inspirado en Sullivan (1962) y su Teoría Social de la Mente, que es una teoría interpersonal del culturalismo neofreudiano. Es posible considerar el psicoanálisis relacional de Mitchell una antropología de las relaciones que configuran la identidad personal. Esto supone un énfasis en la experiencia de la persona en interacción, de las conductas ritualizadas y sus símbolos, la ampliación de los significados y la construcción de una identidad más auténtica a través del vínculo y la interacción.

El contexto de relaciones define los procesos psíquicos, es decir, las configuraciones de las relaciones con otros determinan nuestros procesos psíquicos. La mente del individuo se crea en un mundo propio y con el material de su propia experiencia personal. El carácter relacional de la experiencia humana está presente desde las primeras interacciones de la persona. Para Mitchell (1993) “no se puede no interactuar”. Además, “el modelo relacional se basa en la premisa de que los esquemas repetitivos de la experiencia humana [...] se derivan [...] de una tendencia general a conservar la continuidad, las conexiones y la familiaridad del mundo personal e interactivo” (p. 47).

Mitchell (1993) coloca a la persona del terapeuta en una relación de autoexploración horizontal, junto con el paciente. Esta modificación en la técnica es en función de una mayor coherencia entre la teoría y la técnica de su propuesta de matriz relacional, una concepción antropológica del ser humano constituido por el vínculo y la interacción. Además, para Mitchell el modelo del conflicto relacional expresa las fuerzas contrapuestas de una configuración relacional que antagonizan con otra configuración relacional. Las personas se mantienen en este conflicto relacional al identificarse con una configuración o con su antagónica. Esta propuesta de Mitchell apela al conflicto de lealtades en un sistema relacional.

Hacia un modelo integrativo de psicoterapia psicoanalítica de pareja

Al adoptar una visión de sistema complejo, Philip A. Ringstrom (2014) propone un enfoque de psicoterapia en pareja desde la consonancia con el psicoanálisis relacional. Uno de los objetivos psicoterapéuticos supone lograr una experiencia de actualización del *self*, y ello implica el desarrollo de la capacidad de reconocimiento mutuo y la configuración de una mente relacional que emerge en la relación entre ambos integrantes de la pareja.

Para Ringstrom (2014), un reto psicoterapéutico radica en que el terapeuta establezca una relación intersubjetiva de entendimiento con la pareja. Este desafío tiene la finalidad de lograr la actualización de la experiencia del *self* dentro de la relación. Por ello, es importante establecer un diagnóstico relacional que busca identificar los estados del *self* disociados que manifiestan cada uno de los miembros de la pareja. Por ejemplo, cada uno de ellos puede mantener un deseo personal inconsciente que despliega elementos incompletos de su propio desarrollo personal, es decir, mantiene el anhelo de reconstituir su propio crecimiento personal, o la esperanza de reparar elementos rotos de su propia experiencia de desarrollo personal.

Ringstrom (2014) considera a la pareja desde tres dimensiones que mantienen una articulación de sistema complejo y no-linealidad:

- a) El *self* está comprometido dentro de una relación duradera en donde se permite actualizar la experiencia del *self* dentro de esta relación de intimidad.
- b) La actualización del *self* es posible en el reconocimiento mutuo entre los integrantes de la pareja, y ello implica ir más allá de una negación mutua.
- c) Dentro de una relación duradera es posible configurar una mente propia que establece una relación con mente propia.

El modelo de Ringstrom (2014) en el abordaje con parejas supone seis pasos. Previo al establecimiento del contexto terapéutico el terapeuta debe mantener una sintonía que favorezca un reconocimiento mutuo:

- a) El terapeuta debe lograr una sintonía subjetiva con cada uno de los integrantes de la pareja.
- b) El terapeuta mantiene una relación de compromiso y curiosidad colaborativa en la que se recuperan las diferentes perspectivas de los integrantes de la pareja.
- c) Cada uno de los participantes establece una sintonía consciente que les permita aumentar la comprensión de la perspectiva subjetiva mutua entre la pareja.
- d) El despertar de los gigantes durmientes, supone que la pareja aprende a negociar entre sí lo que son conscientes de negociar para sí mismos. Esto supone, además, un mayor conocimiento de los contenidos inconscientes que les influyen intrapsíquicamente e intersubjetivamente en su relación.
- e) Considerar los múltiples estados del *self* de cada uno de los integrantes de la pareja supone un reconocimiento, y una negociación de los potenciales conflictos al no tomar en cuenta ciertos estados del *self* del otro.
- f) El terapeuta desempeña un papel de representante de la “terceridad” que permite ir más allá de los retos de una mirada binaria o de complementariedad, dominancia y sumisión.

Cuadro comparativo 1. Categorías teóricas contrastables entre los autores

Categorías	Robert D. Stolorow (1984, 2004, 2007).	Donna M. Orange (2012, 2013, 2022).	Stephen A. Mitchell (1993)	Philip A. Ringstrom (2012, 2014).
Noción	Intersubje- tividad	Ética radical	Relación	Evolución del sistema del self
Matriz relacional	Principios organizadores de la experien- cia, mundos de experiencia	El contexto es esencial en la configuración intersubjetiva.	Lo intrapsíquico y lo interpersonal en una matriz	Lo relacional actualiza el sistema del <i>self</i>
Inconsciente	Prerreflexivo Dinámico Invalidado	Experiencia común	Espacio de Co-creación	Inconsciente relacional
Sexualidad	Cohesión mente-cuerpo dentro del contexto intersubjetivo y sintonía afectiva	Experiencia sensorial	Dentro de un contexto interactivo y relacional, unidad psique y soma.	Improvisación como forma de cultivar el juego con pensamientos, sentimientos e interacciones dentro del mundo de la pareja.
Vínculo	experiencia intersubjetiva	Contacto y experiencia compartida	Experiencias interperso- nales	Relación
Self	Desarrollo del <i>self</i> en el intercambio intersubjetivo	Se configura a partir de afectos de amor, rabia vergüenza, culpa, etc.	Resultado de las interacciones y sólo puede entenderse desde la participación y el encuentro de mentes.	Estados del <i>self</i> Sistema del <i>self</i>
Derivados evolucionados	Espontaneidad Creatividad Autenticidad	Compromiso emocional, diálogo, compasión, esperanza radical. Ideal socrático	Empatía Mutualidad	Capacidad de improvisación Autenticidad Creatividad
Teoría del cambio terapéutico	Configuración intersubjetiva compartida	Cambio de perspectiva	Comprensión de los modos de relación	Relación colaborativa

El modelo meta-teórico de Ringstrom (2014) supone una relación colaborativa con el otro, desde la relación, la improvisación, la autenticidad y la creatividad. Esto supone alcanzar formas relacionales que vayan más allá de la repetición para acceder a un contexto de creación de nuevos sentidos. El desarrollo de nuevas perceptivas desde las cuales comprenderse mutuamente supone recuperar la progresión de ciertos pasados conflictivos que continúan manifestándose en la relación de pareja. Así entonces, los estados disociados obstaculizan acceder a recursos de renegociación e improvisación como elementos para co-construir respuestas hacia el sin-sentido, el vacío, y los abismos presentes en la relación de pareja. Ciertamente, es desde la relación que pueden configurarse estados del *self* más cohesionados y más coherentes que les permitan a los integrantes de la pareja evolucionar a nuevas etapas de reconocimiento y validación mutua, y con ello contribuir al enriquecimiento de la realización, apoyo y cuidado mutuo en pareja.

Con base en una fenomenología psicoanalítica es posible alcanzar una comprensión intersubjetiva en la psicoterapia con parejas. El proceso supone que cada uno de los significados que están vertidos en el espacio intersubjetivo emerge en la interacción complementando lo que cada participante expresa en respuesta al otro. Es decir, lo que hace o dice cada integrante de la pareja en el proceso supone auto revelar su mundo interno más significativo.

El análisis descriptivo de las vivencias subjetivas expresadas por cada integrante de la pareja despliega una matriz intersubjetiva y desde este despliegue permanente es posible identificar espacios de co-creación, y experiencias sensoriales dentro de un contexto de relación que permite mantener en los participantes un sentido de unidad psíquica y somática. Además, la organización de la experiencia compartida hace posible exhibir las disociaciones de los estados del *self*, los cuales pueden remitir a problemas comunes en la relación de pareja, así como también, a modalidades vinculares que expresan preferencias de contacto. Por último, la empatía, como derivado evolutivo del compromiso con buscar una mutua comprensión, un modo de planificación del curso de experiencias que

tienen una modificación intencional de los estados del *self* de cada uno de los participantes.

A manera de síntesis, es posible considerar las aportaciones de cada uno de los autores revisados en esta breve exposición, una sumatoria de elementos teóricos que deben ser retomados dentro de la configuración teórica de los sistemas intersubjetivos. Este posicionamiento conlleva adoptar una mirada panorámica, que permita identificar un paisaje de propuestas teóricas tanto intersubjetivas como relacionales, que a su vez favorecen un abordaje psicoterapéutico de trabajo con parejas.

La trama intersubjetiva en la pareja: el caso de Susana y Gerardo

Las experiencias en las relaciones tempranas dentro de la familia de origen están siempre presentes en las formas en que nos relacionamos en la vida adulta. En efecto, la trama de la vida de la pareja se despliega dentro del tejido relacional, un espacio de vinculación adaptable a las necesidades de ambos integrantes. Si ello no sucede entonces hablamos de una detención en el desarrollo evolutivo de la pareja.

Comencemos dando algún ejemplo, si partimos de considerar que el espacio intersubjetivo está atravesado por relaciones presentes y pasadas, entonces la comprensión de la pareja en su contexto supone el abordaje de la trama intersubjetiva que la pareja experimenta, y ello hace posible identificar una continuidad relacional. La exposición del caso de Susana y Gerardo nos permite identificar algunas de las vivencias que les mantienen en una especie de *impasse* en la relación.

Lo que es más importante del caso clínico de Susana y Gerardo es que ejemplifica graves experiencias vividas por el *abandono* y el *rechazo*, y esto configura una forma relacional en pareja. La experiencia de estancamiento en la relación de pareja supone intensas emociones de tristeza, frustración, enojo, ira, coraje y culpa.

Susana es la octava de una familia de diez. Es una familia compuesta por cuatro varones y seis mujeres. La relación con su papá y sus cuatro hermanos es distante y con su hermano mayor es distante y conflictiva,

porque en su segunda infancia él la agredió sexualmente. Esta experiencia de vida al ponerle voz y expresarla nuevamente en la sesión, le produce “vergüenza, asco, coraje, y algo que quisiera olvidar... pero sí lo viví”.

Susana recuerda que desde pequeña ella vivía con su abuelita materna y que ella era muy feliz con su abuelita. Pero lamentablemente su abuelita murió y Susana regresó a casa con sus papás y sus hermanos, en donde no sintió una pertenencia. “Cuando yo regresé a mi casa fue como llegar a la casa de una familia de desconocidos”. Sus hermanos y hermanas más grandes que ella se iban a trabajar y a estudiar, mientras respecto a los más cercanos a su edad había rivalidad y preferencias. “Entonces yo era la agregada”. Así experimentó las relaciones dentro de su familia de origen. Cuando estaba estudiando en la facultad, también trabajaba en una palettería, allí es donde conoció a Gerardo quien se dedicaba a trabajar en una fábrica de bolsas de plástico. Es un negocio de la familia de Gerardo donde él continúa actualmente laborando junto a otros tres de sus hermanos.

Susana recuerda sentirse apoyada y escuchada por Gerardo al inicio de la relación. Ambos decidieron casarse luego de un noviazgo de tres años y un embarazo. “Pero ya después... había muchas cosas que yo empezaba a identificar que no me gustaban de él”. Por ejemplo, al pasar más tiempo, ella reconoció que aquello del inicio no era apoyo, sino más bien control por parte de Gerardo.

Las diferencias en realizar actividades en pareja se manifiestan cuando Susana refiere tener gusto por la lectura y por escalar, mientras que Gerardo más bien se interesa por estar con sus hermanos en la fábrica y posteriormente al terminar el turno laboral tomar alcohol con ellos hasta entrada la noche. En general, la relación entre Susana y Gerardo exhibe una forma de comunicación centrada en el reclamo y la acusación.

Es posible identificar en Susana intensas emociones de tristeza, enojo, ira, coraje y culpa, que son elementos de gran utilidad en la exploración de la vivencia y la experiencia de configuración psíquica. Estas emociones se activan nuevamente ante *la experiencia de rechazo* o de *abandono* dentro del espacio de relación en pareja.

Por ejemplo, en la relación de pareja está presente la experiencia de estancamiento.

Yo varias veces quise terminar la relación, yo la sentía como monótona, no había un plan a futuro, no había un crecimiento. Era nomás vernos y decir: vámonos al motel y ya. Después cuando yo salgo embarazada él se portó de lo peor. Porque desde que él supo que estaba yo embarazada él se portó distante, ya no me buscaba, y ya no me hablaba. Mientras yo lo buscaba en su casa y él no estaba, en su casa me lo negaban.

La reactivación del coraje y el enojo se presenta ante el rechazo. Rechazo y abandono, dos experiencias que le impiden tomar una decisión de salirse de la relación de control que experimenta con Gerardo.

Al mismo tiempo, la experiencia de *impasse* o de no evolución dentro del espacio relacional en pareja, supone que cada integrante de la pareja deposite en el otro la responsabilidad de que la relación no crezca o evolucione. Cada uno de los integrantes de la pareja percibe al otro como el culpable de que la relación entre ellos dos no funcione. Además, la imposibilidad de lograr un acuerdo entre ambos parece reanimar la tensión acumulada en la historia de una relación acostumbrada a que no funcione. Esto revive la experiencia de malestar fija desde la infancia. Asimismo, la negativa de alcanzar un acuerdo en lo más mínimo lleva a Susana a suponer un futuro sin una esperanza de solución. Y ello se cristaliza en un relato lleno de tensión, Susana se muestra rebasada por emociones de frustración, enojo, ira, y resentimiento acumulado.

La intensidad de las emociones y sentimientos experimentados supone un espacio intersubjetivo en disarmonía y con fuertes características de *impasse* en la relación. Es frecuente que ambos adopten puntos de vista opuestos y, al intensificarse la imposibilidad de llegar a un acuerdo, es Gerardo quien levanta la voz e intenta que Susana adopte su punto de vista. La situación más frecuente es que ambos lleguen a una diferencia sobre una decisión, entonces la circunstancia es cada vez más tensa. La pareja ex-

perimenta episodios de agresión y violencia motivo por el cual acuden a consulta.

El relato de Susana está marcado por graves experiencias vividas por el abandono, y el rechazo, esto supone el desafío psicoterapéutico de recuperar un contexto de encuentro intersubjetivo y relacional de validación y reconocimiento. El espacio de encuentro supone lograr una cercanía afectiva que permita expresar las necesidades no satisfechas y los temores al *abandono* o al *rechazo*. La creación del espacio intersubjetivo supone abrir posibilidades para un verdadero intercambio íntimo entre los integrantes de la pareja.

El proceso psicoterapéutico supone el desafío de lograr expresar contenidos del mundo íntimo con la finalidad de comprender elementos centrales de la historia de vida de la pareja. Además, otra meta es establecer una experiencia evolutiva en el interior del espacio de la pareja, un dialogo abierto que configure un compromiso emocional de empatía y validación mutua, depositar en un espacio de terceridad la esperanza evolutiva de crecimiento. En definitiva, es indispensable construir una relación colaborativa en la que sea posible un cambio en la manera de percibirse, así como, la comprensión de las modalidades de relación no violentas, y una mutua influencia centrada en el entendimiento.

Referencias

- Ávila-Espada, A. (2015). Del encuadre como factor técnico a la intersubjetividad del vínculo terapéutico. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (2): 394-397.
- Bollas, Ch. (2009). *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Editorial Amorrortu.
- Bion, W.R. (1997). *Aprendiendo de la Experiencia*. Paidós.
- Bion, W.R. (2000). *Elementos de psicoanálisis*. Editorial Lumen.
- Ferenczi, S. (1988). *Diario clínico*. Editorial Conjetural.
- Geertz, C. (1987). *Interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis una integración*. Siglo XXI Editores.

- Leal Carretero, F. (2013). *Acerca de la teoría*. Revista Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad. Vol. XX No. 57. Mayo/Agosto.
- Leal Carretero, F., Ramírez González, C. F., y Favila Vega, V.M. (coords.) (2018). *Introducción a la teoría de la argumentación*. Editorial Universitaria.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2011). *El imperio de lo efímero*. Anagrama.
- Ogden, T. (2014). El tercer analítico: el trabajo con hechos clínicos intersubjetivos. *Revista de Psicoanálisis de la Asoc. Psic. de Madrid de Madrid*. No.71. Pp. 67-96.
- Orange, D. (2009). Intersubjective systems theory: a fallibilist's journey. *Ann N Y Acad Sci*. Apr; 1159: 237-248. Disponible en: doi: 10.1111/j.1749-6632.2008.04347.x.
- Orange, D. (2012). *Pensar la práctica clínica. Recursos filosóficos para el psicoanálisis contemporáneo y las psicoterapias humanistas*. Editorial Cuatro Vientos.
- Orange, D. (2013). *El desconocido que sufre: hermenéutica para la práctica clínica cotidiana*. Editorial Cuatro Vientos.
- Orange, D. (2022). Ética radical para el psicoanalista de hoy. *Clínica e Investigación Relacional*. Vol. 16 (2). Disponible en: doi.org/10.21110/19882939.2022.160201
- Ringstrom, P. (2012). Principles of improvisation: A model of therapeutic play in relational psychoanalysis. In L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational psychoanalysis*, Vol. 5. Evolution of process (pp. 447-478). Routledge/Taylor & Francis Group.
- Ringstrom, P. (2014). *A Relational Psychoanalytic Approach to Couples Psychotherapy*. Routledge.
- Stolorow, R, Atwood, G., (1984) Psychoanalytic phenomenology: Toward a science of human experience. *Psychoanalytic Inquiry*, 4:1, 87-105. Disponible en: DOI: 10.1080/07351698409533532
- Stolorow, R, D., Atwood, G. (2004). *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Herder.
- Stolorow, R. (2007). *Trauma and Human Existence. Autobiographical, Psychoanalytic, and Philosophical Reflections*. Routledge.

Sullivan, H (1962). *Schizophrenia as a human process*. W. W. Norton & Company.

Significaciones Imaginarias Sociales. De un elemento teórico a una herramienta metodológica

Imaginary social meanings. From a theoretical element to a methodological tool

Mariamne Crippa Méndez

Resumen

En este artículo realizo una breve argumentación de la interdiscursividad psico-sociedad, y las formas en que lo social opera desde dentro del sujeto. Las articulaciones del mundo interno, el mundo vincular y el mundo social; así como los garantes metapsíquicos y metasociales de la vida psíquica. Posteriormente, pongo énfasis en las nociones de Imaginario Social, que remite al orden del sentido como creación incesante social-histórica-psíquica y a su capacidad productora de Significaciones Imaginarias Sociales (SIS), que configuran la esencia de la subjetividad, operan en lo implícito y establecen el modo de ser de las cosas, los valores, los individuos. Más adelante, realizo algunas puntualizaciones sobre los elementos definitorios de un grupo para el psicoanálisis, como lo son su carácter intermediario entre lo social y lo psi-

Abstract

In this article I make a brief exposition of the interdiscursivity between the psyche and society, and the ways in which the social context works from within each subject. The articulations between the inner world, the attachment world and the social work, as well as the metapsychological and metasocial guarantors of the intrasubjective life. Subsequently, I put emphasis on the notions of Social Imaginary and Social Imaginary Significations, that create the essence of subjectivity, and work silently and institute how things work, values and individuals. Next, I make some remarks about the basic elements of group configurations from a psychoanalytic perspective, such as its “in between” characteristic, its own psyche and the group like dreams. Lastly, I developpe a proposal for a

quico, su propio psiquismo y el grupo como el sueño. Por último, desarrollo una propuesta de investigación de las SIS mediante un dispositivo de Multiplicación Dramática.

research design of the SIS through a Dramatic Multiplication apparatus.

Palabras clave

imaginario, subjetividad, investigación, psicoanálisis, grupo.

Key words

imaginary, subjectivity, research, psychoanalysis, group.

Introducción. La interdiscursividad psiquismo-sociedad

Las problemáticas de cómo se forma, se transforma o se aliena la psique del sujeto singular mediante las diversas modalidades de vínculos subjetivos que lo preceden, que establece y que lo constituyen como sujeto del inconsciente no son ajenas a la práctica psicoanalítica contemporánea (Kaës, 2010).

No obstante, la falsa dicotomía individuo-sociedad forma parte del conjunto de pares antinómicos —materia-ideal, alma-cuerpo, ser-tener, objetivo-subjetivo, etcétera— que atraviesan y sesgan la reflexión, orillándonos las más de las veces a reduccionismos teórico-metodológicos, que tienen consecuencias en el pensamiento filosófico, político, científico, e incluso en la vida cotidiana, y en la producción de subjetividades articuladas desde lógicas binarias y jerarquizantes (Fernández, 1989).

Abonando a esta gran complejidad, aunque el otro inviste y recubre al Yo, y como sujetos somos a la vez producidos y productores de los otros (Berenstein, 2004), solemos ser inconscientes de las marcas de la cultura y del tipo de subjetividad que ésta determina.

La ubicuidad del tema de las nuevas patologías o los sufrimientos contemporáneos en los diálogos psicoanalíticos, así como el enfrentamiento de los psicoanalistas con los traumas y duelos colectivos —basta mencionar el clima de violencia generalizada de nuestro país, o la crisis del COVID 19— que quedaron sin elaboración, ponen en evidencia que, aquello

que Rene Kaës (2007) denomina *malêtre* de la cultura de nuestro tiempo, hace emerger otras configuraciones psicopatológicas que problematizan una concepción exclusivamente endógena de la psique —sustentada en la serie neurosis/sueño/síntoma/dispositivo de la cura— pues no tiene en consideración las condiciones socio-históricas, culturales e interpersonales de la vida psíquica, así como la importancia de las funciones simbolicantes extra-subjetivas.

Siguiendo a Cornelius Castoriadis (1989), las neurosis de los sujetos de hoy se presentan, desde el punto de vista sociológico, como fenómenos de inadaptación; no son vividos como una desgracia o sufrimiento, sino poniendo trabas al funcionamiento social de los individuos, impidiéndoles responder adecuadamente a las exigencias de la vida tal como es y reproduciéndose como inadaptación amplificada a la segunda generación. En este sentido, encontramos ciertas formas de caos identitarios, déficits de simbolización, fallas en la subjetivación, estados depresivos sin objeto, ruptura de los lazos sociales, padecimientos psicósomáticos y de consumo, sentimientos de anomia e insignificancia, alexitimia, y un largo etcétera.

La afirmación de que nuestra propia concepción de la psique, su génesis, sus límites y su funcionamiento ha sido totalmente revolucionada (Kaës, 2007) no parece exagerada. Como afirma Kaës (2010), los tres pilares sobre los cuales se asienta el psiquismo humano son la sexualidad infantil, la palabra y los vínculos intersubjetivos. De tal suerte, el psicoanálisis en su devenir constante se enfrenta a un cambio paradigmático al pasar de la exclusividad de lo pulsional —ligado a la representación—, lo objetal, el desarrollo psicosexual y las experiencias tempranas, a la inclusión del mundo social (Berenstein, 2004) como una parte imprescindible de las series complementarias. En consonancia con lo anterior, Berenstein (2004) distingue entre tres registros que, si bien no son reductibles o asimilables entre ellos, están en constante interacción:

- El mundo interno: formado de representaciones y afectos a los que el sujeto nunca tuvo acceso o que han sido reprimidos.

- El mundo vincular: en el cual lo inconsciente se instituye con lo que ambos sujetos debieron suprimir, suspender o dejar fuera, aquello incompatible para la relación que se presenta como ajeno.
- El mundo sociocultural: incluye las reglas de circulación de los sujetos que caracterizan el flujo de población, capitales, información; los sentimientos de incertidumbre ante la amenaza de disolución del conjunto; forma creencias y certezas, transmite lo social e institucional.

Se trata de una estructuración dinámica de diversos espacios y procesos, formaciones y experiencias, cuyos efectos determinan el advenimiento de sujetos del inconsciente y su devenir en el seno de un “nosotros”, y para hacer vínculo debemos entrar en el régimen de la alianza que nos permite formar parte de una comunidad y hacernos de sistemas defensivos a nivel meta-individual (Kaës, 2010; 2007).

Considero que la distinción que hace René Kaës (2007) entre los garantes metasociales y los metapsíquicos de la vida psíquica es imprescindible, pues enfatiza que ambos representan puntos de anclaje del sujeto. Los primeros, también denominados organizadores socioculturales, se refieren a las grandes estructuras de encuadramiento y regulación de las formaciones y procesos sociales —mitos, ideología, creencias, religiones, ritos e instituciones, autoridades y jerarquías, etcétera— los marcos culturales, sociales, políticos, religiosos, etc., que configuran el telón de fondo del desarrollo psíquico y tienen una doble función: aportan modelos normativos y secundarizados a los organizadores psíquicos inconscientes, y son un sostén de la función narrativa y legitimadora de los grupos (Kaës, 2010).

Por otra parte, los garantes metapsíquicos u organizadores psíquicos son las formaciones y procesos que representan el encuadre y trasfondo de la vida psíquica; es decir, las interdicciones fundamentales y leyes estructurantes, los puntos de referencia de identificaciones y representaciones imaginarias y simbólicas, las alianzas, pactos y contratos que aseguran, tanto los principios organizadores del psiquismo, como las condiciones intersubjetivas sobre las cuales éste reposa.

Gracias a Berenstein y Kaës, podemos reconocer que la socialización no es una simple adjudicación de elementos exteriores a un núcleo psíquico pasivo, sino que sus efectos están inextricablemente entramados con ella (Castoriadis, 1997).

Lo social es lo que somos todos y lo que no es nadie, lo que jamás está ausente y casi jamás está presente como tal, aquello en lo que estamos sumergidos pero que no podemos aprehender; asimismo, lo intersubjetivo es, de alguna manera, la materia de la que está hecho lo social (Kaës, 2010; Castoriadis, 1989). No solo implica los inconscientes individuales, sino la forma en que la dimensión histórica-social es instaurada para cada cual, y para toda una relación simultánea de interioridad y exterioridad, de participación y exclusión, sociedad y psique son irreductibles e inseparables (Castoriadis, 1997).

Se configura lo que podríamos denominar subjetividad, propia de un momento histórico y un contexto determinados, constituida por aquello que comparten quienes están ligados entre sí por sujeciones recíprocas —estructurantes o alimenticias— a los mecanismos constitutivos del inconsciente —represiones, renegaciones, fantasías y significados compartidos; los deseos inconscientes y las prohibiciones fundantes (Kaes, 2010).

Rescatamos lo que las primeras teorías psicoanalíticas de grupo revelaron: las bases psicoanalíticas se benefician de la importación de conceptos extraterritoriales al campo psicoanalítico, a pesar del riesgo de teorizaciones bastardas, esto nos brinda la oportunidad de explorar terrenos excluidos de nuestra disciplina y, al mismo tiempo, ampliar la comprensión de aquellos que creíamos conocidos.

Significaciones Imaginarias Sociales y el Imaginario Social

Debemos a Cornelius Castoriadis una amplia y profunda exploración del limbo entre el psiquismo y lo histórico-social, dado que logró articular enfoques que tradicionalmente operaban por separado, para ello le fue necesario construir puentes conceptuales que dieran cuenta de la confluencia de los procesos propios del psiquismo y de los grupos, con

aquellos a través de los cuales se organizan producciones colectivas de significación.

Podemos afirmar con cierta certeza que no hay oposición entre el individuo y la sociedad: el individuo es siempre una creación social y viceversa. De tal manera, las nociones de *Imaginario Social* (IS) y *Significaciones Imaginarias Sociales* (SIS) adquieren relevancia teórica-metodológica para encontrar los puntos de apoyo en el inconsciente de los sujetos.

El psicoanálisis trata siempre con sujetos socializados que a su vez son fragmentos hablantes y caminantes de una sociedad dada; encarnan el núcleo esencial de las instituciones y de las significaciones de una sociedad (Castoriadis, 1997).

Uno de sus conceptos con mayor difusión, es el de *Imaginario Social*, que remite al orden del sentido como una capacidad imaginante, una invención, una creación incesante social-histórica-psíquica de figuras, formas y atribuciones de sentido. Se refiere a la capacidad productora-inventiva de significaciones de una sociedad (Castoriadis, 1997; Fernández, 1995).

El IS es la articulación misma de la sociedad, de sus necesidades, de su mundo; es el conjunto de esquemas organizadores, condición de representabilidad de lo que una sociedad se brinda a sí misma (Agudelo, 2011). No es la creación de imágenes, sino de los dioses o las reglas de comportamiento, no es ni visible, ni siquiera audible, es significable (Castoriadis, 2019).

Representa la concepción de figuras, formas, imágenes de aquello que los sujetos llamamos “realidad”, sentido común o racionalidad en una sociedad. Esta es leída, interpretada, por cada sujeto en un momento histórico-social determinado y es obra de la creación constante por parte de cada sujeto inmerso en dicha sociedad. Son imaginarias porque no corresponden a elementos reales o racionales y son sociales porque son creadas por el colectivo anónimo. Es una capacidad imaginante, un orden de sentido, una producción de significaciones colectivas que al ser producida se va transformando (Franco, 1999).

El IS está conformado, a su vez, por dos polos en constante tensión (Agudelo, 2011):

- a) Lo instituido: los conjuntos de significaciones que consolidan lo establecido —tradiciones, costumbres, memoria, etc.—, opera desde las significaciones sobre los actos humanos, estableciendo lo permitido y lo prohibido, lo lícito y lo ilícito.
- b) Lo instituyente: opera sobre lo especular, sobre lo que no está presente. El imaginario social efectivo mantiene unida una sociedad, la cohesiona.

La institución de la sociedad es la que determina lo que es real y lo que no lo es, qué tiene sentido y qué no lo tiene (Castoriadis, 1986); lo instituido es la historia, lo instituyente es la posibilidad de quiebre y creación. Podemos pensar lo instituido y lo instituyente como cualidades o funciones (des)organizativas de lo histórico-social.

En este sentido, Castoriadis (1989) dice que la sociedad debe definir su “identidad”, su articulación, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y sus deseos. Sin la “respuesta” a estas “preguntas” no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura -pues todo quedaría en caos indiferenciado.

Las SIS, en tanto que producción del IS, operan en lo implícito y establecen el modo de ser de las cosas, los valores, los individuos (Fernández, 1995; Valencia, 2015). Su función es proporcionar un modo particular de respuestas a interrogantes primordiales de un colectivo, tienen que ver con su identidad, no se trata de respuestas concretas, sino de sentidos encarnados gracias al quehacer colectivo (Agudelo, 2011).

Son sociales porque son compartidas, sólo pueden existir si son instituidas por una colectividad impersonal y anónima; son imaginarias porque no se reducen ni deducen de referentes “reales” o “racionales”, son creaciones que mantienen cohesionada y unida la sociedad; y son significaciones en tanto que no son exactamente “ideas” o “representaciones” sino lo que mantiene unidas las ideas, las representaciones, los actos, etcétera. (Castoriadis, 1986; Valencia, 2015).

Según Valencia (2015), las SIS cumplen una triple función dentro de una sociedad: 1. Constituyen el conjunto de representaciones mediante los cuales un grupo constituye un mundo, se sitúa en él, se autorrepresenta; 2. Definen las funciones de los miembros de un grupo, el qué hacer, adorar a Dios, incrementar el desarrollo de las fuerzas productivas, buscar la fama, etc.; y 3. Determinan el tipo de afectos predominantes en una sociedad.

La cultura actúa introduciendo sus SIS y éstas llevan la reproducción del poder dominante en la sociedad, lo coagulan y naturalizan; sin embargo, esto no se puede reducir a causas específicas. Son, asimismo, lo que mantiene unida a la sociedad y tal como los ácidos nucleicos —ADN y ARN— son portadores de información genética, las significaciones también lo hacen: como la clase, están presentes en todas partes (Castoriadis, 1989, 2009; Valencia, 2015). Pueden ser entendidas como producto de época y producción de sentidos, lo que Bourdieu llama *histerisis*, y Gramsci *hegemonía*; la tendencia “dominante” en la producción de subjetividades.

Cabe destacar que no sólo establecen prohibiciones —el poder no sólo reprime, también produce, dirá Foucault— sino que también instituyen creencias positivas, significaciones imaginarias, una de cuyas principales características es la multiplicidad (Castoriadis, 1989). Que la sociedad sea instituyente significa que es su propia obra y crea significados e instituciones que vienen *ex nihilo*, y como tales, no tienen funcionalidad, únicamente que con ellas cada sociedad construye un mundo que le es propio, irreductible y creador (Castoriadis, 1992, 2012).

La sociedad es creación, autocreación, emergencia ontológica, cohesionada por las instituciones —lenguaje, normas, familia, modos de producción— y por las significaciones que las instituciones encarnan —tótems, tabúes, dioses, polis, mercancía, riquezas, etcétera— (Castoriadis, 1997). En suma, el IS y las SIS, como creaciones libres de la colectividad anónima, producen sentidos y subjetividades (Errengerena, 2002; Valencia, 2015).

Castoriadis (1986, 1989) distingue dos niveles de SIS:

- a) Centrales: se trata de una organización en sistema de significantes y significados que se sostienen en una unidad cruzada, lo que permite su extensión, su multiplicación, su modificación. Da funcionalidad y dirección a cada Sistema Institucional que sobredetermina la elección y las conexiones de las redes simbólicas, es una creación de cada época histórica, la manera singular de vivir, de ver y de hacer su existencia, su mundo y sus relaciones. Es una especie de estructurante originario, fuente de un sentido indiscutible e inmiscuido, soporte de articulaciones y distinciones de lo que importa y lo que no, de los objetos de invención práctica, afectiva e intelectual —tanto individual como colectiva. Por ejemplo: el capitalismo neoliberal y el género.
- b) Periféricas: corresponden a una segunda o enésima elaboración imaginaria de los símbolos, a unas capas sucesivas de sedimentación.

Esta red conforma el magma de significaciones imaginarias sociales que son llevadas por la sociedad y, a su vez, la animan. No son cristalizaciones, sino devenires constantes, cuyas instituciones brindan cierta cohesión que provee a la psique singular sentido (Castoriadis, 1986; 1989).

Algunos elementos definitorios del grupo desde una mirada psicoanalítica

Cada dispositivo del método psicoanalítico produce, a partir de los datos clínicos que genera y trabaja, campos específicos de teorización; esto significa que el conocimiento del inconsciente se modifica con los cambios sobrevenidos en la práctica del psicoanálisis (Kaës, 2010). Dado que el objetivo de este trabajo no es una disertación de la amplia teoría de grupos psicoanalítica, acotaré tres puntos fundamentales para sustentar la propuesta metodológica que desarrollaré más adelante: el grupo como sede

de un psiquismo propio, el grupo como espacio intermediario y el grupo, espacio de producciones psíquicas —como el sueño.

Me enfocaré en lo que Didier Anzieu y Jacques-Yves Martin (1971) denominaron grupos pequeños o primarios, cuyas características principales son: número restringido de miembros que permita la percepción individualizada de los otros y la comunicación interindividual; prosecución compartida y activa de los mismos objetivos; establecimiento de relaciones afectivas; interdependencia; diferenciación de roles; y constitución de un lenguaje y código grupales.

Asimismo, la noción de grupo, siguiendo a Kaës (2000), designa:

- a) La forma y estructura paradigmáticas de una organización de vínculos intersubjetivos, donde las relaciones recíprocas entre varios sujetos del inconsciente producen formaciones y procesos psíquicos específicos.
- b) La forma y estructura de una organización intrapsíquica caracterizada por las ligazones mutuas entre sus elementos constitutivos y por las funciones que cumple en el aparato psíquico —el grupo se especifica como interno—.
- c) Un dispositivo de investigación y tratamiento de los procesos y formaciones de la realidad psíquica que participa en la reunión de sujetos en grupo.

El grupo así definido desarrolla conductas de mantenimiento que apuntan a su conservación en la realidad física y como imagen ideal, así como a conductas de progresión que transforman las relaciones entre los miembros, la organización interna del grupo y el sector de la realidad social en que este se encuentra. El grupo se instituye como tal cuando ha inventado sus SIS (Fernández, 1995).

Desde este punto de vista, la formación de un aparato psíquico grupal se ancla en la psique de sus miembros; pero el grupo no los recibe pasivamente, sino que los capta, utiliza, administra y transforma según su propia

lógica y sus propios procesos. Funciona como una entidad autónoma dotada de una realidad psíquica específica que es común a todos los miembros del grupo y al conjunto que forman (Kaës, 2010).

Didier Anzieu (1998) abona a esta concepción de Rene Kaës que, como condición de existencia, el grupo necesita crearse una envoltura, configurada por los aparatos psíquicos individuales que lo componen y, como resultado de esta tópica subjetiva que sus miembros proyectan sobre él, se convierte en un objeto de catexis pulsional.

La articulación de las realidades psíquicas del grupo y del sujeto singular, da cuenta de que todo sujeto del inconsciente está inevitablemente unido a los conjuntos intersubjetivos a los que pertenece (Kaës, 2010).

El grupo es una envoltura gracias a la cual los individuos se mantienen unidos, permite que se constituya un espacio interno con una trama simbólica que lo hace perdurar, además de funcionar como una barrera protectora contra el exterior. Como la piel que se regenera rodeando al cuerpo, y como el Yo que se esfuerza en englobar el psiquismo, es una membrana de dos caras: una hacia la realidad interna y otra hacia la realidad externa, física y social. Esta membrana se establece con base en la proyección de fantasías, “imagos” y subjetividad de sus integrantes, estableciendo un estado psíquico transindividual, un verdadero sí mismo grupal imaginario, continente de la circulación fantasmática e identificatoria de las personas (Anzieu, 1998).

Gracias a esta membrana permeable de dos caras, en el grupo encontramos dos núcleos organizadores de las representaciones: los fantasmático-inconscientes y los socioculturales (Kaës, 2010). Visto de esta forma, los grupos pueden ser considerados campos de intermediación y resolución de tensiones entre lo singular y lo colectivo, cuyos puentes articuladores —como la subjetividad, el IS, las SIS, etcétera— también son objeto de la investigación psicoanalítica. Lo intermediario tiene una función articular y reductora de antagonismos, se liga a procesos de transformación y pasaje y, además, tiene una función estructurante en el pasaje de un campo a otro (Fernández, 1989).

Los grupos pueden ser considerados como productos de socialización y su existencia presupone la de una sociedad instituida (Castoriadis, 1986), no obstante, al fungir como espacio de articulación de conjuntos heterogéneos, heterónomos y de niveles lógicos distintos (Fernández, 1989), no son únicamente tributarios de las SIS más generales de la sociedad, sino que también producen su propio imaginario grupal, donde cobran relevancia los mitos de su origen, la ilusión del proyecto común y de deseo, que animan y “mortalizan” sus prácticas (Kaës, 2010).

En este orden de ideas, parece legítima la aseveración de Didier Anzieu (1998): así como el sueño nocturno es la realización alucinatoria del deseo; el grupo es la realización imaginaria de un deseo. Tras una fachada de procesos secundarios, en el grupo dominan los procesos primarios, el debate con un fantasma subyacente; por eso la situación de grupo es vivida con un gran monto de angustia. El grupo, como el sueño y el síntoma, es la asociación de un deseo y su concomitante defensa. Las acciones son desplazamientos, condensaciones y representaciones simbólicas del deseo —sea individual o social— reprimido o velado, que no ha encontrado satisfacción en las relaciones interindividuales, y es trasladado por vía regresiva a la puesta en escena grupal.

Todo grupo tiene su simbolismo: como un lugar de intercambio entre inconscientes que desemboca en construcciones fantasmáticas, en ocasiones fugaces, otras paralizantes, otras estables, o estimulantes para la acción. Esto nos permite asumir que, en la dramática grupal podemos dilucidar las SIS y el IS subyacentes y compartidos por los miembros del conjunto.

Método: un dispositivo grupal para la indagación de las SIS

Lo imaginario remite a un sujeto que se entrega a un ensueño o dobla “fantasmáticamente” una escena vivida, dicha escena consiste en “imágenes” hechas del mismo material del que pueden crearse los símbolos, aunque no lo son en sentido estricto, si pueden representar algo más: un fantasma inconsciente. Dicho de otro modo, ese imaginario no es tal cual una ima-

gen de algo, sino una creación incesante y esencialmente indeterminada —social, histórica y psíquica— de figuras, formas e imágenes. Para describirlo, es menester penetrar en los recovecos de la elaboración simbólica de lo imaginario inconsciente (Castoriadis, 1989; Sotelo, 2015).

Tal como lo ha demostrado la amplia experiencia psicoanalítica en situación de grupo como paradigma metodológico para la indagación y conocimiento de una realidad psíquica inconsciente específica, inaccesible de otro modo e irreductible a los sujetos que la componen (Kaës, 2006; 2010). Consideramos que los encuadres multipersonales son el escenario privilegiado para el despliegue de producciones psíquicas propias de los diversos niveles previamente mencionados, en particular facilitan la emergencia del material intersubjetivo y sociocultural.

De acuerdo con Isidoro Berenstein y Janine Puget (1999) el material psicoanalítico es la base empírica, compuesta por el conjunto de emociones, acciones, pensamientos y verbalizaciones que permiten la búsqueda de sentido inconsciente y que emergen en una situación analítica y para la cual tenemos teorías explicativas. Es preciso reconocer que, diferentes dispositivos permitirán el despliegue de diversos materiales. En cuanto a lo grupal, tiende a privilegiarse lo visual y lo contextual, además del acto verbal y el clima emocional, y lo corporal que pueden comunicar situaciones investidas del mundo sociocultural.

Las fantasías, como vía de acceso al material grupal, son “representantes representativos” de pulsiones, organizadas como escenas imaginarias, organizadas como guiones que los sujetos representan de forma más o menos deformada y que admite la permutabilidad de los lugares definidos (Bernard, 2006).

Cuando en una sesión grupal se relata un sueño o, en este caso, una fantasía, los otros participan, se “meten” ilusoriamente, transgreden el espacio psíquico singular. Esta polifonía tiene un efecto de resonancia (Berenstein y Puget, 1999; Kaës, 2010).

Su sustancia proviene de escenas vividas en los vínculos intersubjetivos, y evidencia la ruptura epistemológica de los encuadres grupales,

al devolverle al grupo su particular forma de expresión: la dramática. Es como un sueño soñado por varios soñantes, donde existen conflictos y una dramática compartida que despliega contenidos anteriores a la instauración de la situación edípica: la psicología de las masas y análisis del yo. De modo que el material privilegiado sufre un cambio de sustancia, pasando del predominio de lo verbal-auditivo a lo visual, es decir, lo preverbal adquiere protagonismo: la dramática de escenas significativas organizadas en fantasía (Bernard, 2006).

La marcada tendencia a la dramatización en el grupo puede instrumentalizarse, es decir, convertirse en una herramienta de “perlaboracion” inversa”, traduciendo al plano mental lo que proviene de actitudes corporales (Campuzano, 2015) ya que la dramática y el inconsciente remiten el uno al otro, pues están habitados por representaciones-cosa: el acto sustituye al recuerdo (Bernard, 2006).

La utilización de técnicas psicodramáticas adquiere un gran valor ante necesidades exploratorias y elaborativas grupales, pues al privilegiar la comunicación preverbal de identificaciones proyectivas e introyectivas, los objetos participan de la escena en forma activa, lo que hace surgir materiales inconscientes relativos a los vínculos, al grupo e incluso al espacio sociocultural.

Ana María Fernández, Mercedes López, Enrique Ojám y Xavier Imaz (2007) fueron los pioneros en la aplicación de las nociones de IS y SIS (Castoriadis, 1989) en la investigación de campo, entendiéndolas como modos subjetivos con eficacia material en las instituciones sociales, partiendo de que actúan como una potencia enunciativa de la producción de subjetividad. La técnica de Multiplicación Dramática (MD), desarrollada por Kesselman y Pavlovsky (2000) funge como dispositivo para crear las condiciones que permitan dilucidarlas, puesto que consiste en un escribir donde están incorporadas las mediatizaciones de las subjetivaciones de los integrantes, cada uno de ellos es sujeto de la enunciación colectiva.

Los autores conciben al grupo como una máquina de producción de sentidos y sujeto de la enunciación colectiva, donde se da un agenciamien-

to de diversos órdenes (social, químicos, imaginarios, biológicos, etc.), en donde tiene que existir el fenómeno proyectivo para que los participantes logren agenciarse de una parte de la escena original y acoplarla a una sensación-imagen o a idea a través de una forma dramática.

Para que exista una MD se necesitan a) la escena de un protagonista y b) las improvisaciones que cada integrante del grupo realiza en forma de escenas por efecto de resonancia. Es un escribir constante, creativo, donde están incorporadas las mediatizaciones de la subjetividad de los integrantes, cada uno de ellos como sujeto de una enunciación colectiva (Bello, 1999).

La MD es una máquina de expresión que arrastra contenidos. Las escenas son relatadas y entregadas, y la escena elegida es apoderada y modificada por múltiples subjetividades interrelacionadas entre sí. El protagonista que “preste” la escena para que circule en el grupo y, cada “trozo” de la escena es tomado para comenzar a multiplicarse, a enriquecerse con la mirada, el oído, las actitudes, sentimientos, reacciones y palabras de los otros (Kesselman, *et al.*, 1981).

Estos componentes heterogéneos y de diferentes órdenes —sociales, biológicos, imaginarios, etcétera— son agenciados por el grupo; entrelazándose se convierten en la matriz de nuestra labor interpretativa a través de la transgresión lúdica y “oniroide” (Bello, 1999).

Los personajes, gestos, el clima grupal de la escena inicial provocan —en quienes observan y protagonizan— una sensación de “haber sido tocado”, a través de la cual cada persona puede construir otra escena o agregar un gesto personal que “multiplica” la escena inicial. Se convierte en un trabajo de secuencias compuesto por escenas consonantes, resonantes y resultantes (Kesselman y Pavlovsky, 2000) que rompen con el bloqueo “narcisístico” de la propia y repetida novela (Kesselman, *et al.*, 1981).

La MD permite, con el “como sí” lúdico y “oniroide”, aprender a jugar, a divertirse, es decir, intenta “di-vestir” la visión monocular y narcisista. Es importante cómo cada grupo se agencia de las escenas, de acuerdo con su

especificidad histórica y con el inconsciente social-histórico que lo atraviesa.

Dado que el dispositivo propuesto tiene como objetivo la investigación y un modo de intervención institucional, es menester elaborar un diseño pautado que apunte en dicha dirección a través de sesiones programadas y llevadas a la práctica por un equipo de profesionales que coordinen y realicen la observación de la dinámica grupal. Es pautado dado que se especifican los tiempos de los diferentes momentos de la sesión grupal, los modos de establecer consignas y coordinar los momentos de la MD (Cufre, 2010; Fernández *et al.*, 2007).

La secuencia general consiste en prepararse para la acción, actuar, en el sentido de vivenciar algo o actuar en el marco del “como sí”, dramatizar, poner en palabras los sentimientos.

Fase 1. Configuración del dispositivo. Se constituirán grupos cuyo tamaño y características dependerán de cada dispositivo. Dado que se trata de grupos de tiempo y objetivos limitados, donde la movilización y acotamiento del proceso son importantes, y que se llevarán a cabo técnicas de acción en el marco institucional, se propone realizar una sesión prolongada de una duración de ocho horas (Campuzano, 2015).

Fase 2. Presentación. Se comienza con una breve explicación de la coordinadora del grupo de lo que pretende la sesión, sobre el carácter voluntario y el compromiso de anonimato (Cufre, 2010). Posteriormente se establece el encuadre de trabajo: duración, actividades previstas, reglas básicas (respeto, confidencialidad, etc.), importancia de hablar desde sí mismo; y, por último, se realiza una somera presentación de los participantes, quienes podrán decidir el uso de un pseudónimo.

Fase 3. Acción. Una primera parte consiste en el caldeamiento o calentamiento, entendido como el momento de preparación para la acción. Tiene como base ejercicios que permiten la integración grupal y la expresión corporal de cada participante, pueden realizarse técnicas como juegos dramáticos y/o fantasías dirigidas. Si no se realiza, la acción puede bloquearse o realizarse de forma impulsiva (Bello, 1999).

Una vez terminado el caldeamiento con el grupo dispuesto en plenaria y con la posibilidad de que todos los miembros se miren cara a cara, quien coordina sugiere que cierren los ojos e imaginen una escena y una historia de principio a fin. Una vez que lo hayan hecho, pueden abrir los ojos. Cada participante relata su escena y el grupo elige cuál será dramatizada (Cufré, 2010).

Se marcan los límites del escenario y las reglas del juego dramático, el “dueño” de la escena que fue prestada al grupo, se convierte en el director; asigna roles y se realiza un “ensayo”. Después se incorporan los aportes de cada uno de los integrantes, se grupaliza, y comienza la MD propiamente dicha.

Al finalizar las MD, pasamos al *sharing* o compartir grupal. Esta etapa es imprescindible, ya que los participantes ponen en palabras los sentimientos y recuerdos evocados durante la acción dramática, lo que cada uno sintió y percibió desde el rol que les fue asignado. No necesariamente debe hablarse de algo íntimo o conflictivo, pero sí de la propia experiencia (Bello, 1999).

En las sesiones prolongadas éste es el momento donde puede surgir otro director. La cantidad de multiplicaciones y el número de escenas, dependerá tanto de la dinámica grupal como del tiempo disponible.

Fase 4. Reflexión e interpretación. Para comenzar con la última fase de trabajo grupal, se les solicita que titulen las diferentes escenas. Se forman subgrupos cuya tarea será interpretar, adjudicar sentido a lo sucedido en el grupo y en las escenas, incluyendo toda la diversidad

de perspectivas. Cada subgrupo comparte en plenaria sus interpretaciones y se abre una discusión y reflexión libre.

Fase 5. Cierre. Se invita a los participantes a compartir, en una palabra, qué se llevan de la vivencia y se abre la posibilidad, en caso de que lo deseen, de volver al día siguiente a una sesión breve para hablar sobre lo sucedido y con el objetivo de contener las angustias que pudiera haber despertado el tema y prevenir actuaciones. Finalmente, puede solicitarse a los participantes que respondan una encuesta individual y anónima, con el fin de recabar datos generales sobre los participantes.

Discusión y Conclusiones

La propuesta que desarrollamos en las páginas precedentes está inspirada directamente en los trabajos de investigación de Ana María Fernández y su equipo de trabajo (2007) en Argentina, y Leticia Cufre (2010) en México. Cabe destacar que, si bien comparten gran parte de la metodología, hay una clara diferencia ya que Fernández está en contra de sugerir algún tema para las escenas imaginarias, en cambio Cufre parte del supuesto de que la sugerencia de la temática —por ejemplo, las violencias cotidianas o el clima de violencia— funge como los “restos diurnos” desencadenantes de la actividad onírica. En lo personal, comparto esta última opinión, aunque reconozco que representa un claro sesgo en las SIS que surgirán. No obstante, los sesgos siempre son inevitables, a lo máximo que podemos aspirar es a que su reconocimiento brinde mayor nivel de “objetividad”.

Esta técnica remite a la producción ininterrumpida de escenas a ser representadas como una forma de poner en acto la asociación libre y la interpretación de los sueños, tal como fue planteada por Freud, y favorecer la emergencia de producciones imaginarias, fantasías y representaciones recurrentes que pueden dar cuenta del funcionamiento y la estructuración grupal (Cufre, 2010) que, a su vez, está inserta en un mundo social que configura la subjetividad, constituida por el magma de SIS.

De tal manera, el dispositivo grupal funge como método de investigación (Kesselman y Pavlovsky, 2000), como artefacto técnico estructurado en función de facilitar las producciones plurales (Cufré, 2010) y que opera como instrumento cualitativo de identificación y análisis de formas discursivas y extra-discursivas producidas en el seno de las instituciones (Fernández *et al.*, 2007).

Referencias

- Agudelo, P. (2011). (Des)hilvanar el sentido/los juegos de Penélope. Una revisión del concepto imaginario y sus implicaciones sociales. *Uni(pluri)/Versidad*, 3 (11), 93-110. <https://doi.org/10.17533/udea.unipluri.11840>
- Anzieu, D. (1998). La analogía entre el grupo y el sueño: el grupo, realización imaginaria de deseos y amenaza. *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*, pp. 69-82. Biblioteca Nueva.
- Anzieu, D., Martin, J-Y. (1971). *La dinámica de los grupos pequeños*. Editorial Kapelusz.
- Bello, M.C. (1999). *Introducción al psicodrama. Guía para leer a Moreno*. Escuela mexicana de psicodrama y sociometría.
- Berenstein, I. (2004). *Devenir otro con otro(s). Ajenidad, presencia, interferencia*. Paidós.
- Berenstein, I., y Puget, J. (1999). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Paidós.
- Bernard, M. (2006). *El trabajo psicoanalítico con pequeños grupos*. Lugar Editorial.
- Campuzano, M. (2015). Sueños en el grupo, sesiones prolongadas, técnicas de movilización. En *La técnica de la psicoterapia psicoanalítica grupal: Modelo vincular estratégico*, pp. 171-190. AMPAG: México.
- Castoriadis, C. (1986). El campo de lo social histórico. *Hemeroteca virtual ANUIES*. https://www.infoamerica.org/teoria_articulos/castoria_dis02.pdf
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.

- Castoriadis, C. (1992). Grandes pensadores del siglo XX [Grabación de una entrevista de 1992]. <https://youtu.be/dbqXiJ8b2Rs?si=kYhwjimxpd9TK9dN>
- Castoriadis, C. (1997). Lo imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, (35). <https://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoria%20dis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituente.pdf>
- Castoriadis, C. (2019). Psique, imaginación e histórico social. *Epsys. Revista de psicología y humanidades*. <https://www.eepsys.com/es/psique-imaginacion-e-historico-social/>
- Cufre, L. (2010). *Una inquietante familiaridad. Las practicas sociales violentas como organizadoras de la subjetividad. Un caso de la Universidad Veracruzana*. Biblioteca digital de humanidades.
- Erreguerena, M. (2002). Cornelius Castoriadis: sus conceptos. *Revista Anuario UAM-X: México*, 39-47. https://www.academia.edu/37211481/Cornelius_Castoriadis_sus_conceptos
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Fernández, A. M. (1995). La invención de significaciones y el campo grupal. *Subjetividad y Cultura*, 4 (3), 1-16.
- Fernández, A. M., López, M., Ojám, E., y Imaz, X. (2007). Los imaginarios sociales: Del concepto a la investigación de campo. *TRAMAS. Subjetividad y Procesos Sociales*, (22), 145-179. <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/393>
- Käes, R. (2000). *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Amorrortu.
- Kaës, R. (2007, 16 de abril). El *malêtre* del mundo moderno, los fundamentos de la vida psíquica y el encuadre metapsíquico del sufrimiento contemporáneo [Transcripción de conferencia]. <https://www.scribd.com/document/443643157/Kaes-Conf-16-abril-07-El-Malestar-del-Mundo-Moderno>
- Kaës, R. (2010). *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo*. Amorrortu.
- Kesselman, H., Pavlovsky, E. y Frydlevsky, L. (1981). *Las escenas temidas del coordinador de grupos*. Editorial Fundamentos.

- Kesselman, H. y Pavlovsky, E. (2000). *La multiplicación dramática*. Ediciones búsqueda de Ayllu.
- Sotelo, A. (2015). El sentido de lo imaginario en Castoriadis y el psicoanálisis. *Polisemia*, 9 (15), 36-42.
<https://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.9.15.2013.36-42>
- Valencia, S. (2015). *Capitalismo Gore. Control económico, violencia y narco-poder*. Paidós

Análisis de los fenómenos grupales de *La Sociedad de la Nieve*

Analysis of group phenomena in *The Snow Society*

Rubicelia Vargas Fosada

Resumen

Algunas teorías psicoanalíticas proponen fenómenos inconscientes que surgen en el momento en que las personas se reúnen en grupo y no pueden ser observados de otra manera. Bion propone la manifestación de supuestos básicos como defensas grupales ante las angustias que vive el grupo, cuando no se opera como grupo de trabajo. Por su parte, en la teoría de Anzieu estas defensas se manifiestan en fantasías grupales. En el caso de Kaës, el inconsciente individual está estructurado desde los grupos internos que organizan los vínculos intersubjetivos. En este artículo se usan estas teorías, para analizar al grupo de sobrevivientes de un accidente aéreo ocurrido en Los Andes, a un equipo uruguayo de rugby y que es dramatizado en la película *La Sociedad de la Nieve*.

Abstract

Some psychoanalytic theories propose unconscious phenomena that arise when people meet in a group and cannot be observed in any other way. Bion proposes the manifestation of basic assumptions as group defenses against the anxieties that the group experiences, when it does not operate as a work group. For its part, in Anzieu's theory these defenses manifest themselves in group fantasies. In the case of Kaës, the individual unconscious is structured from internal groups that organize intersubjective links. In this article, these theories are used to analyze the group of survivors of a plane crash that occurred in the Andes, a Uruguayan rugby team, which is dramatized in the film *The Snow Society*.

Palabras clave

supuestos básicos, fantasías grupales, grupo interno, vínculo intersubjetivo

Keywords

basic assumptions, group fantasies, internal group, intersubjective link

Introducción

La película *La Sociedad de la Nieve* se inspira en la tragedia experimentada por un equipo de rugby que sufrió un accidente mientras viajaba de Uruguay a Chile. El avión en el que viajaban se estrelló en la cordillera de Los Andes. Los sobrevivientes, un total de 16 al final, se vieron obligados a convivir en grupo durante 72 días en condiciones de vida extremas, como temperaturas de hasta -30 °C sin la vestimenta adecuada, falta de comida y de agua. En este contexto, es posible, a través del análisis del filme, observar la aparición de fenómenos inconscientes que pueden ser analizados a la luz de las teorías psicoanalíticas sobre los grupos. En este trabajo se usan los conceptos de Bion, Anzieu y Kaës para analizar al grupo que muestra a “La Sociedad de la Nieve”.

Según Bion (1979), incluso cuando las personas no son conscientes de ello, al estar en grupo, actúan como una entidad única que genera una actividad mental colectiva, conocida como *mentalidad grupal*. Esta mentalidad está compuesta por los deseos, opiniones o voluntades unánimes del grupo, a veces en desacuerdo con los deseos, opiniones o pensamientos individuales de sus integrantes, lo que puede provocar sentimientos de enojo o frustración (Bion, 1979). Además, este autor sostiene que el grupo siempre está impregnado de emociones.

Para examinar el contenido de la mentalidad grupal, Bion (1979) introdujo los *supuestos básicos*, denominados así por su origen en emociones intensas de naturaleza primitiva. Estos *supuestos básicos* se manifiestan de manera inconsciente en la forma en la que el grupo opera en ciertas ocasiones; están presentes de forma constante, aunque oscilante, en el funcionamiento del grupo.

Cuando el grupo no opera bajo los supuestos básicos, trabaja conforme a los propósitos y tareas que deben lograrse, aprovechando las capacidades del *yo* de cada integrante del grupo. A esta modalidad se le conoce como *grupo de trabajo*, aunque los *supuestos básicos* siempre están subyacentes en un sistema protomental (Bion, 1979).

Bion (1979) estableció tres supuestos básicos: el de *dependencia* implica que el grupo presupone la existencia de alguien que satisfará todas sus necesidades y deseos. En el supuesto básico de *ataque y fuga*, el grupo está convencido de la presencia de un enemigo al que debe enfrentarse o del cual debe huir. Por último, el supuesto de *apareamiento* refleja la esperanza colectiva e inconsciente de que los problemas y necesidades del grupo serán resueltos por un ser aún no nacido, fruto de una pareja formada dentro del grupo. Todos estos *supuestos básicos* representan estados emocionales que buscan evitar la frustración inherente al aprendizaje por experiencia.

Dentro de la escuela francesa, destacan las teorías de Didier Anzieu y su discípulo René Kaës. Anzieu (1998) que concibe al grupo como una envoltura, una especie de *piel* viva que se regenera y que actúa como una extensión del *yo*, para abarcar el psiquismo. Esta *piel* presenta una cara externa que protege al grupo del entorno externo, y otra cara interna que se dirige hacia la realidad interna del grupo. Esta cara interna facilita un estado psíquico transindividual al que Anzieu (1998) denomina el *Sí mismo*, una entidad imaginaria que sirve como contenedor y resonancia de las fantasías compartidas entre las personas del grupo.

Uno de los fenómenos inconscientes que describe Anzieu (1998) es la *ilusión grupal*, esta aparece cuando el grupo encuentra su envoltura psíquica en un *yo ideal*. También el grupo puede compartir mecanismos de defensa en un *ello* común. Aquí se manifiestan las pulsiones dominantes libidinales agresivas o destructivas, produciendo fantasías en gran parte como defensa; estas *fantasmáticas grupales* pueden ser, de acuerdo con este autor, la oral, de ruptura, del grupo máquina y la resistencia paradójica. Anzieu también considera al grupo como el sueño, en el sentido que es la realización de los deseos inconscientes.

Para Kaës (2010) el *vínculo intersubjetivo* es esencial para formar al grupo, de esta manera se comparte un *aparato psíquico grupal* con dos modalidades de acoplamiento: isomórfico y homomórfico. El trabajo de la intersubjetividad se manifiesta en las alianzas inconscientes, éstas sostienen el vínculo, al mismo tiempo que mantienen representaciones inconscientes de acuerdo con el interés conjunto. De acuerdo con Kaes (2010), las personas no podemos estar fuera de la intersubjetividad, así el sujeto es *sujeto del inconsciente*.

De esta manera, en el modelo de Kaës (2010) se delinean tres niveles de realidad: el primero describe al grupo como una *formación intrapsíquica*; el segundo se configura a partir del acoplamiento de las psiques de los integrantes del grupo, adquiriendo autonomía respecto a éstas. Los conceptos de aparato psíquico grupal, alianzas inconscientes, espacio onírico común, funciones fóricas y fantasías compartidas delinean estos procesos y formaciones. El tercer nivel aborda formaciones que actúan a nivel transgeneracional.

Análisis de la película

Utilizando los elementos resumidos en la Introducción, es posible analizar desde el psicoanálisis, el funcionamiento del grupo que se presenta en la película *La Sociedad de la Nieve*.

Es crucial considerar que los pasajeros que compartían el vuelo habían sido congregados en torno a un equipo ya establecido; aunque algunos pasajeros no se conocieran entre sí, eran amigos o familiares de los miembros del equipo. Esto generó un sentido compartido de pertenencia al grupo desde el inicio del viaje en torno al *yo ideal* del equipo de rugby. Esta *ilusión grupal* proporcionaba un objeto fuente de satisfacción y seguridad ante la incertidumbre del viaje que estaban a punto de emprender; la fotografía tomada antes de abordar el avión ejemplifica este sentimiento. Aunque esta *ilusión grupal* se rompe después del accidente, la organización previa del equipo influyó en la del grupo de sobrevivientes.

Al inicio, después del accidente, el grupo opera en el *supuesto básico de dependencia*. Se espera que el capitán del equipo, Marcelo, sea el que decida y organice; se le reportan los muertos y él determina donde serán colocados, dice cómo acondicionar el interior del avión, cómo se cuidarán los heridos, qué se hará con la comida y cómo racionarla; se le transmiten los miedos y las angustias. Marcelo asume el papel de líder, que ya tenía desde antes del viaje por ser el capitán del equipo, e infunde esperanza al grupo.

Posteriormente, en algunos momentos, se opera como *grupo de trabajo*, donde cada uno de los participantes realiza las tareas asignadas de acuerdo con sus habilidades, capacidades y conocimientos: Roberto Canessa es el estudiante de medicina que asume la atención de los heridos, Fito inventó la manera de obtener agua, Roy logró hacer funcionar el radio donde escuchaban noticias, los demás apoyaban para recolectar comida y ropa de los equipajes.

Sin embargo, cuando se dan cuenta de que ya no están siendo buscados en la zona donde cayeron, el grupo manifiesta el supuesto de *ataque y fuga*. En esta escena de la película, vemos cómo la angustia se apodera del grupo y comienzan a cuestionar al líder y a su fe, él se retira del grupo en ese momento y sin más argumentación, les pide que mantengan la esperanza de ser encontrados. La desesperación ante la escasez de agua y comida se manifiestan con gran fuerza. En este contexto, Numa reinstaura la dinámica de grupo de trabajo al proponer una expedición en busca de la cola del avión. Pero el intento fracasa cuando el grupo se enfrenta nuevamente al supuesto de *ataque y fuga* al descubrir que el avión no es visible desde arriba.

Y llega un momento decisivo para el grupo, Nando se vuelve *porta-palabra* al decir que si es necesario se comerá los cuerpos. Se corre la voz entre los integrantes del grupo y llega el momento de hablarlo en grupo.

En la escena donde se propone abiertamente comer los cuerpos de los compañeros y amigos muertos, se observa al grupo discutir con posturas distintas y opuestas respecto a la propuesta. Se observa el supuesto de *ataque y fuga*, el enemigo es la idea de comerse los cuerpos. Surge el *fantasma*

de rotura, Roberto Canessa por un lado defendiendo su derecho a vivir y por el otro, Marcelo, el líder natural del grupo, discutiendo sobre la ética y confiando en el rescate que los salvaría de llegar a ese punto que una parte del grupo proponía. Se siente la fragmentación, la separación de la madre-grupo. Algunos deciden aceptar la idea y realizarla, el grupo se divide entre los que comen la carne de los muertos y los que no pueden hacerlo.

Más tarde, ante la desesperanza de que ya nadie los busca más, el líder de los que esperaban el rescate y no comían carne humana, acepta el hecho de tener que recurrir a este alimento. Después, el grupo entra en un *pacto denegativo*, ya nadie habla del asunto, sin más, todos comen sin pensar y sin hacer más referencia a lo que se están comiendo, se vuelve algo normalizado. Aunque *defensiva*, esta alianza, al final, termina siendo *estructurante*. Incluso después de recatados el *pacto denegativo* se sostiene por un tiempo, hasta que tiene que ser descubierto y hablado públicamente.

Resulta interesante reflexionar sobre las complejas emociones experimentadas por los miembros de “La Sociedad de la Nieve” ante el canibalismo. Para ellos, infringir este principio del contrato social significaba traspasar los límites de la civilización de la cual provenían, además de su religión, ya que eran de un grupo cristiano. Surgían preguntas como ¿es legal? ¿nos llevaría esto a la cárcel? Estas interrogantes fundamentales pueden generar un amplio debate. Sin embargo, es crucial tener en cuenta que, durante los 72 días que estas personas pasaron en Los Andes, se encontraban fuera de una sociedad como la que vivimos, una especie de situación social de excepción. Por lo tanto, resulta fuera de lugar discutir las decisiones que tomó el grupo, sin considerar que estaban en un entorno con condiciones radicalmente diferentes a las nuestras, en una sociedad distinta, la de la montaña, la de la nieve.

Siguiendo con el análisis de la película, Nando se vuelve el *porta-ideal* del grupo, él decide que no se morirá en la montaña y se prepara todos los días, para que llegado el tiempo del deshielo pueda salir hacia Chile en busca de ayuda. Parece que Nando se siente culpable de haberse llevado a su hermana y a su mamá, pidiéndole a su papá que confiara en él, además no acepta la idea de que su padre sufra la pérdida de casi toda la familia.

Nando y Canessa son la pareja que el grupo vive en el *supuesto básico de emparejamiento*, ellos son los que salvarán al grupo, son su esperanza, los que traerán la ayuda, los que les darán la vida misma.

Podemos nombrar otras funciones fóricas que se observan en el grupo; considero que Numa es el *porta-esperanza*, él tiene iniciativas donde trae chispazos de fe al grupo, como buscar la cola del avión, ser parte de la primera expedición y otras. Además, al final de su vida, anima a la pareja de Nando y Roberto a realizar la hazaña de partir en busca de ayuda.

También está Gustavo Zerbino que es el *porta-recuerdos*, él almacena pertenencias de los muertos en una valija, para entregarlos a las familias llegado el momento. En el rescate se niega a subir al helicóptero si no lleva consigo la maleta. Quizá en una forma de resarcir el no entregar los cuerpos y que las familias puedan tener algo de los que murieron, para llenar algo del vacío que se siente, al no tener la evidencia del cuerpo sin vida de un ser querido.

Desde el momento del accidente, en la mentalidad grupal está el deseo de ser rescatados y salvarse, de seguir vivos, de volver a ver a la familia, este deseo convive con los pensamientos de desesperanza y frustración, que surgen en los supuestos básicos observados.

Las *imágenes familiares* de cada uno de los integrantes de la “Sociedad de la Nieve”, así como la *red de identificaciones* y los *complejos fraternales*, son los *grupos internos* descritos por Kaës, que funcionan como organizadores de las relaciones intersubjetivas mostradas en el desempeño del grupo.

La mayor parte del tiempo, el grupo vive dentro de la *fantasía pecho-boca* que representa la seguridad, protección y alimentación emocional dentro del grupo; ya que se tenía la necesidad de sentirse cuidado, esto incrementaba la cohesión del grupo y el apoyo mutuo. Esta fantasía también provoca una dependencia total, en la que se puede ver al grupo como un objeto devorador. Pero en la montaña, en esas condiciones, podríamos cuestionarnos de qué otra manera se puede vivir, sino es del grupo, con el grupo, para el grupo. No hay más.

Conclusiones

Los fenómenos inconscientes observados en *La Sociedad de la Nieve* nos ayudan a comprender cómo el grupo se defiende de las angustias, cómo es que logra reestructurarse en la adversidad, cómo el yo de cada uno se puede poner al servicio del otro por el grupo mismo, cómo el grupo funciona como una unidad, con una mentalidad común para poder sobrevivir.

La Sociedad de la Nieve nos muestra, además, cómo el impulso de vida es tan poderoso que, con todo en contra, mantiene la esperanza. También nos enseña el poder del grupo, del vínculo que sostiene la vida, no solamente en lo físico, sino en lo psíquico.

Referencias

- Bayona, J. A. (Director). (2023). *La sociedad de la nieve* [Película]. Misión de Audaces Films; El Arriero Films; Netflix.
- Bion, W. R. (1979) *Experiencias en grupos*. Paidós.
- Didier, A. (1998). *El grupo y el inconsciente: Lo imaginario grupal*. (S. Vidaurrezaga, Trad.). Biblioteca Nueva.
- Kaës, R. (2010) *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo*. (M. Segoviano, Trad.). Amorrortu.

